



Dirección: Purpleknight
Producción: Purpleknight,
Vortex, Dreiver, GES, Silence,
Alberto-M y Rockero2000.
Diseño y Edición PDF: Estigia.
Publicidad: Germaine.
Distribución Online: Estigia.

Contenido

El monte cristalino - "Secretos"

Por Purpleknight

Fate/Excelsior - "Cruzando espadas"

Por Vortex

Vampires & Zombies in Fearland - "Todo sea por la ciencia"

Por Dreiver

Bleach Samsara - "Heritage Shameful Gem"

Por Silence

Fate/Inferno - "Mount Dingjun"

Por GES

La dama de la creación - "El segundo día"

Por Alberto-M



One Shots

"Locura, y quizá algo más"

Por Alberto-M

"Misión especial"

Por Rockero2000

ÍNDICE

El monte cristalino - <i>“Secretos”</i>	03
Fate/Excelsior - <i>“Cruzando espadas”</i>	19
Vampires & Zombies in Fearland - <i>“Todo sea por la ciencia”</i>	36
Bleach Samsara - <i>“Heritage Shameful Gem”</i>	46
Fate/Inferno - <i>“Mount Dingjun”</i>	59
MhA: La Dama de la Creación - <i>“El segundo día”</i>	81
One-Shot - <i>“Locura, y quizá algo más”</i>	89
One-Shot - <i>“Misión especial”</i>	99

EL MONTE CRISTALINO

CAPÍTULO IX: SECRETOS

PARTE I

Tranquilidad. Muy mala señal.

Eso fue lo primero que pensó El Detective a la noche, en cuanto llegó con Lodei al apartamento abandonado. Por supuesto, era un lugar desértico, pero aquello no era lo que le desconcertaba. Se percató que, más allá de aquella casa, todo el condado estaba sumido en una solemne calma. Sabía a ciencia cierta que los habitantes estaban cada vez más nerviosos, e incluso muchos ni podían pegar ojo hasta bien entrada la madrugada. Era habitual ver a unos cuantos insomnes caminando con sus amigos y familiares hasta cansarse, no pudiendo hacer nada más que caer rendidos sobre la cama, venciendo así todas sus inquietudes por escasas horas. Ni hablar de los borrachos.

Había visto solo a un par de personas; ninguno más. No quiso comentárselo a su contacto, sino que le dejó asentarse en el ático del hogar, abrir la ventana y asegurarse de que tuviera visión directa a la casa de los Shair. Así fue.

—¡Premio, Tive! —palmeó—. ¿Qué te dije? ¡Lo mejor desde una tercera planta!

—Buen trabajo, aunque me extraña tal casualidad.

—Bah, minucias —se volvió a apoyar en la ventana, mirando a todas las casas circundantes—. Y para colmo hay un par más totalmente desnudas y puestas a nuestra merced, una que también está abandonada, temporalmente eso sí, y otra que es la casa de mi no tan amigo Gaboro. Uy, como le pille ahora echándose a alguien...

—¿Temporalmente? —El Detective frunció el ceño y trató de ver a cuál casa se refería.

—Sí, mira—apuntó a la derecha con la mano, hacia un apartamento que estaba a dos manzanas hacia el este de donde vivían los Shair—. Esa casa pertenecía a una de las familias que se habían ido a Alenei, tres lunas atrás. Los padres... y cuatro hijos, eso. Todos varones.

—Ya veo. ¿Y el tal Gaboro ese? ¿Alguien de importancia?

—Ni de lejos. Un simple tontaina, aunque engaña. De hecho, me ayudó a dar con el que le robó al difunto padre de Gilliers. Algo de unos libros suyos, ¿te acuerdas?

—Vaya por los dioses, qué coincidencia.

—¿Por?

—Nada, solo pensaba en voz alta Lodei —El Detective volvió a fijarse en la casa de los Shair, cuidadosamente iluminada. Las únicas ventanas que se habían abierto precisamente daban cara a ellos. Sonrió—. Bendita Taria, los convenció.

—¿Qué dices? —Lodei ojeó la casa de un vistazo y se dio cuenta a qué se refería—. Ah, las ventanas. Sí, a saber qué habrá dicho. Los Shair son un poco tímidos en ese sentido. Igual, nos viene de perlas. Nos podemos sentar aquí tranquilamente en el ático y vigilar sin problemas. Todo va como la seda. Además, tienen a dos guardias delante de la puerta, así que estoy seguro que la cena irá bien.

—Por el momento —sentenció, cruzándose de brazos.

—¿Esperas problemas, Tive?

—Siempre hay que esperarlos, y más aún en estos días.

—Con el debido respeto, eres muy negativo. Solo será una cena.

Eso lo sé, Lodei. Pero esta noche es muy tranquila. Muy mala señal.

En el interior podían ver a Eien Shair, el poeta conocido como El Tulipán, tratando de dar conversación al Capitán Orstyn y al Conde Jakobias, mientras Danalis echaba un vistazo de tanto en tanto a su hija, Maran, quien jugaba con aquellos alocados hermanos Ishlyerkje y dejaba caer su mandíbula hasta el suelo con sus trucos de magia. Ni Ehnil Shair ni La Secretaria estaban a la vista, y era de esperar, pues ambas estaban terminando de cocinar y preparar los platos.

A lo lejos, por el oeste, El Detective vio que una pareja se aproximaba por la calle. Se veían un poco atareados y pensó que debían ser los primeros borrachos que deambularían en aquella hora nocturna. Sin embargo, siguió fijándose en ellos y se dio cuenta de quiénes se trataban. Tocó a Lodei en el hombro y le señaló en dirección a la pareja.

—¿Los ves, Lodei?

—Sí. Son los Jodinhais, ¿no?

—Pero fíjate bien. Están discutiendo.

Pues como todas las parejas. Eso estuvo a punto de decir Lodei hasta que siguió mirándolos. No era cualquier discusión. No se les escuchaba, pues se notaba que tenían cuidado de no gritar y montar un escándalo público, pero el lenguaje corporal demostraba que no era un asunto que tomar a la ligera. Ambos levantaban los dedos, señalaban al otro, se exasperaban moviendo las cabezas de lado a lado... Rohfur incluso agarró a Ivella por el brazo, algo que ella no se tomó muy bien.

—¿Qué rayos habrá pasado?

—Por cómo los veo, parece infidelidad.

—Por los dioses —dijo Lodei, llevándose la mano a la frente—. ¿Estás seguro de eso? Nunca imaginé que el director del hospital fuera capaz de algo así, y eso que tiene su temperamento con sus propios deslices.

—No, no es él, que lo veo más agresivo. Es ella; está a la defensiva. Ahí, mi querido amigo, es donde viene el primer problema de muchos. Y la cena ni siquiera ha empezado.

El Detective sacó una pipa de su bolsillo y la encendió. Inhaló y exhaló con sopeso. Le ofreció otra a Lodei. Aceptó con gratitud. *¿Por qué no?, pensó. Mejor relajarse antes de que se acabe el mundo que, a este paso, será más pronto que tarde.*

Basire, junto con su hermana Nasira, preparaba el siguiente número. Era uno de sus favoritos, en el que usaba un pañuelo coloreado como un arco iris y, delante de su público, desafiando todo tipo de lógica, lograba convertirlo en siete pañuelos distintos de un solo color. Maran no se lo creía; por más que miraba y miraba, Basire era capaz de juntar aquellos pañuelos y separarlos a su voluntad, con una rapidez y facilidad pasmosa.

—¡Es increíble! ¡Se multiplican los pañuelos, y luego se fusionan! —gritaba Maran, boquiabierta—. ¿¡Cómo lo haces, Basire!?

—¡Secretos, mi pequeña dama! Secretos, pero si lo adivinas, te lo diré.

—Eso es trampa... ¡venga, otra vez!

—¡Solo una más!

—¡Jo...

Basire volvió a agarrar aquel pañuelo multicolor, desplegándolo delante de Maran para que comprobara que, efectivamente, aquel era un único pañuelo. Hizo un juego de manos y, para sorpresa de la joven hija de Danalis, logró cambiar aquel pañuelo por otros siete atados entre ellos.

—¡Oye! ¡Ahora están atados! Es la primera vez que lo has hecho.

—Razón no te falta —le guiñó el ojo—. Es la primera vez que hago esta variante ante otra persona que no sea mi hermana. Considérate afortunada, pequeñita Finael.

—¿En serio? ¡Yupi! ¡Pero quiero saber cómo lo has hecho!

Mientras los tres seguían hablando sobre los secretos de la magia y la importancia de no revelarlos, Danalis sonreía. Los hermanos Ishlyerkje se habían arriesgado a hacer un truco de magia que sucede a espaldas de Basire, ayudado por una aparentemente pasiva Nasira, quien le apoyaba cambiando los pañuelos cada vez que hacía el movimiento mágico. Todo para regalarle a Maran un momento de felicidad, aunque para ello revelara el secreto a los demás de la casa.

Estando inquieta, aún pensando en su difunto marido, a Danalis se le cruzó una idea. *Tal vez eso es lo que está pasando. Desapariciones, asesinatos, mensajes... siempre lo hemos visto desde la misma perspectiva, desde aquí dentro. Desde Marovir. No vemos claro quién puede ser el enemigo, de qué es capaz, por qué está haciendo esto. Tal vez debamos cambiar de punto de vista. Tal vez deba hacer eso yo.*

—¡Mamá! —la voz de su hija resonó en toda la casa—. ¡Tú eres ahora consejera! ¡Oblígale a este a contarme el secreto! Y si no lo hace, pues le arrestamos.

— ¡Ah no, no! Eso es trampa, pequeñita —se quejó Basire, cruzándose de brazos—. Dama Finael, entenderá que...

—Entiendo —le cortó Danalis—. Maran, hay secretos que mejor no contarlos.

—¿Pero por qué?

—No todos los secretos son malos, y los hay que mejor que sigan en la sombra de la verdad. Déjalo y diviértete; seguro tienen más cosas que enseñarte.

—¡Por supuesto! —vociferó Nasira, saltando como una niña pequeña—. Tengo algo que enseñarte, usando cinco pelotas. ¿Quieres verlo, Maran?

—¡Sí, sí! ¡Claro que sí!

—Ven aquí, entonces...

Eien, dándose un poco por vencido con respecto al conde y el capitán, habiendo intentado darles conversación no pocas veces, se giró a la dama Finael en cuanto escuchó sus últimas frases. De todos modos, Jakobias y Orstyn parecían más preocupados por hablar de asuntos apremiantes entre ellos que charlar con el anfitrión. Algo rudo a su modo de ver, pero se los dejó pasar, dada las circunstancias. Al fin y al cabo, eran el Conde de Marovir y el Capitán de la Guardia. Mejor no llevarles la contraria sin ser consejero.

Al voltearse, Danalis le miró en el mismo instante, como si hubiera sabido que Eien quería hablar con ella. Le lanzó una mirada de poca confianza, entrecerrando los ojos, apretando los labios. El Tulipán carraspeó, nervioso e inseguro de sacar cierto tema. A pesar del ligero temor, dio el paso.

—¿Cómo cuáles secretos?

—¿Perdón? —Danalis volvió a retirar su mirada hacia su hija.

—Dama Finael, acabas de mencionar sobre algo interesante, de secretos que mejor que sigan en la sombra de la verdad. Esa frase suena bastante poética; tal vez me inspire en ella para un poema. Con tu permiso.

—Adelante.

—¿Y bien?

—No sé qué esperas a que te diga —Danalis golpeó varias veces la mesa con los dedos. Seguía inquieta para con lo que había rumiado momentos atrás.

—De algún ejemplo —Eien se rascó la sien, pensando rápidamente en algo para que la conversación no acabara en punto muerto—. A mí se me ocurre la mentira piadosa, por decir algo. Muchos de los desaparecidos podrían estar muertos ahora. Si me enterara que algunos de ellos lo están, y solo yo lo sé, probablemente les diría a los familiares o amigos de que siguen desaparecidos, en vez de decirles la verdad. Un secreto que permanece en la sombra de la verdad.

—Esa es una mentira y nada más. Ejemplo inoportuno, he de añadir.

—¿Y eso? Ah, diantres... perdóname, Danalis. Es difícil quitarme de la cabeza estos pensamientos. Se habla de lo mismo una y otra vez. Ojalá todo termine pronto.

Definitivamente. Pronto terminará todo.

Eien se sacudió un poco la cabeza, como si pudiera sacarse aquella voz de encima con un mero gesto. Llevaba más de una luna así, batallando contra las palabras que venían de alguien que no conocía. O puede que fuera él mismo, pero lo dudaba.

—Tú escondes algo —le acusó Danalis. Inesperadamente, el conde y el capitán pararon de hablar y les miraron. Al parecer, ella había hablado más fuerte de lo intencionado. Por suerte, su hija y los Ishlyerkje seguían aún con lo suyo.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso? —preguntó El Tulipán, sin cambiar de postura o expresión.

—Sospecho que tienes algo... turbio. Lo noto en tus ojos.

Los cuatro intercambiaron miradas. Ninguno sabía qué decir tras aquellas palabras. Lo que debía ser una cálida noche de conversaciones agradables, se estaba ahora tornando en un silencio incómodo del cual todos querían escapar, pero nadie sabía cómo, hasta que la repentina risa falsa de Danalis sacudió la casa. Su hija la observó, avergonzada, mientras los hermanos observaban la escena enarcando las cejas. La dama Finael estuvo así por un buen rato hasta que al fin decidió hablar.

—Lo siento, Eien. —Soltó una última carcajada, aún más fingida si cabe—. Ando paranoica, como no queriendo admitir que el culpable del asesinato de mi marido fuera uno solo, sino un grupo. O puede que un pueblo. Una nación en búsqueda de conquistarnos. Y si así es, desde luego este secreto bien está permaneciendo en la sombra de la verdad.

—Si así fuera, que no creo y así lo deseo, mi dama Finael —Eien intentó seguirle el juego lo mejor que pudo—, ojalá pronto se arroje luz y se desbaraten los planes. Marovir es y siempre será una nación, aunque los demás la vean como un simple condado de Kumu.

Oh, vaya si se arrojará luz.

Cállate, por los dioses.

*Los dioses están de mi lado. Y los que no, nada podrán hacer.
Tú tampoco. Estás a mi merced.*

—Hablando de naciones, siempre he sentido curiosidad para ver qué hay más allá —dijo Orstyn.

—Solarias, y el otro más allá, pues después de la Cordillera Gélida —comentó el conde—. Eso es lo que hay.

—No, rada, hablo de hacia el este, porque en el sur también tenemos el Archipiélago de Eznuvie, descubierta por los haarkíes. Debe de haber algo más allá que aguas turbias, ¿no crees? Imagina si realmente viniera alguien de allá. Que hubiera un gran continente que albergara un reino superior al nuestro.

—Suenas un poco escéptico —apuntó Jakobias.

—Sí, también lo he notado yo —se aunó Eien al comentario del conde—. Creo que sería normal que existieran más pueblos que se escaparan de nuestro conocimiento y alcance. Bien pueden ser superiores o inferiores. Cuestión de estadística y probabilidad.

—Mírate tú, un poeta hablando de estadística y probabilidad. ¡No me vengas con esas, tuli!

—¿En serio te vas a empeñar en seguir llamándome tuli?

—¡Pues claro, tuli! Porque la cara de pan la tienes, pero paso de llamarte así.

Por más que fuera un comentario tonto, sacó unas buenas risas a los cuatro. Esta vez no fingidas por Danalis.

El olor de la comida les alcanzó, pero lo que vieron no tenía nada que ver con lo que olieron. Sonriendo, Ehníl y La Secretaria entraron al comedor con varias bandejas de embutidos, frutas y frutos secos, para que todos empezaran a picar algo. Ante la presencia de los alimentos, Maran cambió su atención de los trucos de magia hacia aquellos grandes platos en un santiamén. Aquello no les molestó a los hermanos; en absoluto. Sus estómagos ya rugían y el hambre les estaba cambiando el humor.

Se sentaron todos, alegres, y las bandejas fueron repartidas a lo largo de la mesa, de manera que cada uno pudiera tener de todo a su alcance. Ehníl se prestó a hablar y darles una bienvenida más oficial.

—Bien, aún esperamos a los Jodinhais pero, viendo que tardan más de la cuenta en llegar, es preciso que comencemos a picar los entrantes. De otro modo, los platos principales se van a enfriar, ¡y no queremos eso, que Taria y yo los hemos preparado con mucho amor! —Ehníl se veía mucho más animada y simpática de lo habitual, para

sorpresa de todos, aunque no de su esposo Eien, quien ya llevaba viéndola así por varios días—. Bienvenidos a la cena y a nuestra casa. Mi esposo y yo agradecemos vuestra presencia, pues sois nuestros seres queridos aquí en Marovir. Sé no siempre he sido la mejor persona y que hubieron momentos en que no fui capaz de entender vuestro gran corazón, detrás de nuestra diferencia de opiniones, pero ahora que solo veo la mitad, ¡veo mucho más! Y hablando de ver, ¡me acabo de fijar que no hemos traído los vinos, Taria!

—¡Ups! —La Secretaria hizo una mueca de disculpa—. Pensé que los había puesto antes. ¡No se preocupen! Tenemos de todo. Ahora los traigo.

—¡Dime que hay del rosado de Aldir! —preguntó Nasira.

—Del rosado de Aldir y Solarias, tinto del local y el blanco, tanto de Lonta como de Haarkjian.

—También había vino tinto de Vatris, pero lo tiré a la basura —confesó Ehnil—. Lo encontré muy sucio.

—Buena decisión —dijo Basire—. Aunque yo lo habría usado para espantar a los malos espíritus.

—¿Pues a qué esperamos, ñeros y migos? —el Capitán Orstyn mostró ímpetu y un deseo de catar aquellos vinos. Le encantaba probar de todo.

—Ñeros, migos y masilleros, querrás decir —dijo el Conde Jakobias.

—No joder, dejemos lo de masilleros en el olvido, rada. ¡Estaba borracho! Nunca más, ¡nunca más!

—¿Masilleros? —preguntó Danalis.

—Ni se te ocurra decirlo, rada. Insisto, dejémoslo en el olvido.

—Masilleros viene de damas y caballeros —reveló La Secretaria.

—¿Y a santo de qué sabias tú eso? —Orstyn se mostró perplejo.

—Se ve que no recuerdas que, tras la cuarta jarra de vino rosado Taner, sí, aún me acuerdo a la perfección, viniste a coquetear conmigo, contándome eso como quien no quiere. Y eso fue lo menos vergonzoso.

—Madre del amor hermoso... nunca más... nunca más.

El gozo y la risa sumieron el hogar. El conde, su buen amigo, le dio varias palmadas en la espalda, casi llorando y entrando en un frenesí de contar anécdotas cortas con ambos como protagonistas, siendo el capitán casi siempre la víctima y el hazmerreír de las mismas. Pero Orstyn, por más que se mostrara molesto y exasperado, se lo tomaba bien, siendo más actuación que sus verdaderos sentimientos. Los demás recibieron con brazos abiertos tales historias que salían de la boca del gobernante de Marovir, alegrando una noche que podía haber empezado mucho peor.

Y, desde luego, tras las carcajadas el vino supo mucho mejor. Hasta se olvidaron que los Jodinhais seguían sin llegar.

—Pues nada, que los tortolitos en crisis han pasado de largo.

El Detective se había distraído de los Jodinhais al estar echando un ojo a la casa abandonada, aquella que señaló Lodei. Juraba ver de vez en cuando algún movimiento

dentro de ella, pero bien pudiera ser solamente las ventanas, o una puerta no cerrada del todo. Seguro estaba de haber visto una luz, un destello. *Tal vez es la luna*, pensó.

Entre que Lodei musitaba aquello, un águila se posó sobre el terrado de la casa abandonada. Tenía cola dorada; aparte de eso, parecía una normal y corriente.

—¿Tortolitos?

—Míralos, Tive —dijo, señalando con el dedo a la pareja, quienes ya habían pasado varios metros de la entrada a la casa de los Shair. Ya no discutían; enfadados, se agarraron de los brazos y continuaron, mirando hacia adelante y en silencio—. ¿Crees que querrán volver a casa a resolver primero sus asuntos?

—A casa no. Viven en la otra dirección.

—Cierto —soltó un bufido de fastidio—. Pues se irán a algún sitio a confesarse las ofensas o lo que sea que les pase ahora. Eso sí, como no vayan afuera del condado...

—O en la plaza, Lodei.

—O detrás de la escuela. Vamos, digo yo. Ese sitio más vacío no puede estar ahora. A menos que...

—Sí, ella sigue ahí.

—Vilenda nunca para, por todos mis ancestros. Tan vieja pero con más energía que su put... bueno, mejor me cago en mi madre por si las moscas, que ella sigue viva y no me atormentará por insultarla. Y hablando de vejez, ¿no crees que se le empieza a notar un poco los achaques a Jakobias? Y eso que no tiene tantos años en comparación. Me preocupa.

—No seas tonto, Lodei. Está algo asustado y tiene a todo un condado bajo su cuidado. Normal que esté como esté.

—¿Tú crees? Yo recuerdo a su hermano, Drent, y son de todo menos iguales, quitando lo obvio del físico. Si él estuviera aquí, pondría a todo el mundo firme y aplastaría a los culpables tal que —golpeó la pared, donde un tablón de madera y se dio con el clavo, doliéndose la mano al instante—. ¡Joder! Joder, mira que soy estúpido...

—Eh, shh.

—¡Oye, que me duele!

—¡Shh!

El Detective lo mandó a callar, fijándose no solamente en la casa abandonada, sino en la de los Shair. Ahora las dos tenían unas cuantas águilas encima, desplegando sus inmensas alas, abriendo los picos sin emitir sonido alguno. Aunque nada se escuchara, el investigador tenía la sensación de estar comunicándose de algún modo. Sus ojos, también dorados, se fijaban en las mismas dos personas que habían estado ojeando él y Lodei.

—Dime que lo estás viendo tú también.

—Sí, Tive. Me da mala espina. ¿Vamos?

—No —dijo, levantando la mano para frenar la retirada de Lodei—. Si vamos, perderemos de vista la casa de los Shair y de esa otra.

—Pero si les pasa algo...

—Que no hubieran pasado de largo. La prioridad es Jakobias.

Otro movimiento alertó a los dos. Adentro del hogar deshabitado, en el segundo piso se vio una sombra acechando por la ventana. Aún sin verlo claro, ambos tuvieron

la sensación de haber notado la presencia de alguien. De pronto, las águilas aletearon y se marcharon de ahí, todas ellas, desapareciendo en la inmensidad del cielo. Tras su partida, unas sombras zigzagueaban por los lados de las residencias, amenazantes. Aguzando la vista, El Detective pudo ver que eran unos cuantos encapuchados los que rodeaban la casa de los Shair, al mismo tiempo que otro grupo aguardaba la llegada de los Jodinhais, en el otro hogar.

—Tive, eh...

—Sí, ahora sí, Lodei. Iré por arriba, directo adonde la cena. Dirígete hacia el otro lado y observa. No hagas nada, a menos que sea totalmente necesario.

—¿Por arriba? —en cuanto preguntó, El Detective saltó por la ventana hacia la pequeña casa del frente, logrando aterrizar sin emitir prácticamente ruido alguno—. Pues claro, cómo no. Bueno, a espabilarse. ¡A ver si llego!

El investigador prosiguió su camino hacia donde los Shair, saltando a través de un par de tejados más hasta llegar a la cornisa de la casa de enfrente. Se agachó, con tal de ser menos visible a ojos no deseados. Preparó un par de cuchillos y se dedicó a observar la escena.

Por un buen rato, nadie más que los Jodinhais se movía. Por el rabillo del ojo vio que Lodei se desplazaba rápida y silenciosamente. Sabía que iba a encontrar un buen lugar desde donde apoyar mejor a los Jodinhais, en caso necesario. Se volteó hacia los guardias y se fijó que realmente estaban en alerta, virando frecuentemente sus cabezas para vigilar los lados, en ambas direcciones de la calle a la que daba pie a la casa. Si a aquellos intrusos, criminales, ladrones, lo que fueran, se les pasara por la cabeza el salir al descubierto, los guardias alertarían del peligro en el mismo segundo. De eso estaba seguro El Detective.

Vio que uno de los encapuchados lanzaba señales a alguien cerca de la casa abandonada. Un par de ahí hizo unas cuantas señales con las manos. Un tercero hizo lo mismo, mirando hacia el segundo piso del hogar abandonado. La silueta se reveló. Un arquero. ¿Un cazador? El detective no lo reconocía.

Sacó una flecha. Tensó el arco. El Detective deseó con todo su corazón que Lodei se percatara de ello y moviera el culo, para no tener que hacerlo él y revelar su posición. Para colmo, se dio cuenta de que los Jodinhais estaban forcejeando el uno con el otro, de una manera un tanto violenta. Ivella quería soltarse y separarse de Rohfur a toda costa, algo que consiguió en cuanto le pisó el pie con el tacón, acto seguido empujándole. Lo dejó a merced del que ahora iba a ser asesino.

A merced de la flecha que iba a ser lanzada.

Por suerte, y puede que por intervención divina si él creyera en los dioses, El Detective pudo ver cómo aquella flecha se disparaba lejos, para luego ser testigo de cómo su cuerpo se desplomaba de frente, cayendo ante los pies de Rohfur, ahora asustado y casi cagándose encima.

Buen trabajo, Lodei.

Sin embargo, aquel trabajo estaba lejos de terminarse. Las siluetas que rodeaban la casa abandonada salieron a la calle, permitiendo que Ivella, para sorpresa del investigador, se escudara detrás de ellos. Rohfur permanecía ahí en pie, confundido, enfadado, no sabiendo qué hacer, clavando sus ojos en el cuerpo que recién había

caído ante él, muerto. Ni siquiera se dio cuenta de que le habían rodeado y que aquellas personas estaban a pocos segundos de lincharle con sus armas.

Lodei optó por salir de su cobertura. Mala decisión, pensó El Detective. *Te necesito vivo. Marovir te necesita vivo.* Era consciente de su capacidad de reacción y habilidad en combate, pero eran unos ocho en ese lado. Siendo uno, hasta el más experimentado moriría a filo de espada. Era necesario que hubiera otro a su lado.

He de ir.

Cuando se dispuso a saltar, avisar a los guardias, también a su compañera con un grito e irse corriendo a apoyar a Lodei, lo tenía ya todo planeado y pensado, el sonido de una voz le dejó helado. No podía ser.

Desde luego que no.

—¿Adónde vas?

En serio. No daba crédito a lo que escuchaba. El Detective se dio media vuelta y vio a quien menos se esperaba ver esa noche. Tardó en reaccionar, pero finalmente dijo:

—Tú... ¿qué haces aquí? ¿No estabas tú en la cena?

El kiwi fue el centro de atención en el tiempo de los aperitivos. Exceptuando el conde Jakobias, La Secretaria y la huésped Ehnil, los demás no habían tenido la dicha de probar tal deliciosa fruta en toda su vida. La compañera del investigador, eso sí, se negó rotundamente a comerla, pues odiaba su textura. Su acidez, a pesar de ser muy alta para la jovencilla Maran, quien solo comió muy poco, fue del gusto de todos los demás; no paraban de pedirlos. La noble y consejera de un solo ojo se lo imaginaba, así que había comprado de sobra con tal que dieran para todo el mundo. En concreto, su esposo se hallaba gratamente sorprendido, picándole la curiosidad.

—¡Querida mía! ¡Esto está buenísimo! —gritaba con la boca media llena—. ¿De dónde has sacado esto? Casi no suelen haber, pero mírate tú ahora, ¡tienes un montón!

—¡Traga, traga, que te atragantas! —le dijo Ehnil. Al ver que su esposo se inclinaba a agarrar un kiwi más mientras seguía comiendo con la otra mano, lo apartó—. Con calma, que te me mueres aquí, delante de todos...

—Esto es la gloria —Nasira soltó un gemido un tanto exagerado. Su hermano se rió—. ¿No salen estos del norte del bosque? Y por una temporada muy corta. Me extraña que tengas tantos kiwis. ¿Algún alma candorosa?

—Desde luego que sí. Uno de los pocos viajeros que han venido en estas últimas lunas. Uno de los que acompañaban a un tal Fiers Odrenskern que...

—¡Vaya! —interrumpió La Secretaria. El conde y el capitán reaccionaron igualmente, reconociendo ese nombre de alguna reunión anterior—. ¿El que vino hace poco de Lonta?

—¡Sí, ese mismo! —Ehnil se sorprendió que alguien como ella, en su conocimiento una simple vendedora de té, pudiera haber escuchado de su llegada—. ¿Le conoces?

—No en persona. De oídas.

—Por lo visto, entre él y unos tres o cuatro más se trajeron dos carros repletos de provisiones para vender, comerciar, hacer trueques. Pero parece que tenían existencias de sobras y se enteraron de mi... accidente.

—Un alma candorosa, sin lugar a dudas —Basire soltó aquel comentario levantando la copa de vino, brindando al aire.

—¿Y qué es candorosa? —preguntó Maran.

—Candorosa, hija mía —respondió su madre—. Una persona amable, sencilla. Marovir necesita eso hoy.

—Y ya que estamos con la amabilidad —Orstyn se metió en la conversación como quien no quiere—, puede que convenga comentarles lo del evento artístico de la luna llena. Y si vienen los Jodinhais después, pues lo repetimos.

El Conde Jakobias sabía que su buen amigo tenía razón. Suspiró, dejando la copa de vino en la mesa; se veía venir la decepción, en especial de parte de los artistas. Sabía a ciencia cierta qué bien lo estaban pasando, y que todos ellos deseaban, desde el fondo de su corazón, tener un día veintitrés de Arelio para el recuerdo. Uno positivo, entre tantas cosas negativas.

No es que fuera a cancelar el evento ni nada por el estilo; desde luego que no. Pero solo el hecho de cambiar de sitio ya iba a trastocar los planes y eso iba a sacar a luz muchas quejas, por más que fuera por un motivo realmente importante.

—Amigos míos. —El conde se tomó una pausa, esperando que todos estuvieran tranquilos, quietos, con la mirada alejada de los kiwis—. Sé lo mucho que se ha estado trabajando para la luna nueva, las canciones, los poemas, los trucos de magia, las historias, las piezas musicales... Sé que tenéis a bastantes personas colaborando con vosotros y que una alteración cualquiera puede conllevar bastantes dolores de cabeza, incluso cancelar actuaciones.

—No me gusta cómo suena esto —comentó Eien.

—Pues, muy a mi pesar, Eien Shair, tendremos que hacer algo. Es por un buen motivo. Nos hemos enterado de que hay planes de atacar a este condado. Desde el bosque. Si celebramos el evento en la posada central, estaremos todos allá y dejaremos el frente este de Marovir al descubierto, solo en manos de unos pocos cazadores y guardias. Por lo tanto, Orstyn, yo, los consejeros, hemos acordado cambiar el lugar del evento a la Plaza del Conde. De esta manera tendremos a todos los efectivos mucho más cerca, por si sucede algo. No cancelaremos el evento, pues sabemos que nuestra gente necesita algo así, pero el cambio de sitio se ha de hacer. Es una orden.

—¿Es cierto? —preguntó El Tulipán, incrédulo, a su esposa Ehnil. Ella, con tristeza, afirmó con la cabeza. Bufó y se llevó una mano a la frente—. Pues esto nos cambia casi todo...

—Espera espera, rebobinemos —pidió Basire—. ¿Atacarnos? ¿Desde el bosque? ¿Quién? No estoy entendiendo absolutamente nada.

—Mejor hablemos de eso después —aconsejó Orstyn—. No queráis que el resto de las noticias os amarguen la cena.

—¡Bien dicho! Tengo mucha hambre y un montón de ganas de zampar —dijo Maran, emocionada, un poco inocente para con lo que el conde acababa de informar—. Aunque me está dando un poco de sueño, mamá. ¿Es muy tarde ya?

—No tan tarde, pero ahora que lo dices —bostezó Danalis—, yo también lo tengo...
—Buah, ¿por qué habláis de sueño? —se quejó Eien—. Ahora me han entrado a mí las ganas de dormir...

*Uy, ¿dije arrojar luz, señor Tulipán? Parece que no la vas a ver ya...
Espera... ¿qué me has hecho? ¿Quién eres?*

No te resistas. Duerme. Estás a mi merced. Tú y todos.

—Pero qué... —Nasira notaba que sus ojos le pesaban más y más.

—Oye, ¿qué me está pasando? —pensó Ehníl en voz alta

—Ostia rada, ¡mis brazos pesan ahora como dos toros! —vociferó Orstyn.

De un momento a otro, en lo que tarda uno en parpadear, La Secretaria, asustada, vio cómo todos ellos caían dormidos, uno detrás de otro. Algunos sobre la mesa, otros cayendo fuera de la silla. Tardó bastante en reaccionar, en procesar lo que estaba pasando, hasta ver a Maran levantándose pero a duras penas pudiendo mantenerse en pie.

—Mamá... qué te pasa... tenemos que comer...

Al escucharla, la investigadora volvió en sí y se espabiló, tratando de descubrir qué es lo que había pasado. Ojeó todo a su alrededor, las sillas, la mesa, los cuadros, la puerta, el acceso a la cocina... las bandejas. El kiwi. Todos menos ella habían comido.

Se temía lo peor.

Acercándose al cuerpo de Danalis, se puso de rodillas y le dijo a Maran que estuviera tranquila, que solo iba a comprobar una cosa. Trató de hallar el pulso; era muy bajo. Incluyó su cabeza sobre el pecho para ver si notaba la respiración. Puso la mano ante la boca y la nariz de la dama Finael. Prácticamente inexistente. Se incorporó, le preguntó a la joven cómo se sentía. Ella le respondió que se encontraba un poco cansada, pero que aguantaba. Le pidió entonces que la ayudara a poner a todos en el suelo, de lado, con una mano bajo sus cabezas.

En cuanto estaban a poco de terminar con ello, un sonido fuerte golpeó contra la puerta, abriéndola lentamente a causa del impacto. Maran saltó del susto, La Secretaria tan solo volteó su cabeza hacia la entrada, en alerta. La puerta siguió moviéndose hasta abrirse del todo, mostrando un cuchillo que había clavado un papel en la puerta.

La Secretaria ordenó a la joven Finael que acabara de voltearlos y se quedara cerca de su madre, esperando a que se despertara. Ella se levantó, se dirigió hacia la puerta, sacó dos cuchillos de debajo de sus prendas, lista para cualquier incidencia, y sacó la que estaba clavada, retirando el papel. Lo leyó.

*Ahora vuestro reino será nuestro reino
Vuestros dioses serán nuestros dioses
Vuestras noches, nuestros días
Y vuestro sueño, nuestra realidad*

*De: GB
Para: La Secretaria*

¿GB? ¿Quién puede ser?

Dudas asolaban la mente de La Secretaria, más con respecto a quién había escrito aquel mensaje que con el hecho de estar dirigida específicamente a ella. Lo que acababa de pasar había estado planeado; a la perfección. Al parecer, incluso ese remitente sabía que no iba a tomar del kiwi, lo cual la dejó con la piel de gallina, percatándose de que tal vez habían muchos más ojos observando a todos, más de los que se pensaba ella.

Se sentía abrumada. Como que todo había obrado para un momento así. Como si el día indicado no fuera realmente el que marca la luna llena, sino aquel día diecisiete, por la medianoche. Como si todos hubieran sido manipulados, a merced de una mente maestra que conocía muy bien qué hilos mover y cuándo dar pasos. Como una sombra que se imponía sobre todo un condado, en la noche y aún de día.

Pero no era momento de estar quieta.

Recobró la compostura, respirando profundamente y poniéndose en posición de contraataque. Salió de la casa, no sin antes comprobar que Maran le había hecho caso, quedándose al lado de su madre.

—Maran.

—¿Sí, Taria?

—Por lo que más quieras... no importa lo que escuches, no salgas. Quédate aquí.

—Pero...

—Maran —volvió a repetir su nombre, esta vez de un modo más cortante.

—Vale —se mordió los labios—. Me quedaré aquí.

La joven Finael vio como aquella mujer salía de casa, dejándola sola con un buen puñado de adultos inconscientes y con su estado somnoliento, la cual impedía que sintiera sensación alguna de peligro. Se notaba un poco atontada, su corazón latiendo muy lento y retumbando en su cabeza. Cuando miraba hacia otra dirección, parecía como si todo se viera borroso y difícil de apreciar hasta quedarse quieta totalmente. Creyó escuchar a La Secretaria maldiciendo, sobre algo de unos guardias muertos, pero no hizo mucho caso. También creyó escuchar unos pasos a sus espaldas. Se dio la vuelta, con pesadez, y aseguró ver una figura saliendo de la cocina.

—No... ¡no, no! —dijo el joven desconocido—. Maldición, llegué tarde. Sabía yo que tenía que haber robado los kiwis antes. A ver qué hacemos ahora... —el chico se fijó que Maran seguía medio despierta—. ¿Y tú?

—¿Quién anda ahí?

Maran se apretó los ojos, tratando de ver mejor. El joven se acercó con cautela, echando el ojo en la puerta por si alguien más entraba. Cuando estaba a un par de metros de la chica Finael, ella pudo apreciar mejor su aspecto. Tenía una larga gabardina de color marrón oscuro, cubriéndole todo el cuerpo, botas y guantes de cuero negro, un cabello azabache que le llegaba hasta el cuello... y una máscara negra, con adornos dorados, que le cubría casi toda la cara, a excepción de la boca y la barbilla.

—Soy Ryler, Maran.

—¿Ryler? —aquel nombre le sonaba. Hacía muchas lunas que no lo escuchaba, pero le era familiar. Tal vez un viejo amigo, algún compañero de la escuela. Un cazador—. ¿No eras tú uno de los...?

—¿Traviosos? Lo era —completó Ryler, en cuanto vio que a la joven le estaba costando recordar—. Lo éramos. Ahora tenemos otro nombre, pero dejemos eso para otro momento. ¿Te acuerdas de aquellos días en que a veces nos escapábamos de quienes nos vigilaban?

—Sí, me acuerdo... —Maran soltó un pequeño bostezo. Luchar contra el sueño le era cada vez más costoso.

—Pues eso debemos hacer hoy. Ahora. Ven conmigo.

—Pero mi mamá...

—Ahora no podemos hacer nada por tú mamá y el resto. Suena duro, pero es la verdad. No podemos cargar con todos. Ni con nadie. Hemos de irnos rápido de aquí, antes de que esto explote. —El joven Ryler extendió la mano—. ¡Ven, Maran! ¡Nos tenemos que ir!

Aunque dudando por un momento, la joven Finael tomó de su mano, dejándose levantar. Le costó, pero recordó aquellos días en los que disfrutaba haciendo algunas locuras con aquel clan, colándose en sitios donde no debían, haciéndole la vida imposible a unos cuantos cazadores, tratando de contar cuántas ardillas veían en la frontera del bosque, e incluso haciendo alguna escapada al Lago de Luz.

Salieron de la casa de los Shair, pasando por la cocina y abandonando el hogar por la puerta trasera. Corriendo hacia el norte del condado, Maran aseguró escuchar a La Secretaria pegar un grito. Pero tal vez era porque estaba medio dormida, entre la vigilia y el sueño.

—¡No puede ser! Ivella... ¿qué has hecho?

—Te juro que no fui yo...

La Secretaria, al salir de la casa de los Shair, se había topado con los guardias de la puerta muertos, con largas espadas clavándose al suelo y encharcando la tierra con su sangre. Cuando miró hacia los lados, por su derecha no había nada más que silencio total. Al virar a la izquierda, vio a Ivella sacando otra espada similar del cuerpo de un mutilado Rohfur. No solo él; al lado, en el suelo, la mujer pudo distinguir otro fallecido. Lodei.

Ivella juraba que no había sido ella. La Secretaria sabía lo que veía. O, más bien, lo que no veía. Ninguna lágrima.

—Ivella, deja la espada en el suelo. Ya.

—No lo entiendes... te juro que no fui yo. —Insegura de qué hacer, la cronista y pianista decidió soltar la espada y echarse a un lado, a punto de adentrarse en un callejón—. Por favor Taria, escúchame. Vete de aquí, ¡deprisa! ¡Antes de que sea tarde!

—¡Ni se te ocurra! ¡Quieta, no te muevas! —hizo un amago de lanzar el cuchillo, gesto suficiente para que Ivella no moviera un dedo más—. Si no has sido tú, entonces, ¿qué es lo que ha pasado aquí? ¡Dime!

—Lo... lo siento, Taria. No tenía otra opción. No tenemos otra opción. Son demasiados, y muy poderosos. Sobre todo esos dos... ¡Ellos están aquí!

—¿Quiénes están aquí?

Un sonido sordo le dio un vuelco en el corazón a La Secretaria. Otro cuerpo había caído cerca. En la breve confusión, Ivella aprovechó para irse de ahí, dejando a la mujer a merced de lo que acechaba ahí. La Secretaria observó el cuerpo; en cuanto se percató de quién se trataba, dejó caer los cuchillos y se llevó las manos a la boca. Su piel se tornó totalmente pálida.

—Tive... no, ¡Tive!

La Secretaria, temblando, volteó a su amigo y compañero lo más rápido que pudo, viendo cómo de su boca borboteaba sangre. Para ligero alivio, seguía respirando, aunque con mucha dificultad. Se ahogaba. Ella trató de fijarse si tenía otras heridas, y se dio cuenta de que tenía varios moratones en la cara, más un par de punzadas, uno en el costado y otro en el muslo. Él casi ni podía mover sus brazos y piernas. Susurró algo que se confundió entre la sangre que salía de sus labios.

—No, Tive. No hables. Déjame ayudarte.

El Detective vomitó todo lo que tenía en la boca y clavó sus ojos en ella. Habló, con toda la fuerza que pudiera meter desde sus pulmones, que no fue mucha.

—Corre. Vete de aquí.

—¡Tarde!

De la casa de enfrente, desde el tejado saltó un hombre encapuchado, aterrizando sobre sus pies sin dificultad alguna. Poco a poco, de las sombras salieron más, rodeando a una solitaria Secretaria que ahora abrazaba al herido Detective. Los hostiles desenvainaron sus espadas, exceptuando el que había caído desde el tejado, quien se veía sin ningún arma, y otros dos que llevaban un arco y una ballesta. Todos declararon su intención de combatir si hacía falta.

—Me temo que ya es tarde, Tive —dijo aquel hombre. Su voz le era muy familiar a La Secretaria—. Intentaste avisarla, como una de tus últimas palabras, pero ha sido en vano. Una pena. Ahora moriréis los dos y seguiré con mis planes como si nada.

—Ni te acerques...

—¿O qué, Taria? ¿O debería de decir La Secretaria, investigadora de Marovir, una de las afortunadas que se sienta con los consejeros, cómplice de un asesino en Kumú, aquí presente? Bueno, no por mucho tiempo, que ya le queda poco. En serio, queridita. Te ruego que simple y llanamente aceptes tu destino, sin rechistar, y me permitas hacer todo el trabajo de una manera más fácil.

—¡Imbécil! —gritó La Secretaria, con gran furia—. No sé qué planeas, ¡pero no te saldrás con la tuya!

Estando aún abrazado a El Detective, conociéndole tan bien tras tantos años, alcanzó con su mano otro de los cuchillos que él escondía bajo su ropa y se lo lanzó a aquel hombre encapuchado. Le acertó. Lastimosamente, fue en el hombro derecho, en un punto no mortal. Tiró demasiado rápido.

El hombre tambaleó hacia atrás, quejándose del dolor. La mujer se esperaba que los demás hicieran algo, teniendo ya preparados un par de cuchillos más pero, para su sorpresa, todos se quedaron quietos. El encapuchado que estaba ante ella volvió a su posición y, sin tocar su el cuchillo clavado en ningún momento, puso su mano izquierda en alto.

—Queridita mía, lo siento mucho pero he de hacer un ojo por ojo.

Cerró el puño. Inmediatamente, La Secretaria notó una punzada tremendamente dolorosa en su hombro derecho. El cuchillo desapareció del cuerpo del hombre, reapareciendo en la de ella como si fuera a La Secretaria a quien se la había clavado. Soltó un grito desgarrador.

—Lástima. Si me hubieras dado en el otro lado, tal vez me hubieras matado al instante. Tal vez. Pero ahora tú morirás. El Detective morirá. El Conde Jakobias, el Capitán Orstyn, la Dama Finael y su hija Maran serán mis prisioneros. Los demás... —se dirigió hacia los otros encapuchados—. Bueno, ya decidiréis vosotros. Aunque al Tulipán mejor no tocarlo, no sea que se nos enfade la señorita Jodinhais, quien nos ha sido bastante útil.

—¿Y qué harás tú, malnacido? —preguntó La Secretaria, lamentándose del dolor. Trató de sacarse el cuchillo, pero vio que era mala idea a menos que tuviera a alguien ayudándola. Se le había clavado en un hueso.

—¿Qué haré yo? Esa es una buena pregunta —dijo el hombre, quitándose la capucha.

Imposible. Totalmente imposible. Ella lo estaba viendo y claramente estaba despierta, no estaba alucinando, pero no se lo podía creer. Pero sí, era él; exactamente igual. Otro hermano.

—Yo, Gilstal Boledain, sustituiré a mi hermano perdido, y nadie en Marovir se dará cuenta. Ya logré que Drent se perdiera en el bosque, solo me quedaba Jakobias. Poco a poco he ido colocando y quitando piezas con mis leales amigos, despedazando este condado lenta y dolorosamente. ¿Los líderes de los Cazadores? Todos fuera; bajo mi mandato, nuevos vendrán. ¿La Guardia Maroviana? Puesta en nuestro bolsillo, muerta o siguiendo pistas inútiles. ¿El hospital? Ahora sin Rohfur, mal asunto, pero su esposa cubrirá la falta. ¿Los artistas? Ya son años de eso, desde aquellos Traviesos, y hoy es otra victoria a nuestro favor. ¿Los consejeros? Manipulados tal y como queríamos. ¿Y qué, si hablamos del templo? Sin el mayor conocedor de nuestro pasado, aunque ese joven hijo suyo me da mala espina... En cualquier caso, una lástima que el cambio de planes hiciera que fracasáramos en nuestro ataque contra los profesores, los agricultores y la nobleza, pero qué se le va a hacer. Ya llegará el momento de enmendar errores. Vaya que lo haremos. Y así, luna tras luna, le devolveremos la gloria a mi pueblo delante de las narices de toda Kandes. Y después... la conquista, aquella que anhelaban nuestros verdaderos ancestros.

—¡Estás loco! ¡Jamás lo conseguirás!

—Jamás lo verás, dirás. Y en eso sí tendrías razón. La carta la escribí para ti por pura cortesía. Supuse que reconocerías esa pieza de los extractos de citas del *Decandei*, en el que se declara el anhelo de Aend, el pueblo eterno. En fin, ¡ejecutor! —señaló a uno de los que tenían espada—. Adelante.

—¡Katesh, ahora!

Dos de los encapuchados, uno a cada lado de la mujer y del investigador, pusieron sus manos sobre el suelo, levantando una nube de polvo y haciendo aparecer una niebla muy densa que tapaba la vista a pocos centímetros.

El Detective y La Secretaria permanecieron ahí, en la nada, en completa soledad y silencio. No sentían ninguna presencia. No veían movimiento alguno. No escuchaban a

nadie hablar. Como si hubieran sido llevados a otro sitio. Como si todos los demás hubieran desaparecido sin dejar rastro.

De pronto, aquellos dos aparecieron, quitándose las capuchas y revelando sus máscaras de distintos colores. Sin perder un ápice de tiempo, uno agarró al investigador y el otro ayudó a La Secretaria a incorporarse, para poder caminar.

—Espera... ¿quiénes sois? —preguntó ella.

—No hables. Ahorra fuerzas. Os llevaremos a un lugar lejos de aquí y ahí podrás preguntar todo lo que quieras.

—Podría mataros ahora. Hasta donde yo sé, bien podríais querer intentar sacarnos información...

—Qué ingrata, pero no podía esperar menos de alguien como tú. Y mejor no nos mates.

—¿Por?

—Porque somos los aliados que necesitará Kandes, ya que ni los dioses, aún con todo su poder, van a ser capaces de hacer frente a lo que se cierne sobre nuestra región.

En eso, mi nuevo amigo desconocido, tienes toda la razón. Algo me dice eso.

Ni los dioses van a ser capaces. Incluso si existieran.

¿Y nosotros?



CAPÍTULO X: CRUZANDO ESPADAS

El sonido de sus pasos apresurados y la respiración agitada llenaba todo el lugar, el amargo sentimiento de culpa sofocado por las ganas de maldecir era lo que conducía y llevaba la mente y cuerpo del joven a actuar en esta situación tan extrema. Se había confiado y dejado llevar por la falsa sensación de seguridad que le había dado la universidad y la presencia de Saber cerca, había sido un completo iluso.

Apenas cuando entró a su salón para buscar su calculadora pudo sentirlo, su entrenamiento en taumaturgia era deficiente y aunque intentó expandir su horizonte de conocimiento en su juventud no pudo lograr nada de manera autodidacta, a lo mucho logró perfeccionar el hechizo de Refuerzo para usarlo en su propio cuerpo pero nada más lejos de eso.

Pero desde siempre había tenido una particular habilidad de percepción que le permitía discernir de lugares donde existiera una barrera o ilusión, incluso podía adjudicarlo a su habilidad visual al poder tener la facilidad de encontrar los puntos de origen de las barreras.

Y en este momento era algo totalmente lejos de lo que en verdad importaba, no sabía en qué momento se había elevado el Campo Limitado y ahora debía correr contra el tiempo, sus sentidos se habían limitado y su percepción se volvió rígida al punto de que incluso no podía percibir la presencia de Saber, el Servant con el cual tenía un contrato. Por lo mismo, debía apresurarse y volver a la biblioteca.

Conociendo sus propios límites y habilidades sabía que apenas tenía la suficiente fuerza para defenderse a sí mismo pero de la misma forma tenía que defender a Gigi ya que ella carecía de la fuerza y conocimiento para subsistir en un enfrentamiento entre Magus o contra Servant.

Haciendo una lista de todo lo que podía hacer y sus prioridades simplemente tenía la certeza de que aseguraría su huida incluso por sobre su propio bienestar, sacrificaría su vida para salvarla de ser total y estrictamente necesario.

Su respiración podía escucharse por todo el pasillo al igual que sus apresurados pasos, hace tiempo había dejado atrás su mochila y cualquier cosa que le hubiera parecido un estorbo en su tarea. Manteniendo un rumbo fijo miro su mano derecha, en ella brillaban aquellas marcas rojizas que eran los Sellos de Comando.

Tres órdenes irrefutables que los Servant debían acatar sin ninguna forma de oponerse, según le había dicho la señorita Rin incluso estos hechizos podían torcer las leyes de la física y la realidad para doblar el mismo espacio y hacer aparecer al Servant desde cualquier parte del mundo con solo una orden, el verdadero poder de los Sellos de Comando recaía en un aspecto táctico.

Era por ello que Souren pensaba que el uso de los mismos era algo únicamente que debía hacer para asegurar su escape, pero sabía que incluso el gastar uno de ellos simplemente lo podría en una peor situación de la que podría esperar a decir verdad, simplemente quedaría igual o peor de lo que en verdad esperaba.

Si estaban dispuesto a incluso atacarle estando junto a su Servant y otros Master eso significaba que el enemigo tenía no solo un plan sino una manera de encargarse de Saber y cualquier otra contingencia que podría presentarse en esta ocasión.

Desde este punto de vista, estaban más que muertos...

Renegando de aquella pesimista posibilidad simplemente volvió a concentrarse en su meta de resguardar a Gigi. La puerta de la biblioteca se le hizo visible de frente y d un solo empujón las puertas se abrieron, miro a su alrededor pero todo estaba solitario y en total silencio, como si nada hubiera pasado por aquí.

– ¡Gigi! ¡¿Dónde estás?! ¡Responde! –sus ojos verdes buscaban por todo a su alrededor una respuesta que pudiera calmar su corazón y mente pero el silencio simplemente lo estaban enloqueciendo, apretó los puños con fuerza para tratar de calmarse–demonios, si algo le pasa...–.

–No le pasará nada, está conmigo–.

Escucho una suave voz a detrás de él y por instinto volteó a mirar. La figura que estaba en el lugar tenía una presencia ligera y se notaba refinado, incluso cualquiera que lo viera con su traje oscuro y camisa rojo brillante dudaría de esa persona simplemente pensaría que era un hombre de negocios o un profesor.

Pero no para Souren, él podía ver y sentir algo totalmente diferente.

Su cabello blanco como la nieve y peinado de forma dispareja pero elegante no era natural y aquellos ojos con heterocromia lo devoraba, no eran para nada humanos, podía percibir de ellos simplemente frialdad y desinterés pero era el aura que emitía su cuerpo lo que le inquietaba.

En sus prácticas de artes marciales su sensei siempre le había dicho que la mejor manera de conocer a un oponente era a través de lo que su cuerpo emitía, su aura o su intención de combatir, si uno lograba en verdad lograr cierto nivel de conocimiento y control entonces podría ser posible interpretar las intenciones de su oponente.

Y eso es lo que estaba haciendo Souren pero solo encontró un perturbador sentimiento.

Muerte.

Su cuerpo expedía un aura extraña que lo confundía, era como si ya hubiera enfrentado la muerte incontables veces, podía verse que no hacia asco alguno de luchar y quitar la vida a sus oponentes, pero lo peor de todo es que ni siquiera su cuerpo emitía un solo ápice de emoción, estaba en blanco.

Y eso era lo más aterrador.

La tensión en el cuerpo de Souren se disparó al mirar que entre sus brazos el cuerpo inconsciente de Gigi emitía algunos sonidos, no se veía para nada lastimada a primera

vista e incluso su respiración lenta y suave podría hacer pensar que solo estaba dormida.

Ahora el castaño debía pensar las cosas en realidad de la mejor manera. Primero no sabía quién era su oponente o en qué condiciones se presentaba a la lucha, bien podría estar solo o estar acompañado por alguien, era la opción más viable tomando en cuenta las minuciosas molestias que se había tomado como levantar un Campo Limitado y mantener a Gigi como prisionera.

Aunque sonara cruel en realidad les era más beneficiosa tenerla muerta y más sabían que era la Master de Caster pero simplemente la mantenía cautiva, como si solo estuviera jugando con él. No, la verdad era que estaba esperando encontrarle.

–Pareces un poco agitado pero tranquilo, no pienso dañarla, al menos, no por ahora–la voz del hombre de ojos dispares era tranquila y monótona al punto de que podría causarle escalofríos, este mantenía entre sus manos a un totalmente sumisa e inconsciente Gigi–seguro piensas que fue lo que hice y no debes de preocuparte por ello, simplemente la puse a dormir con hipnosis, con un chasquido de mis dedos podría despertarla–.

Souren mantenía el silencio pero asumió una posición con la guardia arriba, debía encontrar una oportunidad para atacar a este hombre y quitarle de las manos a su compañera y si era posible comenzar una huida hacia donde sea que se encontrara Saber, solo de esa forma podría asegurar una salida para ambos.

–Creo que podemos hacer esto mucho más ameno y no mostrar tanta hostilidad, Emiya Souren...–una gota de sudor frío como el hielo comenzó a bajar por su cuello al tiempo que por un momento sintió flaquear la fuerza en su guardia pero fue solo un instante– ¿Pensabas que no vendría preparado para un posible choque entre nosotros? Estamos en bandos opuestos por lo cual debemos conocer todo de nuestros oponentes–.

Tenía razón, en una guerra el arma principal que debía usarse y capitalizarse era la información de sus oponentes. Quienes eran, que hacían, sus fortalezas y debilidades, toda pieza de información podía usarse y solo así es que uno podría en verdad pensar cómo se lograría llegar vivo al final de esta competencia.

La tensión entre ambos aumentaba pero ninguno de los dos hacía movimiento alguno, perfectamente habían entendido que el primero que hiciera algo quedaría al descubierto ante su oponente y aquello significaba la muerte pero Souren sentía que algo no estaba lo suficientemente claro.

Aunque era capaz de sentir un aura de fuerte hostilidad alrededor de ese hombre su expresión indiferente y su postura carente de guardia, simplemente estaba recto mientras que sostenía el cuerpo de Gigi con su brazo derecho y mantenía la espalda recta y la mano izquierda detrás de su espalda, de esa forma si Souren quería hacer un ataque ese hombre podría perder el balance y quedar totalmente desprotegido a cualquier cosa que este le lanzara.

¿Debía capitalizar aquella acción futura? Si lo hacía entonces quedaría horriblemente abierto a un contrataque pero de la misma manera si lograba una ofensiva veloz podría terminar todo esto antes de que pudiera ir a mayores.

La mirada entre ambos demostraba la tensión que ambos tenían el uno al otro. Los puños de Souren se cerraron con fuerza al tiempo que sus pies se aferraron con fuerza

en el suelo, estaba listo para cualquier oportunidad que pudiera hacer para lograr una abertura, eso solo necesitaba, un desliz y todo terminaría.

El castaño respiro profundamente mientras concentraba su Prana en sus piernas, varias líneas de color verde comenzaron a rodearlas, sentía su cuerpo ser modificado y mejorado gracias al hechizo Refuerzo, al mejorar la capacidad muscular de sus piernas podía mejorar su velocidad de arranque y la fuerza de sus patadas, la distancia que los separaba era de pocos metros, un solo paso veloz y podría hacerla ínfima en segundos.

No podía esperar más, era ahora o nunca. El piso debajo de sus pies se estremeció por la fuerza generada y este se impulsó adelante, sabía que nada de lo que hiciera a esta distancia podría darle tiempo, prepara un hechizo ofensivo podía tardar segundos que eran vitales, no le daría ese tiempo.

La distancia se hacía menor en cuestión de segundos, todo lo que debía hacer un ataque con la suficiente fuerza para alejarlo de Gigi. El hombre de cabello blanco alzó levemente las cejas, no sabía si era por la sorpresa o por lo osado de la movida pero ya no podía echarse para atrás, así que era momento de pasar a la siguiente fase del plan.

Y ahí fue donde cometió su primer error: ser confiado.

Pensó que todos los Magus usaban encantamientos y hechizos para atacar, confiaba en los métodos arcaicos y antiguos a los cuales se ceñían y pensaba capitalizar aquello pero su oponente no era un Magus cualquiera, era un hombre que había descartado desde hace tiempos aquellos métodos y había tomado una senda diferente en aras de lograr sus objetivos.

No esperaba que su oponente se tomara a libertad de mantener en su mano zurda un arma de fuego, aquella pistola de color negro y de exquisitos grabados plateados se pintó en las verdes pupilas de Souren, este había caído en cuenta en su error, al lanzarse de frente con todo el impulso acumulado por el uso de Refuerzo la fuerza y la velocidad eran intransferibles y no podía retroceder lo que le dejaba en una posición de indefensión total, ahora la desventaja era de él.

Pero su mente no se apagó, debía pensar en alguna manera de lograr solventar el problema, así que cruzó sus brazos frente a su rostro reforzándolos con su Prana, estos también adquirieron un brillo verdoso al tiempo que los hacía tan duros como podía.

Las balas salían del arma en dirección a Souren pero estas al contactar con sus brazos se doblaban y desviaban, la densidad y fuerza de sus brazos era comparable al choque del acero era por ello que el plomo no lograba atravesarlo, ahora convertido en un ariete humano debía completar su objetivo.

Un fragmento de una bala se desvió y rozó su frente haciéndole un ligero corte pero el castaño siguió adelante con todas sus fuerzas. Dio un ligero salto y dando una patada con su pierna izquierda logro desviar el arma homicida de su rango de acción y pudo atravesar la defensa de su oponente pero no debía detenerse, aprovechando el impulso y la fuerza del giro concretó con una estruendosa patada en el pecho del hombre de cabello blanco.

La fuerza fue suficiente para hacerle retroceder y aprovechar el tiempo necesario para tomar a Gigi entre sus brazos y de la misma manera retroceder algunos metros. Una pulsante sensación estremecía sus brazos y piernas al tiempo que sentía el cálido fluido rojizo bajar por el lado derecho de su rostro y comenzar a gotear por su barbilla.

El hombre de ojos bicolors lanzó un gruñido de dolor al tiempo que tomaba su pecho, aquella patada había aplastado su pecho y le había dolido en verdad, se había confiado de que su oponente no tenía conocimiento alguno en taumaturgia pero su uso del hechizo Refuerzo era muy bueno, no debería volver a confiarse otra vez.

Souren mantenía a Gigi cerca de su pecho, escuchar su respiración lenta y su semblante tranquilo le confería una gran tranquilidad y relajación así que mucha de la presión que provocaba dolencias en su cabeza comenzaba a disminuir, ahora podía luchar sin limitantes, pero aquello le hizo caer en cuenta en algo.

¿Por qué fue tan sencillo?

Simplemente fue y logró su objetivo de tomar a Gigi sin mucho esfuerzo, incluso aunque hayan disparado contra él no fue algo que pudiera considerarse algo muy amenazador, simplemente parecía un juego, una manera de medirse entre ellos ¿Acaso...?

¿Era parte de un plan?

–Tienes buena fuerza en tus patadas y por lo que veo sabes usar Refuerzo biológico, te subestime y supongo que mi prueba ha arrojado resultados interesantes...–el hombre de traje oscuro mantuvo su rostro tranquilo e incluso sus ojos parecían un poco brillantes, se puso derecho e hizo estiramientos de sus músculos–ahora que el terreno es igualado ¿Deberíamos continuar con nuestro pequeño cruce? –.

Souren se mantuvo tranquilo mientras se ponía derecho y alzaba los brazos armando su postura para combatir, la sangre bañaba el lado derecho de su rostro y sus ojos se fijaron únicamente en su oponente, no quería admitirlo pero buscaba probarse y descubrir sus avances con los entrenamientos de Hinata, esta era su oportunidad.

Esta sería una lucha a muerte entre ellos dos.

Por momentos, parecía que su ojo derecho brillaba ante la expectativa...

Antes de ser un Santo, fue un Rey.

Antes de ser un Rey, fue un Padre.

Antes de ser un Padre, fue un Paladín

Pero antes de ser todo aquello, fue un Hombre.

Su vida giraba en torno a luchar y defender lo que consideraba correcto, llevar en su espada no solo su orgullo sino el peso y las manos de aquellos a los cuales juró lealtad y a los que su corazón le dedicaba luchar, mover su arma con fuerza y su corazón se había templado como el acero más resistente para no ceder a los golpes de los enemigos y los negros corazones de los traidores, aferrándose con todas sus fuerzas al deseo de siempre llegar más allá de lo que la gente pensaba de él, combatir por el amor a su Dios y el de su gente, la misma que ponía en sobre sus hombros los deseos y el corazón en sus suplicas.

Movió su arma por los pobres, por los desamparados, por los hijos y las madres, nunca dejó de sentirse feliz y de sonreír a todo el mundo, pero dentro de todo aquello ese hombre se encerró y nunca pudo demostrar su flaqueza, lo que todos veían eran las espaldas de un Paladín.

Detrás de aquello, quedó un hombre.

Luchó en tantas batallas que por un momento se sintió que lo había perdido todo, ejércitos caían al enfrentarle y con solo mover su querida espada la tierra se abría y

sangraba, tanto poder le hizo ser respetado y temido por sus enemigos, muchos simplemente se rindieron ante su paso inclemente pero su corazón se atormentaba.

¿Acaso nunca podría sentir la dicha de una lucha con un igual? Encontrar a alguien tan fuerte como uno y poder chocar espadas y orgullos, sentir en su corazón la fuerza de los ideales y convicciones aplastar la mente y cuerpo de los adversarios, eso era lo que buscaba, una lucha entre guerreros.

Un cruce de espadas.

Era por ello que en este momento un latido recorría todo su cuerpo, sintió la sangre arder en sus venas inexistentes y su pulso temblar con expectativa, el oponente frente a sus ojos que le miraba con fiera voluntad, aquellos ojos verdes duros como la roca más grande y fuerte en la ladera de una montaña, su postura tensa y su físico portentoso indicaba que era un oponente ordinario, tal vez esto era lo que buscaba, una lucha donde podría poner su existencia al límite, dejar sus emociones fluir.

Aquello, era lo que clamaba de gozo en el cuerpo y mente de Saber.

Ambos mantenían la mirada fija uno en el otro, sabían que el primero que hiciera movimiento alguno podría considerarse perdedor, solo mirándose trataban de escudriñar los pensamientos y maneras de los guerreros, eran Servant sí, pero en otrora fueron grandes Héroe.

Saber mantenía una sonrisa delgada y ojos afilados, abría y cerraba las manos a la expectativa de la lucha pero su oponente era una esfinge, inamovible y su expresión no cambiaba, incluso su postura relajada era sumamente tensa para el guerrero de cabello monocromático.

–Veo con mi ojito veo, un oponente que da mucho miedo~–su tono de voz cantarina no era algo inocente, Saber no podía evitar sentirse travieso ante la mirada aguerrida del presente–parece que no eres de los muy habladores pero aquello no importa ¿Verdad? Se nota que eres de los que hablaba en las peleas–.

Más la respuesta fue silencio, aquel hombre de cabello cenizo y piel canela se mantenía quieto y a la espera de chocar su arma contra su oponente, se le había pedido que solo mantuviera ocupado a Saber pero aquello no disminuía sus ganas de combatir, la expresión peligrosa y la sonrisa infantil compartida por su oponente le recordaba a un compañero de otrora época, un hombre que solo podía poner ese tipo de expresiones cuando algo era “divertido”.

–Entonces ya que no hablas sé que no me dirás que Servant eres, así que te propongo un juego~–Saber aplaudió con suavidad mientras su expresión adquiría un toque mucho más alegre y relajado pero aquello solo hizo que la guardia inconsciente de su oponente se hiciera mucho más sólida–y ese juego se llama: adivina quién soy. En realidad es muy simple, yo trataré de adivinar qué clase de Servant eres pero eso sí, sin pistas~–.

Totalmente ignorante del tenso ambiente Saber comenzó a dar pasos ligeros y lentos alrededor de su oponente mientras los veía con detenimiento, sin perder la expresión divertida y un poco traviesa que tenía, su oponente con su rostro de acero y sus ojos serios mantenía la visión puesta sobre él a la espera de algo.

–Veamos... No eres un Assassin, no te hubieras mostrado así frente a mí y sé que tampoco eres un Caster, diría que eres todo lo opuesto...–su dedo índice se movía de un lado al otro descartando sus opciones mientras tomaba una expresión pensativa–no

veo que lleves una lanza o un arco y tampoco un carruaje o un caballo, entonces no eres Archer, Lancer ni Rider, así que solo me quedan dos opciones: Saber o Berserker...-.

Alzó los hombros con cierta indiferencia pero su sonrisa ligera y un poco alegre le hacía imposible al hombre de cabello gris identificar con facilidad lo que pensaba su oponente, su actitud cantarina por momentos parecía sobrepasarle pero no podía bajar la guardia.

-Eso significa que deberé poner de mi parte y descubrir si aún conservas tu razón o eres igual que yo, un Servant Clase Saber...-deteniéndose frente a su oponente Saber movió su cuello de un lado al otro ante la expectativa que recorría cada fibra de su cuerpo-pero te haré una advertencia antes de comenzar...-.

Una explosión, el concreto rompiéndose ante la presión del viento y la onda expansiva que agitó sus cabellos, sintió el peligro rozarle la cara y solo por un momento observó hacia su costado, había sido tan rápido que no le dio tiempo a tomar una guardia perfecta, el brillo azulado y una poderoso vendaval lo golpeo provocando una poderosa explosión que hizo retemblar todo el lugar y provocar grandes grietas en el suelo.

El polvo se dispersó y la figura imponente de Saber se erguía orgullosa, su traje de combate negro y blanco mientras su brazo derecho estaba estirado con su arma en posición horizontal, en solo un parpadeo había cubierto la distancia con su oponente y lanzó un ataque devastador, por momentos pareció sentir que se había excedido, su oponente no tuvo tiempo de reaccionar a su Prana Burst y seguramente recibió bastante daño.

Varios metros de distancia una figura se encontraba firme, era su oponente que había sacado su espada de su funda y la mantenía erguida al frente apuntando a su oponente, en su mejilla derecha tenía un ligero corte que se cerraba en cuestión de segundos, al parecer alguien usaba hechizos de curación sobre ese Servant.

Ante la sorpresa Saber se mantuvo en aquella posición y bajo lentamente su arma sin quitar la vista de su oponente, recordaba perfectamente su ataque sorpresa y la sensación del metal golpeando a su oponente y tocar la carne fue real, pero ahí estaba, de pie e impoluto como lo recordaba en el comienzo.

- *¿Un ataque sorpresa con mi Prana Burst y a la final el resultado es un corte en la mejilla? Su Resistencia debe ser extremadamente alta para solo recibir eso, pero no me cuadra, era un golpe perfecto y golpeé su cráneo...*-su expresión se volvió mucho más serena pero mantenía aquella sonrisa tan característica-*puede que se trate de su Noble Phantasm o alguna Habilidad personal, tendré que descubrirlo de una forma u otra...*-.

Sus manos se aferraron con fuerza al mango de su espada al tiempo que corrientes eólicas rodeaban su hoja, el viento agitaba ligeramente sus cabellos y ropas ante la expectativa de un nuevo y poderoso choque entre guerreros del pasado.

Era la lucha entre dos Servant de Clase Saber.

Las palabras sobraban así que ambos se lanzaron uno contra el otro agitando sus armas, los metales se besaron y el estruendo de una tormenta fue liberado, el viento explotaba a sus alrededores mientras las chispas y la fricción soltaban rayos de Prana por todas partes.

Era una lucha esperada por ambos, era el momento de saber cuál de ellos era el que prevalecería.

Estaba acostumbrado a estarse tumbado en la tierra, respiro con suavidad mientras su instrumento reposaba sobre su hombro y silbaba una tonada un poco alegre, sus ojos de color azul brillante miraban un punto en el horizonte, desde el edificio que se encontraba la vista metropolitana simplemente era un obstáculo para una persona.

Pero no para un Servant.

Su visión que había trascendido más allá de lo que la humanidad pudiera imaginar hacía maravillas, los años luchando en las oscuras y cerradas trincheras le habían enseñado cosas importantes, que nada era un obstáculo para alcanzar su objetivo y que la distancia simplemente era algo de segundos, solo se necesitaba un poco de temple.

Era por ello que ahora, una distancia de decenas de kilómetros era como una vista de lejos para Assassin, estaba haciendo lo que le había ordenado su Master y por ello se tomaba su tiempo. El peso de su arma entre sus manos, ubico la culata sobre su hombro y mantuvo el cañón firme y sin temblar, relajo sus músculos para evitar que por la tensión su arma se desviara y le costara su objetivo.

Con suavidad colocó el cargador en su arma, el sonido metálico de encaje fue música para sus oídos, sus dedos danzaban a través del arma frente a él como las manos de un amante sobre su doncella, buscaba sus puntos débiles, quería hacerla delirar, así era su trabajo, delicadeza y audacia en un mismo lugar y momento.

Jalo con suavidad el prestillo del cargador hacia atrás y sintió que la bala había quedado preparada en la recamara, con solo mirar a través de la mira su objetivo se hizo visible, aunque cualquiera podía ver formas borrosas e intermitentes para Assassin era la visión más cotidiana y lenta del mundo.

Observar a dos guerreros chocar sus espadas con fuerza y velocidad no le era impresionante, observo al joven de ropas monocromáticas moverse con audacia y potencia en cada uno de sus golpes, buscaba adelantarse a su oponente pero este tenía una fuerza superior y una defensa sólida, sus contrataques era soberbios, la balanza no cedía.

–Es bastante impresionante a decir verdad, pero este show debe terminar...–susurro para sí mismo al tiempo que su dedo índice acariciaba con suavidad el gatillo, esperaba el momento perfecto para darle justificación a su presencia en el campo de batalla–no es nada personal, es solo la guerra...–.

En sus tiempos, el temple necesario para asesinar a sus oponentes a la distancia era algo por lo cual fue exaltado y reconocido, fue llamado el mejor en su escuadrón y en otros batallones pero aquello eran solo adulaciones.

Mantener el arma firme, el ambiente implacable y la importancia de sus objetivos al ser abatidos lo hicieron ser acérrimo en su trabajo, debía siempre atacar con dureza, una bala una muerte, era por ello que le temían y esta leyenda era lo que lo hacía temido, solo necesitaba poner su ojo en su objetivo y sería su sentencia de muerte.

Este era su Noble Phantasm.

Jalo con suavidad el gatillo al tiempo que el eco de tres poderosos disparos viajaron por el aire, las balas hechas de Prana condensado y comprimido especialmente listo y

preparado para asesinar a otros entes espirituales viajaban a velocidades supersónicas cortando la distancia con su objetivo con facilidad.

Pero ocurrió algo inesperado, tres luceros azules viajaron por el aire a una velocidad mucho mayor y chocaron contra sus balas, tres poderosas explosiones se escucharon en el cielo y provocaron un estruendo como de una tormenta.

Los ojos de Assassin se ampliaron de sobremanera ante lo que había ocurrido, nadie en su vida había detenido ninguno de sus disparos ¿Y ahora fue totalmente bloqueado? Era una broma de mal gusto, era el mejor francotirador de su época y siempre asesinaba a la primera.

Nuevamente una ronda de disparos llenó el cielo, esta vez seis rondas volaban en dirección a su objetivo pero nuevamente aquellas estrellas azules bloqueaban su ataque provocando nuevas explosiones.

–Demonios, así que con eso quieres jugar...–chasqueo la lengua mientras trataba de encontrar a su oponente, su visión podía percibirlo y aquello le ponía nervioso, simplemente significaba que estaba disparando a una distancia tan lejana que no podía percibirlo ni siquiera con su visión–probemos que tan bueno eres...–.

Jalando nuevamente el prestillo liberando el casquillo humeante de la bala y se apresuró a disparar con fuerza, esta vez su objetivo era una de las piernas del oponente de Saber pero al llegar a una distancia de tal vez unos dos kilómetros una estrella azul bloqueó su disparo.

Assassin entrecerró los ojos y comenzó a sopesar la información que tenía. Aquellas cosas azules eran veloces y lo suficientemente precisas para chocar contra sus balas en pleno vuelo, eran potentes y con la suficiente potencia para provocar explosiones y cuando entraban en un radio de dos o tres kilómetros serían bloqueadas sin ningún problema, nadie podría lograr atravesar aquella defensa.

Tomando en cuenta esa información y la velocidad de reacción era necesario sopesar que entre cada disparo que él hacía las estrellas azules aparecían cada diez o veinte milésimas de segundo en cada disparo, lo que significaba que aquella arma necesitaba ser preparada ante de cada andanada. Por el tiempo de preparación podía apostar que se trataba de un arco.

Por la distancia, sabía el rango de su oponente era lo suficientemente amplio para abarcar sus objetivos y bloquearlos todos, nada de lo que haría simplemente no atravesaría esa férrea defensa.

–Ya veo, supongo que es verdad que ustedes son oponentes formidables y muy molestos...–sus ojos azules entrecerrados y su dedo acariciando el gatillo preparando otro ataque o simplemente a la espera de su oponentes–ustedes los Servant Archer son una cosa seria...–.

La cuerda tensa al igual que su mirada puesta en el estrellado cielo, su respiración controlada le permitía mantener una postura firme y segura, solo necesitaba soltar la cuerda de su arma para liberar más de sus flechas hacia los ataques que lanzaba su enemigo, aunque su cuerpo actuaba con naturalidad y elegancia su mente no pudo irse a otro lugar, a recuerdos lejanos y ajenos.

En su infancia fue amado por muchas personas, sus dioses le daban favores y lo bendecían, su vida en su cuna privilegiada y llena del amor de su padre, su madre y sus

hermanos era respondida de la misma manera, amaba con la misma intensidad que era amado, respetaba con la misma intensidad que era respetado y luchaba con el mismo corazón que tenían sus adversarios.

Sus artes marciales eran alabadas, bendiciones de su padre y de sus hermanos todos expertos luchadores y que eran respetados como grandes héroes y príncipes, pero recordaba un día de su niñez, en una clase de arquería su maestro les pedía que pusieran atención a una estatua en la cima de una rama, era la estatua de un búho, más específicamente su ojo.

Muchos pasaron por esa prueba y el instructor preguntaba qué era lo que veían sin dejar de tensar el arco, muchos mencionaban la rama, otros al búho completo y otros las nubes o el cielo, pero podía recordar que su brazo había retraído la cuerda y la tensaba con total fuerza y energía pero su vista solo podía estar en un solo luchar, el ojo de aquel búho, no podía ver nada más, solo aquel gran y brillante ojo.

Su instructor lo bañó en elogios y había dicho que haría proezas que solo los amados por los dioses lograrían pero el solo podía ver ese ojo, meterse dentro cada vez más sin dejar de pensar en nada más, solo estar pendiente de su objetivo al tiempo que su arco estaba listo para disparar.

La cuerda de fuego azul en su mano izquierda tensada con fuerza, el largo arco de color blanco al frente mientras una flecha de color blanco marfil y diseño dorado estaba preparada para volar.

Sus ojos oscuros como el azabache estaban fijos en donde estaba su enemigo, no debían atacarlo solo detenerlo de cualquier intento de atacar a su compañero de facción y proteger a su Master que era la que mantenía el Campo Limitado alrededor de aquella estructura.

Su traje blanco como las nubes y el brillante azul le daban un gran contraste con su morena piel y cabello ondulado, su rostro suave y facciones agradables lo hacían ver como alguien sumamente sofisticado y ligeramente andrógino, a los lados de su cintura dos carcajes de color blanco tenía algunas flechas que parecían estar hechas de marfil. Detrás de él se encontraba Christa Everett que mantenía la concentración para evitar que el Campo Limitado se cayera.

–No debe preocuparse por una interferencia externa, tengo todo perfectamente bajo control desde aquí–Archer mantenía una postura tranquila y su voz se mostraba seria y respetuosa, no parecía muy preocupado por los ataques de su enemigo– ¿Se encuentra bien? –.

–Sí, no debes preocuparte por mi Archer, lamento tener que mantenerte ocupado en un trabajo tan poco importante–la rubia estaba un poco avergonzada pero la sonrisa ligera que le enviaba su Espíritu Heroico en busca de restarle importancia la tranquilizaban–Arthurus es un hombre bastante audaz, atacar a su oponente de esa manera–.

–Es alguien que parece que está especializado en ese tipo de escenarios, en cierta forma me sorprende que usted haya decidido ayudarlo de buenas a primeras–Archer mantenía la vista al frente y no observo como la expresión de su Master se volvía un poco pensativa– ¿Acaso ya conoce a esa persona y por ello confía tanto en su persona? –.

Christa mantuvo su mente en sus recuerdos, cuando era una joven estudiante de la Torre del Reloj, por momentos pareció recordar a una persona en particular que le veía con cierta curiosidad antes de mostrarle una sonrisa, ella recordaba ese cabello castaño y sus ojos verdes brillantes, llenos de jovialidad y sabiduría, pero poco a poco fue superponiéndose el blanco y el rojo.

–... Tal vez hace mucho tiempo conocí a alguien como él, pero ya creo que si me viera no me reconocería...–comentó para sí misma mientras Archer soltaba nuevamente la cuerda de su arco liberando una nueva andanada de flechas, estas flechas se convertían en haces de luz llamante de color azul que explotaban en el cielo con el sonido de truenos– ¿Seguro que no habrá problema Archer? –.

–Le prometo por mi honor que mi arco nunca se desviará y mi blanco nunca se perderá de mi vista–la cuerda de fuego volvió a tensarse mientras la expresión seria de Archer se hacía mucho más densa–sus ataques no nos alcanzarán–.

La adrenalina golpeaba su cerebro.

Los dientes rechinaban con la fuerza que ejercía cada uno de sus músculos al tiempo que se lanzaba hacia adelante, la fuerza inusitada de sus pies lo enviaban hacia adelante con tanta fuerza que por momentos tenía que derrapar, sus piernas hacían resistencia al tiempo que su guardia alta enviaba incontables golpes a gran velocidad hacia su oponente, un solo golpe debía marcar la diferencia en ese combate entre su oponente y su persona.

Este se movía con naturalidad, no parecía muy impresionado con la fuerza y velocidad que usaba Souren para atacar, solo retrocedía o se hacía a un lado esquivando los golpes, su pistola lo tenía apuntado liberando varios disparos, gracias a la versatilidad de su estilo de combate y el uso de Refuerzo podía ver en cámara lenta las balas acercarse.

Aunque su visión se había acostumbrado a la velocidad de las balas su cuerpo no podía siempre reaccionar a tiempo, aquellos proyectiles rozaban su ropa y su piel dándole ligeras quemaduras y algunas impactaron en sus brazos pero era como recibir el impacto de una piedra a gran velocidad, los moretones se comenzaban a juntar.

Arthurus desde la distancia debía admirar la tenacidad de ese muchacho, sus ataques por momentos casi llegaban a tocarlo, según pasaba el tiempo y lo observaba parecía que se adaptaba a sus movimientos y velocidad, ajustaba su cuerpo y posiciones para luchar y esquivar al mismo tiempo sus disparos, era sorprendente como usaba Refuerzo para mantenerlo a raya.

No eran simplemente habilidades avanzadas de combate u observación, era algo que podía considerarse simplemente habilidad física avanzada, el estudio de los patrones a alta velocidad era algo que un experto en combate podía hacer pero necesitaba tiempo para analizar a su oponente.

Este muchacho estaba haciéndolo por sí mismo y solo tenían unos diez minutos luchando, ahora estaba prediciendo sus disparos y comenzaba a penetrar su defensa y postura. Le quedaban pocas balas así que debía pensar en alto rápido, dio un paso hacia atrás pero Souren no se rindió y cerró la distancia, su puño derecho iba ascendiendo para atronador uppercut pero Arthurus retrocedió sintiendo ese golpe pasar tan cerca de su rostro que le hizo perder el equilibrio.

Más no se esperaba que este cambiara de dirección y se convirtiera en un golpe de tipo martillo que aterrizo en su hombro izquierdo, gracias al hechizo Refuerzo este era mucho más pesado y duro que antes lo que provocó sentir el hueso de su hombro y clavícula quebrarse ante la presión ejercida, para hacer distancia disparo a quemarropa en dirección al rostro del castaño.

Pero no espero que este volviera esquivarlo a una distancia tan corta y que solo rozara su mejilla, la rodilla izquierda de Souren iba contra su abdomen pero bloqueó el ataque con su pierna y retrocedió algunos metros.

Ambos oponentes se miraban intensamente, Arthurus sintió su brazo inerte, su hombro estaba roto al igual que su clavícula así que solo tenía una mano para hacer todo lo que pudiera contra un oponente. El castaño trataba de limpiar la sangre que caía por su rostro y le impedía tener una buena visión pero no bajaba la guardia, sentía sus brazos entumecidos por tantos impactos y ahora solo podía dar buenos ataques con sus piernas.

Arthurus por su parte observo su pistola unos momentos antes de guardarla de vuelta en su chaqueta y extender su mano al frente con los dedos extendidos llamando a su oponente. El castaño se mantuvo quieto ante la provocación pero su postura denotaba que pronto lanzaría algún ataque.

–Ha sido interesante, te subestimé demasiado para mi gusto, has podido responder con fuerza a cada uno de mis ataques y usar mi pistola carece de sentido...–Arthurus se mostró tranquilo pero mantenía la posición con su mano extendida al frente y apuntando a Souren–por ello, lucharemos en igual de condiciones: solo con mis puños y piernas...–.

El joven se mantuvo un poco silencioso, miro hacia un lado donde estaba Gigi todavía bajo la hipnosis de Arthurus, si podía derrotarle tal vez podría despertarla y entonces con el uso de un Sello de Comando para solicitar la ayuda de Caster.

Aplicando nuevamente Refuerzo en sus piernas se lanzó hacia su oponente con sus puños en alto, todavía podía usar sus cuatro extremidades con naturalidad a pesar de tener sus brazos lesionados, tenía una ventaja pequeña contra Arthurus. Pero nuevamente había sido confiado.

Cuando había lanzado un golpe no espero que Arthurus le desviara con su brazo bueno y de un movimiento de flexión había clavado su codo sobre el pecho del castaño pero no se detuvo ahí y poniendo su pierna derecha detrás de las piernas de Souren, puso su mano sobre su rostro y con un ligero movimiento lo envió hacia atrás haciéndole perder el equilibrio pero el castaño no se dejó y lo tomó e su chaqueta usando el impulso lo proyecto hacia atrás.

Arthurus con agilidad dio un giro en el suelo y se puso frente a su oponente esquivando una combinación de sus golpes y patadas, vio venir un golpe recto de la izquierda pero no pudo bloquear una patada en su pecho, se hizo a un lado esquivando otra y con un ligero giro hacia la derecha lanzó una potente patada de talón que logro conectar en la sien derecha de Souren haciéndole perder el equilibrio y lo termino con un rodillazo en su pecho que lo dejo en el suelo.

Souren no sabía cómo había sucedido pero ese hombre lo había vencido incluso con un brazo inutilizado y lo peor es que no podía moverse, al parecer era un efecto del

sobreexplotar el Refuerzo, su propio cuerpo no lo resistió en su totalidad y ahora sus músculos estaban agotados y su resistencia se había mermado.

Cuando intento levantarse sintió la rodilla de su oponente hacerle presión en el pecho y aquello le sacó un quejido pero este murió al ver como el cañón del arma apuntaba directamente a su rostro, podía ver perfectamente como aquella arma no temblaba, estaba a su disposición.

–Ahora que estamos en esta situación supongo que tú y yo podemos hablar un momento...–Arthurus estaba serio de muerte y el arma parecía acercarse cada vez más a su rostro pero Souren no se mostraba asustado–sabiendo que tengo un arma que puede matarte con un simple movimiento de mi mano te muestras valiente ¿Acaso crees que no puedo hacerlo? –.

–Puedo verlo en tus ojos y sé que eres capaz de eso y mucho más...–susurró Souren mientras fijaba sus ojos verdes en la mirada dispar de Arthurus, la tensión que había entre ellos aumentaba pero ninguno cedía en el duelo de miradas–pero tú no viniste a matarme, viniste por otra cosa...–.

Le tomó tal vez algunos segundos darse cuenta pero sabía que habían intenciones ocultas. La poca resistencia al recuperar a la secuestrada Gigi, la poca iniciativa en su ofensiva y su constante esquivar a sus ataques y el hecho de que si lo atacaba no apuntaba a puntos vitales, siempre disparaba hacia zonas que estuvieran reforzadas o que simplemente lo incapacitaran.

Si lo pensaba detenidamente simplemente estaba buscando dejarlo lo suficientemente cansado y a su disposición para algo que no podía comprender, tal vez quería robarle los Sellos de Comando para formar un contrato con Saber y así tener dos Servant o tomar el control de Caster o de ambos, la mente de Souren iba de un lado al otro.

–... Eres un mocoso listo, es verdad, no vine a matarte–con un bufido Arthurus guardó su arma dentro de su chaqueta pero mantenía controlado a Souren con la rodilla en su pecho y con su ojos dispares apuñalaba el alma de Souren–tengo una propuesta que hacerte...–.

La tempestad se hacía presente en el lugar, el choque de aquellas fuerzas generaba tormentas que abrían la tierra y estremecían las construcciones cercanas, las pisadas que resonaban en todo el lugar y el choque de metal que generaba con fuerza chispas.

Saber estaba entrando en un éxtasis, el choque con este oponente resultó ser algo que estuvo más allá de lo que estaba esperando, la fuerza de su gran espada, la dureza de su defensa y la tranquilidad en su mirada simplemente lo convertían en una torre inalcanzable, pero aquello simplemente lo motivaba, su deseo de luchar contra un oponente extremadamente poderoso lo estaba superando.

Su espada en su mano diestra se movía de un lado al otro librando poderosas ondas de viento pero su oponente simplemente con mover su espada las dispersaba, tenía la fuerza física suficiente para dispersar su Prana Burst y responder activamente a sus ataques.

El hombre de cabello cenizo tomo distancia mientras mantenía su espada en alto, su cuerpo estaba cubierto de pequeñas heridas, a lo mucho raspones o rasguños que lentamente se cerraban por uso de hechizos curativos.

Saber respiraba con cierta agitación pero la sonrisa en su rostro no se borraba, su corazón se agitaba y latía con fuerza dentro de su pecho al tiempo la fuerza que ejercía con sus manos en el mango de su espada hacía crujir el cuero de sus guantes. Estaba feliz, mucho más de lo que hubiera esperado y su corazón podía derramar el contenido de su corazón con total libertad, no pudo evitar recordar su lucha en el puente cuando estaba junto a su Master ¿Acaso todos sus oponentes eran tan diestros y poderosos como este oponente?

Entonces todo lo que se sentía se había apagado y una expresión de sorpresa se plasmó en su rostro, había perdido la noción del tiempo y la situación por simplemente luchar contra su oponente, ahora se había dado cuenta de algo, su postura.

La forma rígida que sostenía su espada siempre apuntando al frente, sus hombros tiesos y rectos y con las piernas levemente separadas, la vista al frente y con una expresión de seriedad que lo hacía alguien difícil de leer.

Ahora que juntaba todas las piezas su trabajo nunca fue tener una lucha a muerte contra su persona, simplemente su trabajo era detenerle el tiempo suficiente para que seguramente su Master u otro Servant pudiera acercarse a su Master o la joven Gigi, lo estaba entreteniendo y él había mordido el anzuelo.

– *¡Tonto siervo infiel! Dejaste que tu lujuria por la batalla nublara tu corazón y has perdido el horizonte de tus cosas preciadas...*—su sonrisa desapareció y una expresión mortificada y seria había cubierto su rostro, la fuerza con la que apretaba el mango de su arma eran tan excesiva que sentía que la rompería—*bien, ahora que has recobrado la consciencia debemos ir a rescatar a nuestro Rey y a Lady Gigi, no podemos simplemente ceder más a nuestros deseos...*—.

Soltó un sonoro suspiro que vació todo el aire de sus pulmones y todos sus músculos se relajaron, cerró los ojos un momento al tiempo que tomaba una postura mucho más suelta, su deseo de luchar se había interpuesto a su deber y aquello solo era algo que le avergonzaba, era por ello que tendría que demostrar la verdadera fuerza de su espíritu y deseo de proteger a su Master.

—Deberás disculparme, por un momento me he perdido en mi propia lujuria y deseo de luchar pero ahora estoy tranquilo y feliz de ello, debo agradecerte por hacerme recapacitar...—nuevamente una expresión alegre y relajada volvió al rostro de Saber al tiempo que alzaba levemente los hombros—es un poco engorroso en que ambos nos llamemos Saber así que... Te llamaré Noire—.

El ahora llamado Saber Noire se mantenía tranquilo pero mantuvo su postura y su rostro tranquilo, ambos oponentes se han mantenido silenciosos unos momentos antes de que Black Saber abriera sus labios.

—Lo siento por mantener tu yugo amarrado e impedir que vayas por tu Master, pero es una orden del mío que te mantenga aquí para demostrar la fuerza de mi espada...—su voz tranquila y ecuánime hizo que Saber levantara una ceja ante lo sofisticado que era a pesar de su apariencia hosca—has demostrado tener una gran fuerza y tu espada es justa, por ello ahora es mi turno de demostrar la fuerza de mi blandir, Red Saber...—.

La presión en el ambiente había por momentos superado a Saber y cuando pudo recobrase de la impresión la gran hoja iba por su cuello, tuvo que hacer un bloqueo rápido con su arma, al chocar metales relámpagos azules fueron liberados del choque en una tormenta eléctrica que dejó a Saber indefenso.

El viento y los rayos nuevamente provocaron destrucción en el lugar, ambos oponentes trabaron miradas y después tomaron distancia. Los oponentes volvieron a chocar con fuerza sus espadas a gran velocidad, las rocas y los fragmentos de tierra se levaban con cada choque, ahora ambos oponentes luchaban con fuerza y fiereza pero ya por motivos personales, sino para defender su honor y corazón para con sus Master.

Un nuevo vendaval se desató de su espada pero la tormenta eléctrica de su espada contrarrestaba el elemento. La mirada de ambos era tan afilada como sus espadas y ninguna estaba dispuesto a ceder ni un paso.

Al tomar distancia nuevamente los guerreros tuvieron un duelo de miradas y miraron sus espadas, las hojas de cada una estaba inmaculada y sin ni siquiera muesca alguna, pero el metal humeaba ante la liberación de tanto poder y elementos.

–La fuerza de tu arma es de admirar y temer Noire, mi corazón salta de júbilo con cada cruce de nuestras espadas, pero es mi deber de Paladín estar al lado de su Rey y luchar por su bienestar...–Red Saber respiro con tranquilidad mientras una brisa suave agitaba su ropa–es por ello que usando mi voluntad y el deseo de mis hijos y hermanos, te derrotaré...–.

Un aura azulada rodeo su cuerpo y detrás de su espalda comenzaron a formarse cuatro formas extrañas. Estas parecían ser una especie de armas extrañas al ser el resultado de la fusión entre una lanza y una espada. Su larga hoja ligeramente ondulada y larga que cubría todo el mango del arma, tenía adornos parecidos a plumas y tiras de tela de color rojo y azul que cubrían el arma.

Cuatro de estas espadas especiales flotaban detrás de su espalda al tiempo que una sonrisa optimista se plasmaba en el rostro de Red Saber.

–Deberás perdonarme por tener que usar una ventaja como esta, pero a veces yo no puedo controlar los deseos de mis hijos al querer defender a su padre...-con su pesada apuntaba a su oponente al tiempo que un viento blanquecino comenzaba a surgir de su espada-y no puedes contener a un Paladín cuando defiende a su Rey-

Las cuatro armas salieron volando a una velocidad impresionante hacia su objetivo que apenas y pudo bloquear esos cuatro ataques en diferentes direcciones pero su afilado instinto le permitió protegerse a tiempo, más no esperaba que Saber volviera en un ataque frontal agitando su espada en un movimiento vertical.

Cuando las espadas chocaron un viento frío lleno de hielo y cristal se hizo presente en todo el lugar. Black Saber retrocedía con escarcha en algunas partes de su cuerpo y totalmente sorprendido por el cambio de su Prana Burst, pero ahora tenía que defenderse de cinco ataques con una potencia extraordinaria.

Los golpes que venían desde tantas direcciones buscaban sus brazos y piernas además de su corazón o su cuello, estas cinco espadas lo estaban dejando totalmente expuesto a los efectos de este nuevo Prana Burst, ya no solo era viento sino que ahora parecía usar hielo y cristales.

Las cinco espadas chocaban con fuerza contra Black Saber pero no debía ceder en ningún momento. Saber volvió a atacar de frente con un golpe diagonal pero fue bloqueado por la espada de Black Saber pero sus cuatro espadas venían en todas las direcciones para exterminarlo.

Un aura eléctrica rodeo el cuerpo y arma de Black Saber y termino por convertirse en una onda expansiva que hizo retroceder a su oponente y sus armas. Black Saber ahora estaba en aprietos, su oponente ahora comenzaba a tomar lo mejor de él.

Una de sus Habilidades Personales era llamada Galvanismo, era el poder de concentrar su Prana y acelerarlo para después liberarlo en poderosos ataques de forma similar al Prana Burst pero tenía la ventaja de que su consumo era mucho más bajo que el Prana Burst.

Sintiendo los brazos adormilados Red Saber suspiro para relajar su mente y sus espadas se posicionaron nuevamente detrás de él, observo de rojeo la pesada que tenía ceñida a su espalda y pensó fuertemente en tener que liberar todo su poder contra este oponente, debía existir una manera de superar su defensa.

Black Saber se puso recto tomando su arma entre sus dos manos y giro levemente el mango de la misma y de este surgió una pequeña gema de color azul brillante, de pronto un aura de mucha intensidad eléctrica y de Prana llenaba todo el lugar.

¿Acaso su oponente estaba listo para usar su Noble Phantasm?

Con una ligera sonrisa Red Saber puso su mano zurda sobre la espada en su espalda ante la expectativa de liberar todo el poder de su Noble Phantasm, ambos oponentes querían liberar toda la fuerza de sus almas.

–Entonces será de esta forma...–la mirada depredadora de Saber se mostraba con mucha más fuerza mientras se preparaba para liberar el arma en su espalda, a veces debían correrse riesgos para lograr un objetivo–no lo hubiera querido de otra forma...–.

La mirada de ambos se mostraba fuerte al tiempo que la expectativa de luchar con todas sus fuerzas los agitaba. Los rayos azules comenzaban a concentrarse en la espada de Black Saber y Red Saber comenzó a sacar su espada de su funda revelando una hoja dentada y de un brillante color blanco.

– ¡Detente Saber! –.

–Ya no es necesario Saber, no liberes tu Noble Phantasm–.

Las repentinas voces cortaron el ambiente de ambos luchadores que hicieron caso de las órdenes de sus Master. Souren se acercaba con Gigi en sus brazos la cual no parecía despertar, sus heridas se veían curadas pero mantenía algunos golpes de su rostro y rastros de sangre por su rostro.

Arthurus por su parte se mostraba mucho menos golpeado pero su brazo derecho se encontraba muerto y su traje ejecutivo estaba sucio y lleno de polvo. Ambos Servant cedieron, Black Saber escondió la gema del mango de su espada y Red Saber volvió a envainar la espada en su espalda.

–Lamento verlo de esa manera Rey, lamento haber sido un siervo terco y desobediente–Red Saber se arrodillo frente a Souren haciendo que este se mostraba un poco avergonzado por ese tipo de acciones–espero que pueda encontrar piedad en su corazón para perdonar mi terquedad–.

–Por favor no hagas eso Saber, es vergonzoso...–Souren esquivaba un poco la mirada para no hacer más comprometedor esto, observo a Arthurus que se mostraba impasible y neutral a lo que ocurría y solo miraba hacia su Servant–entonces ese es tu Saber...–.

–Así es, ese es mi Servant–Arthurus se puso al lado de Black Saber y mantuvo la vista en los presentes antes de levantar su mano hacia Souren–desde este momento, supongo que hemos pactado una alianza, Emiya Souren...–.

Con una expresión de mucha seriedad Souren extendió su mano hacia Arthurus y le dio un apretón de manos confirmando aquel pacto que ambos habían decidido llevar a cabo. Los Servant se miraron con cierta curiosidad y después a sus respectivos Master esperando algunas explicaciones.

Pero ahora, la alianza estaba hecha.

Continuará...

VAMPIRES & ZOMBIES in FEARLAND

CAPÍTULO 9: TODO SEA POR LA CIENCIA

Me desperté atado a una camilla de esas en donde se hacen las operaciones quirúrgicas. Un sofocante foco apuntaba inclementemente hacia mi cara cegándome. Tuve que entrecerrar los ojos para poder enfocar mi mirada al resto de la habitación. Al lado mío había otra camilla a la cual estaba amarrado Feliz con sus trágicos aires de emo tan característicos. No hacía otra cosa que suspirar apesadumbrado y quejarse de lo duro que era seguir respirando. Alrededor nuestro había un montón de cachivaches científicos y demás bártulos que escapaban a mi corta comprensión.

—¿Estás bien?— le pregunté a Feliz por cortesía.

—Sí, por desgracia— se quejó Feliz.

—¿Sabes dónde estamos?

—En el castillo de Vanesa.

—¿Qué ha sucedido desde que me desmayé?— pregunté emitiendo un bostezo. Estaba acostumbrado ya a las situaciones más difíciles como para preocuparme de por qué estaba atado a una camilla.

—Cuando escalé la montaña vi a la vampiro supremo portarte sobre su hombro. Yo le dije “Solo te lo llevarás por encima de mi cadáver”. Ella dijo “vale”, y me cortó la cabeza. Después me creció otra. Entonces ella dijo “interesante”, me dio un puñetazo en la boca del estómago y me desmayé. Finalmente desperté aquí a tu lado— terminó de contar su historia de una manera tan indiferente que parecía que estaba recitando la lista de la compra.

La puerta de la habitación se abrió de par en par para dar la bienvenida a Vanesa. Ella seguía vistiendo la misma bata de científica con la que le había conocido para fortuna de mis dichosos ojos. Tuve que controlarme mentalmente para evitar erecciones inoportunas.

—¿Qué tal están mis invitados?— preguntó con una voz muy sensual.

No iba a dejar que me engañara con sus artimañas. Sabía que lo que me aguardaba no iba a ser nada bueno. Tenía que hacer que fuese mi cerebro y no mi miembro viril lo que se pusiese férreo.

—Seguro que eres una de esas científicas locas deseosas de encontrar un espécimen humano con el que experimentar— le acusé.

—No, para nada. Yo nací cuando los humanos eran el pan de cada día para los vampiros. Lo sé todo sobre vuestra anatomía como para interesarme de nuevo en uno de vosotros— respondió con sinceridad.

—Aún así sé que tus intenciones no son nada benévolas. No por nada me atarías a una mesa de operaciones— objeté.

—Eres algo perspicaz. Verás, no estoy interesado en ti como ser humano sino como futuro cyborg. Pienso implantarte un brazo izquierdo y una pierna derecha de vampirium, el material más duro y resistente que existe, para convertirte en una máquina de matar. Serás mi prototipo— me explicó.

—Pero si a mí no me falta una pierna dere... ¡Joder!— exclamé.

—Me tomé la molestia de cortártela mientras estabas durmiendo— sonrió.

—Mi pierna...— me lamenté.

—No te preocupes, te pondré una pierna nueva y un brazo nuevo.

—Ahora que había mejorado la mano cambiada— me quejé.

—La raza nueva de zombies que has creado es fascinante pero a la vez muy peligrosa— dijo de repente sin venir a cuento— Por ese motivo, como encargada que soy del avance científico en Fearland, tengo que desarrollar un arma que sea efectiva contra ellos— se acercó demasiado a mí.

—¿Y ese arma tengo que ser yo?— pregunté.

—Sí, sería justicia poética que su creador fuese el que los destruyera. Además he de decir que guardo cierta admiración hacia su persona. Solo un hombre de ciencia podría ser capaz de crear algo semejante desde cero. Somos colegas de profesión— me acarició el torso con su dedo corazón haciendo una “C” que bien podría ser de ciencia como de cachonda.

—¿Como compañero de profesión podría pedirte el favor de que me desataras? Puedes quedarte con el emo inmortal si quieres— le ofrecí.

—Los zombies se crean a partir de cadáveres humanos a los que se les inyecta sangre vampírica estimulada mediante electricidad. No son simples humanos revividos sino que tienen las cualidades de un vampiro sin ser uno. Sin embargo, la genética de los vampiros y la de los humanos son diametralmente opuestas. El efecto de la sangre nunca hubiese funcionado si la persona en cuestión estuviese viva, pero al realizarse en cadáveres ha sido como llenar un recipiente vacío. Y así es como surge una copia imperfecta de vampiro— explicó Vanesa.

—Puedes hacer lo que quieras con este personaje salido de una película de Tim Burton pero déjame escapar— le pedí de nuevo.

—Por eso mismo te preguntarás como siendo imperfectos pueden plantar cara a los vampiros— me ignoró por completo— Los vampiros somos una raza muy longeva pero para nada somos inmortales. Los zombies en cambio sí. Si pierden cualquier miembro del cuerpo pueden restituirlo por otro y si la sangre les falta pueden conseguir más. Y su incapacidad para sentir dolor los hace unos enemigos formidables. Y además está el factor del equivalente a la energía vampírica que han desarrollado, la energía zómbica— soltó su monólogo totalmente exaltada. Parecía que era de esas que disfrutaban dando la turra al personal.

—Incluso crueles experimentos invampiros— equivalente al término “inhumano”— Si es un tío que puede soportar la tortura perfectamente. Es como torturar a media docena de vampiros. Puedes convalidar mi sufrimiento con el suyo— razoné.

—He sido una gran estudiosa de la energía zómbica durante estos últimos meses. La energía zómbica es igual de poderosa que la energía vampírica del vampiro del que se obtiene la sangre e incluso se puede sumar varias energías vampíricas si la sangre procede de distintos individuos, es decir, si el zombie tiene tres tipos de sangre se puede sumar A + B + C obteniendo una energía zómbica ABC. Si este secreto se descubriera los zombies podrían fortalecerse cazando vampiros para obtener una gran fuente de poder. De ser así se desataría el caos en Fearland— dio un puñetazo sobre la mesa de operaciones haciendo que se sacudiera tanto como la tierra cuando Falete salta a la comba.

—Te puedo incluso ayudar a la tortura de este pobre infeliz— me arrastraba miserablemente por mi salvación.

—Es Feliz— matizó Feliz.

—Tú calla— le chisté.

—Pero la energía zómbica no es perfecta. He estado experimentando en muchos zombies inyectándoles sangre proveniente de distintos vampiros y el resultado siempre ha sido el mismo: cuerpos humanos reventando ante la presión de la energía zómbica. Todo cuerpo tiene un límite pero hay raras excepciones como lo son los Zombies Supremos, en los que ese límite

puede llevarse al extremo poniendo en riesgo incluso a los vampiros más poderosos. El lado bueno es que la energía zómbica no es capaz de crear habilidades especiales en los zombies a diferencia que la energía vampírica en nosotros. Eso nos otorga a los Vampiros Supremos una cierta ventaja sobre los zombies. El problema está si un Zombie Supremo descubre el secreto de cómo hacerse más fuerte. Entonces estaríamos en serios problemas— se llevó un bolígrafo a su boca de un manera muy sensual.

—Puedo aportar material de tortura también. Tengo un pendrive con películas tan aburridas como “El diario de Vampiroah” o “Come humanos, reza y ama”. Si aplicamos el método Ludovico durante el visionado...— ni pude terminar porque Vanesa me metió un esparadrapo en la boca.

—En una hipotética guerra de vampiros contra zombies nuestras bajas no harían más que aumentar pero ellos son capaces de crear nuevos soldados si tienen el material necesario para ello. Sin embargo, nosotros hemos probado que es imposible revivir a un vampiro con sangre vampírica y nuestra tasa de natalidad es ínfima, así que en una guerra de desgaste serían los zombies los que se impusieran. Además está el factor del rencor, muchos de ellos han muerto o han perdido familiares por culpa de los vampiros. Es curioso de que todo su organismo falle a excepción de los impulsos eléctricos del cerebro que están ligados a las emociones. Aún falta estudiar ese fenómeno pero mi hipótesis lo enlaza a la energía zómbica. Gracia a ella pueden tener las mismas emociones que tenían cuando eran humanos para desgracia de nosotros. Las relaciones entre ambas razas no son muy buenas por culpa de esas malditas emociones que aún persisten en ellos— bufó Vanesa.

—Ojalá no pudiera sentir emociones— soñó despierto Feliz.

—También puede haber una solución pacífica ¿Y Reindhal y su proyecto Utopía?— me uní a su conversación porque sabía que era inútil esperar que ella se uniese a la mía.

—Es una utopía— respondió.

—Bien visto— asentí.

—Reindhal está siendo utilizado como cabeza de turco por el Consejo de los Diez Vampiros Supremos. Casi ninguno ve bien un acercamiento con los zombies. Son una raza que pueden disputar nuestra hegemonía sobre Fearland. Pronto pedirán los mismos derechos que nosotros y querrán una porción de Fearland para ellos como así está sucediendo. Hemos perdido el control en una docena de sectores donde se han impuesto los zombies. ¿Por qué habríamos de compartir lo que hasta ahora solo había sido nuestro?— preguntó Vanesa.

—En realidad Fearland era de los humanos antes de que viniereis vosotros. Ellos solo están haciendo lo mismo que hicisteis los vampiros entonces con los humanos— creo que por fin dije algo sensato tras nueve capítulos.

Vanesa se quedó muda. Parecía que por primera vez en mi vida había dicho algo no solo no era reprochable sino que además era una verdad categórica.

—Toma corte— metió cizaña Feliz.

Vanesa me volvió a poner el esparadrapo en la boca.

—Lo que decía...— carraspeó un par de veces— La vía pacífica de Reindhal solo ha tenido el visto bueno del Consejo porque lo ve como una buena maniobra de distracción. Lo que para Reindhal es una cuestión de vida o muerte es para nosotros un gesto de cara a la galería. Los zombies creerán que queremos hacer las paces pero realmente solo estamos ganando tiempo para obtener una tecnología que nos permita una derrota absoluta sobre ellos. Aquí es donde entras tú, William Waster. Serás la segunda arma que cree tras la muñeca hinchable que adapté al combate cuerpo a cuerpo— comentó excitada.

—¿Podrías repetir lo de la muñeca hinchable?— escupí el esparadrapo por la sorpresa.

—¿Sabes una cosa William Waster? La ciencia me pone muy pero que muy caliente— se puso a horcajadas encima de mí.

—¿De verdad?— tragué saliva.

—Y los científicos con gran intelecto como tú me ponen a mil— dijo con el rostro sonrosado mientras me ponía ambas manos en el pecho.

—El intelecto no es lo único grande que tengo— me puse en plan fantasma.

—Venga ya— se rió Vanesa— Si te he visto antes cuando te he quitado la pierna. Parece que no es lo único que te han cortado por ahí abajo últimamente— bufó.

—Toma corte— metió cizaña Feliz.

—Cállate— lamentaba tener la mano atada porque así no podía taparme la cara de la vergüenza que tenía.

—No pasa nada. Yo también la tengo pequeña. Podemos formar un club si quieres, podríamos llamarnos la Asociación del Micropene— reflexionó Feliz.

—No quiero formar parte de ese club— sacudí mi cabeza a ambos lados en señal de desaprobación.

—¿Cómo puedes ignorarme de esa manera teniéndome encima?— Vanesa me quitó los pantalones y la camiseta dejándome solo en calzoncillos.

—Yo nunca te ignoraría— dije con miedo a que el tren saliera de la estación sin mí.

—Cuando me pongo a hacer cosas científicas me excito tanto que no me puedo controlar— se llevó una mano a ahí abajo. Tenía la respiración entrecortada y unas gotas de sudor perlaban su frente.

—No hace falta que te controles— dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad?— sus ojos me miraron suplicantes a través de sus gafas.

—De verdad— afirmé completamente cachondo.

—¿Me dejarás hacerte todo lo que yo quiera?— me preguntó mientras jadeaba.

—Todo lo que tú quieras y más— me emocioné.

—¿Incluso podría usar juguetitos?— se llevó un dedo a sus labios y miró hacia otro lado en un gesto de timidez que me excitó de sobremanera.

—Todo sea por la ciencia— me hice el machote.

—Perfecto— su actitud cambió de repente. Se bajó de la camilla y descubrió una mesilla donde había utensilios básicos de tortura que utilizaban los malvados dentistas. Estaban el taladrador, el cortador, el espichador, una revista del Interviú con la Belén Esteban en pelotas para dejarte con la boca abierta del espanto y así sea más fácil abordar tus caninos, una motosierra, un martillo, una hoz y un hacha de cuádruple filo. Estaba el pack completo— ¿Te gustan mis juguetitos?— preguntó.

—¡Hoooostia puta!— mi erección bajó más rápido que un Vampirin Bolt hasta las cejas de anfetetas.

—Por cierto, me quedé sin anestesia en la última operación de amputación de pierna y el envío con los anestésicos no llega hasta mañana así que puede que te duela un poco— al terminar de decir esto encendió la motosierra con gran excitación. Al menos pude comprobar que no estaba fingiendo en ningún momento su excesiva emoción.

—¡AAAAHHHH!— grité cuando la motosierra hizo su trabajo. Menos mal que sufrí un desmayo casi instantáneo.

Cuando me desperté tenía las extremidades agarrotadas y la boca seca cual bancal en pleno verano en Murcia mas no padecía de un insufrible dolor sino de unas ligeras molestias en mis muñones. Abrí los ojos un poco mareado para encontrarme con un par de implantes metálicos sustituyendo a mis miembros fantasmas. No supe cómo reaccionar a mi nueva situación.

—¿Quieres un vaso de agua?— me ofreció Feliz, el cual se encontraba de pie al lado de mi camilla.

—¿Has conseguido liberarte?— pregunté.

—Me soltó tras diseccionarme cuatro veces porque le prometí que no intentaría escapar. Después me dijo que sus hermanas venían al castillo de visita y que no podía encargarse del postoperatorio así que me cargó el muerto a mí— me explicó con su apagada voz tan característica.

Feliz me ayudó a incorporarme sobre la camilla. Estuve un largo rato sentado hasta que se me pasó el mareo y pude aceptar el vaso de agua.

—Maldita sádica— murmuré.

—Y que lo digas— me dio la razón Feliz— De todas las veces en las que me han torturado a lo largo de mi longeva vida esta ha sido sin duda la segunda tortura más horrible a la que me han sometido. Qué temple, qué frialdad, qué imaginación— halagó las siniestras cualidades de Vanesa con profunda admiración.

—Hablas como si lo hubieses disfrutado. ¿No me digas que eres de esos?— me preocupé.

—¿De esos?

—Un M.

—¿Qué es un M?

—Lo que acompaña a la S.

—Pero la que acompaña a la M en el abecedario es la N— me objetó.

—Pero en la vida la M y la S son dos polos opuestos que se atraen— me las di de sabio.

—Hace tiempo que estoy perdido en la conversación— se encogió de hombros Feliz.

—Joder y ser jodido es ley de vida— dije con una sonrisa de satisfacción.

Empecé a andar hacia la puerta con pasos torpes y cortos. No me encontraba en mis cabales ni siquiera era consciente de que había abierto la puerta y deambulaba sin ton ni son por los pasillos de un castillo que me era desconocido. Ví unas escaleras y bajé por ellas. La ley de la gravedad me decía que era menor el esfuerzo si bajabas que si subías. Me tropecé. La gravedad tenía razón; bajar no era nada difícil. Solo tenías que dejarte llevar. En antes de lo que canta un gallo con sonambulismo me encontraba en el recibidor del castillo. La entrada que me separaba de la libertad se hallaba en frente mío pero no iba a irme sin antes cantarle las cuarenta a esa S de Vanesa y ya de paso pedirle ser su M. Tenía el valor suficiente otorgado por alguna que otra droga inyectada por vía intravenosa— aunque en ese preciso momento no me diera cuenta de ello.

Era un enorme salón el que se alzaba ante mi bizca mirada. Solo tuve que torcer un par de esquinas y vomitar tres veces en cada una pero ya estaba allí. Una chimenea monumental pero a la vez hogareña caldeaba el ambiente mejor que una afición turca con bengalas. Cuadros de paisajes ornamentaban las duras y frías paredes de piedra. Reconocí la montaña que ayer había destruido Kit “cat” Motorman. Tenía una vena artística muy talentosa la tal Vanesa. Se notaba que la ciencia no era su única pasión. Allí estaba la vampira suprema sentado en un confortable sillón mientras hablaba con dos huéspedes femeninas que se hallaban de espaldas a mí acomodadas en un mullido sofá.

—¿Qué opina Biggus Dickus al respecto?— decía Vanesa.

—Ya sabes lo poco interesado que está en estas cuestiones— respondió una de ellas con una dulce y suave voz.

—¡Pues que se ponga a trabajar el muy vago!— reprochó la otra.

—¿Qué pasa peña?— les interrumpí la conversación con brusquedad.

—Me alegro de que mi conejillo de indias esté bien— sonrió con satisfacción Vanesa.

—Me engañaste mala pécora— le reprendí.

—¿Quién es este desequilibrado?— se volvió la más ruda de las hermanas hacia mí.

—Gemela Malvada no digas esas cosas. Se les llama personas con necesidades especiales— le corrigió la otra hermana.

—Tú siempre tan blanda Gemela Buena— se levantó del sofá Gemela Malvada.

Ambas hermanas eran como dos gotas de agua. Hermosas, blanquecinas y esbeltas. A diferencia de Vanesa, estas no tenían un gran busto pero sus tiernas sonrisas tapaban este defecto a mi parecer. La piel era de porcelana y sus naricillas respingonas las dotaba de un encanto especial. Creí que me había enamorado por partida doble, triple si contábamos a Vanesa.

—Hermanas mías os presento a nuestra esperanza en la próxima guerra que se avecina. El prototipo de cyborg, William Waster I o como me gusta llamarlo WWI— me presentó como si fuese un mono de feria.

—Qué mono— dijo Gemela Buena con dulzura. Casi me da un paro cardiaco de lo kawaii que era.

—Tienes que resistir William Waster— me dije a mí mismo cuando sentí que el aura bondadosa de Gemela Buena me arrollaba. Todo el rencor que me había movido hacia allí estaba desapareciendo rápidamente.

—Qué asco— escupió Gemela Malvada. No era plato de buen gusto que te dijeran eso pero gracias a ello pude mantener mi resentimiento al mismo nivel de antes de conocer a Gemela Buena.

—Te presento a mis hermanas Gemela Buena y Gemela Malvada— bostezó Vanesa.

—Un gusto conocerlas— hice una caballerosa reverencia con la cual solía obsequiar a las mujeres de buen ver, a las otras que les den.

—Con que aquí estabas— me sorprendió Feliz por la espalda. Al parecer me había estado buscando por los lugares que más se atenían a mi personalidad y, después de revisar las cloacas, me había encontrado de casualidad.

—No me des esos sustos— le reprendí porque su voz de emo me recordaba a la muerte.

—Eres tú— Gemela Malvada reconoció a Feliz.

—Oh no— en el tono de Feliz no había el mínimo atisbo de emoción.

—¿Os conocáis?— me sorprendí.

—¿Te acuerdas cuando te hablé sobre mi ranking personal de tortura?

—Como si hubiese sido hace cinco minutos— respondí.

—Pues ella es el top 1— la cara de Feliz estaba igual de impertérrita que siempre.

—No sé por qué no me extraña— no le resté importancia al asunto porque no había nada que restar. Parecía que estuviésemos hablando del tiempo en vez de tortura.

—Hacía tiempo que no te veía— se alegró Gemela Malvada como si fuesen amigos.

—Tan solo hace cincuenta años— dijo Feliz. Eso del que tiempo es relativo lo comprendí mejor que nunca cuando lo conocí.

—¿Sigues siendo inmortal?— preguntó con descaro Gemela Malvada.

—Supongo— se encogió de hombros Feliz.

Entonces me di cuenta de un hecho que se me había pasado por alto hasta el momento: sí existía una diferencia entre ambas gemelas. Gemela Buena tenía los ojos dorados y Gemela Malvada de un color rojo escarlata. No entendí como no me había percatado antes de tan claro detalle.

—Ya estamos todos entonces— dijo Vanesa como si fuese a abrir una reunión de suma importancia.

—¿Cómo que estamos todos? ¿No te vas a disculpar por lo de antes?— le reproché.

—¿Por hacerte más poderoso y menos inútil?— Vanesa se llevó una mano a la boca para disimular un bostezo.

—Por cortarme en dos con una sierra— le recriminé.

—No seas tan exagerado— chistó repetidamente con su lengua.

—Es verdad. Tampoco te cortó tanto— dijo Feliz impasible.

—¿Tú de parte de quien estás?— me enfadé.

—Pues no sé— se encogió de hombros mi judas particular.

—He recibido informes de mis espías sobre la última medida tomada por el Consejo de los Diez Zombies Supremos— Vanesa se olvidó de nuestra conversación por completo— Han formado un cuerpo de élite llamado Escuadrón Z con el único fin de dar caza a William Waster. Aprovechando la coyuntura de la situación he decidido usar a WWI como conejillo de indias para la primera prueba de fuego real contra los zombies. Tanto si fracasa como si triunfa el experimento no se podrá echar la culpa a los vampiros ya que William Waster es humano y encima tiene el pretexto de la defensa personal a su favor— explicó Vanesa.

—¿Y no ligarán la tecnología que ahora posee a nosotros hermana?— preguntó Gemela Malvada con cierta perspicacia.

—Tiene un mecanismo de autodestrucción en caso de que ocurra lo peor— se rió Vanesa con despreocupación.

—Oye— dije ofendido.

—¿Cómo atraerás al Escuadrón Z a la trampa?— preguntó esta vez Gemela Buena con su dulce voz.

—Fácil. Mis espías están corriendo el rumor de que William Waster se encuentra refugiado en el sector Sur R. Allí es donde entablarán batalla con WWI y Muñeca Hinchable 3000— comentó Vanesa con despreocupación.

—¿Cómo harás que este enclenque se enfrente a un cuerpo de élite?— Gemela Malvada me miró con desprecio.

—Con un ligero entrenamiento poco dificultoso podremos pulir fácilmente sus habilidades de combate. Las prótesis están adaptadas para su utilización por personas de escaso intelecto— aclaró Vanesa.

No sé por qué me sentí insultado.

—Nuestra oportunidad para aplastar a esas cucarachas está más cerca que nunca— dijo Gemela Malvada con satisfacción.

—Eso espero— Vanesa no parecía tan confiada— Sea como sea el caso WWI tiene que ir a reposar a su habitación— me miró a mí— Mis criados os han preparado una alcoba para ti y para Feliz. El mayordomo os guiará hacia ella— un vampiro disfrazado de mayordomo cayó del techo.

—Aún no he terminado de quejarme— me ofusqué.

—Procura descansar que tu entrenamiento empezará mañana. Ahora si nos disculpas vamos a tener una noche de chicas— me echó Vanesa sin ninguna consideración e ignorando mis palabras como siempre solía hacer.

Justo cuando Feliz y yo nos disponíamos a salir del salón Gemela Buena se levantó y se dirigió hacia nosotros. Se paró delante nuestro haciendo una reverencia.

—Disculpad el rudo comportamiento de mis hermanas. A veces pueden parecer algo frías pero en el fondo son buenas personas— se disculpó Gemela Buena por ellas.

Ese gesto y esa dulzura hicieron que se me derritiera el corazón. Me quedé embelesado viendo su sensual porte y su bondad innata. Incluso se me pasó por la cabeza pedirle que fuese mi novia. Fue una pena que ese instante de alegría se viese interrumpido por su hermana.

—No deberías tratar así de bien a todo el mundo— le reprochó Gemela Malvada una vez se puso al lado de ella— Y tú— se dirigió hacia mí— no te aproveches de la bondad de mi hermana. Ella es tan buena que no niega nada a nadie. Si tú le pidieras que hiciera cualquier cosa contigo; repito, cualquier cosa— lo dejó bastante claro— no se negaría para nada. Así que no se te ocurra ir a visitarla esta noche a su habitación— me advirtió.

—Nunca haría tal cosa— mentí mientras me daba la vuelta para que Gemela Malvada no se diera cuenta de mi estúpida sonrisa.

El mayordomo era más sieso que un muerto y más tieso que el palo de una escoba pero nos guió con eficacia a nuestro cuarto que, a decir verdad, no era lo que esperaba de un aposento de un castillo. Había dos modestas camas para Feliz y para mí y un par de muebles. La ventana era tan pequeña que ni en el momento de máximo sol entraría gran cantidad de luz y la calefacción parecía que estaba estropeada. Vanesa no era una gran anfitriona pero me daba igual porque entre mis planes no estaba pasar la noche en aquella habitación.

—Feliz, por lo visto conoces a las gemelas— intenté iniciar una conversación que pareciese lo más casual posible aunque mis intenciones fuesen otras más perversas.

—Personalmente solo conozco a Gemela Malvada porque pasé un tiempo siendo torturado por ella en un calabozo pero las dos son conocidas en toda Fearland— dijo con desgana.

—¿De veras? Cuenta, cuenta— me acerqué a Feliz para hacerle un masaje de hombros.

—Tanto ellas como Vanesa son conocidas como las Hermanas de la Destrucción y ocupan los puestos cinco, seis y siete en el Consejo de los Diez Vampiros Supremos.

—¿Son vampiras supremas las tres?— me sorprendí.

—Sí. Vienen de un linaje muy famoso por la frecuencia de alumbramientos de vampiros poderosos pero que tres hermanas de sangre estén a la vez en el Consejo es algo excepcional. Vanesa es la número cinco, Gemela Buena la seis y Gemela Malvada la siete aunque entre las gemelas existe muy poca diferencia de poder vampírico— explicó Feliz.

—¿Con que Gemela Buena es la número seis?— asentí mientras masajeaba los hombros de Feliz— ¿Me podrías contar más sobre ella?— estaba llevando la conversación a donde me interesaba.

—No se puede hablar de la una sin referirse a la otra. Cuenta la leyenda que en el día que nacieron los astros se alinearon formando el símbolo del yin y el yang. Fue el único alumbramiento vampírico que hubo ese día. Una de ellas se llevó toda la energía del yin, es decir, la oscuridad; y otra se llevó la luz del yang. Se consideró un buen presagio para el devenir de las dos nuevas vidas. Cuando crecieron se volvieron en vampiras muy poderosas pero su carácter también estuvo determinado por lo que pasó ese día. De ahí que Gemela Buena sea buena y Gemela Malvada sea malvada. También se dice que tienen la única habilidad vampírica combinada de toda Fearland y que cuando se juntan son tan poderosas como los miembros más poderosos del Consejo— dijo la Emopedia.

—Sabes mucho— me quedé maravillado ante tal fuente de conocimiento.

—Es lo que tiene haber vivido más de tres mil años— suspiró con pesar.

No pude sacarle nada de información acerca de los gustos o la vida personal de Gemela Buena pero me daba igual ya que estaba conforme con esa breve carta de presentación. Después me tocaría a mí conocerla más “a fondo”. Esperé a que la noche estuviese bien avanzada para abandonar mi habitación. Dejé a Feliz durmiendo con un dedo en la boca como si fuese un bebé y recorrí los pasillos hasta encontrar una puerta con el letrero de “Gemela Buena”. Me alegré de que mi suposición de que las hermanas de Vanesa tuviesen una habitación propia en el castillo fuese cierta y mi dicha fue mayor al descubrir que ellas dormían separadas.

Entré a hurtadillas en su habitación sin hacer mucho ruido pero Gemela Buena era fina de oído y se despertó en seguida.

—¿Quién anda ahí?— preguntó somnolienta.

—El único e inigualable William Waster— respondí automáticamente.

—¿Qué haces en mi habitación?— en su voz no había tono de reproche, solo curiosidad.

—Es que me sentía muy solo en mitad de la noche— mentí.

—¿No tienes a ese amigo tuyo?

—No es ese el tipo de compañía la que necesita mi solitario corazón— dije con teatralidad.

—¿Qué tipo de compañía buscas entonces?— Gemela Buena encendió la lamparita que tenía al lado de su mesilla de noche proporcionando algo de luz a la habitación y se incorporó de la cama dispuesta a escuchar mis falsas desdichas.

Le conté una trola sobre un supuesto primer amor que fue devorado por un cruel vampiro delante de mis ojos. Había intentado protegerla con mi vida pero perdí mi brazo en un fútil conato de resistencia. Desde entonces vagaba de aquí para allá como alma en pena buscando a alguien que llenara el vacío de mi corazón.

—Pobrecito— se compadeció Gemela Buena de mí llevando mi cabeza a su pecho para que llorara lágrimas de cocodrilo. Sus senos eran muy mullidos y cómodos a pesar de no ser tan grandes como los de su hermana Vanesa.

—Hueles muy bien— le halagué.

—Gracias— me dio unas cariñosas palmaditas en la espalda.

“Esta es la mía” pensé. Le agarré por las muñecas y la tumbé sobre la cama poniéndome encima suyo. Ella solo reaccionó poniendo una mirada de sorpresa pero no intentó zafarse de mí.

—¿No intentarás apartarme?— pregunté extrañado.

—Eres solo un humano. Podría hacerte daño— dijo con su dulce voz.

No podía ser más dulce y mona de lo que ya lo era a mis ojos.

—¿Me podrías ayudar entonces a curar esta horrible soledad que padezco?

—¿Cómo?— preguntó con inocente curiosidad.

La besé en los labios.

—Así— dije con el corazón latiendo a mil.

—Creo que ya lo entiendo. Mi hermana mayor me ha hablado alguna vez de esto. Creo que se hace así— Gemela Buena metió su mano por debajo de mi pantalón sin previo aviso.

—¿Qué haces?— me quedé asombrado por su arrojo.

—Espera un momento... ahora— tardó algunos segundos en encontrarla— Aquí está— la empezó a acariciar con suavidad hasta que alcanzó su punto álgido— ¿Lo estoy haciendo bien?— preguntó.

—Sí— contesté extasiado. ¡Vaya que si lo estaba haciendo bien!

—¿Te gusta?— me miró sonrojada.

—Sí— reiteré con la respiración entrecortada por el placer.

—¿Mucho?— preguntó con timidez.

—Muchísimo— sentí como si me estuviese elevando al paraíso.

—¿Y esto?— me agarró de los genitales.

—También— asentí.

Apretó aún más.

—No tan fuerte— objeté.

—¿Por qué no?— la voz de Gemela Buena cambió radicalmente. Gemela Buena se quitó sus lentillas doradas para descubrir que no era Gemela Buena sino Gemela Malvada.

—No puede ser— una gota de sudor frío recorrió mi frente.

—Es muy fácil cambiar los letreros de las habitaciones y ponerse un par de lentillas— sonrió con sadismo mientras apretaba aún más mis huevos.

—¡Mierdaaaaaa!— no pude evitar gritar.

—Así que te intentabas aprovechar de mi pobre hermana. Eres tan tonto... Las palabras que te dije antes de despedirme de ti eran evidentemente una trampa tan burda que incluso estoy sorprendida de que alguien cayera en ella— se rió con maldad.

—¿Por qué haces esto?— pregunté con los ojos llorosos.

—Porque me gusta destruir las esperanzas de las personas— respondió con naturalidad.

—Eres una persona horrible— le espeté.

—Mira quien fue a hablar, el que se intentó aprovechar de la bondad de una vampira para satisfacer sus deseos sexuales.

Ahí había dado en el clavo.

—Bueno, yo, quiero decir, esto— intenté excusarme pero entre el dolor y el hecho de que no había excusa posible me fue imposible inventar alguna mentira coherente.

—Grita para mí hombrecillo ruin y miserable— dijo Gemela Malvada mientras aumentaba aún más mi dosis de dolor.

—Ah, ah, ah ¡AUUUUUUUU!— aullé a la luz de la lámpara de noche.

Una jauría de perros se unió a mi melodía pensando que era uno de ellos. Todos los perros en un radio de veinte kilómetros a la redonda se pusieron a ladrar como locos. Esa noche todos los vampiros que vivían en el castillo se despertaron sobresaltados.



CAPÍTULO 6: HERITAGE SHAMEFUL GEM

–¡Infamias!–gritó una voz envuelta en una rispidez que marcaba una avanzada edad.
–No podemos permitirlo– secundó otra voz, delicada y filosa, como los pétalos de cerezo rasurando la brisa con su oscilación.

–Señores, por favor tratemos todos de calmarnos– intercedió una tercera voz,
–¿Calmarnos? ¿Calmarnos cuando este sujeto reaparece después de más de una centuria y se otorga la potestad de darnos órdenes?– rebatió la primera voz.

–Ninguna potestad– interrumpió Hakumei Shiizu– vosotros sois mis perras y harán lo que yo diga. Ahora, Yamanouchi–kun, quítate de ese asiento así podemos comenzar– ordenó a un hombre que aún permanecía en silencio, con su mirada fijada en la suya y con la postura más desafiante de todas.

–No se levante Sho'Shiizu-sama. Ese asiento le corresponde a la cabeza del clan– dijo Iwakura Roku'Shiizu, la vos de cerezo.

–Exactamente– asintió Kawabe Nii'Shiizu, la ríspida voz desgastada por la edad, y el más ferviente opositor a Hakumei– *Hakumei Ichitetsu Dai Juugo no Shiizu Katei*: fuiste declarado muerto por la Central 46, caído en cumplimiento del deber bajo el conocimiento público así haya sido una fachada en pos de preservar tu buen nombre y el de nuestra familia. Quien hayas sido en el pasado no te concede ningún atributo de regresar, como si nada hubiera ocurrido, de entre los muertos, e irrespetar a la honorable Decimosexta Cabeza del Clan Shiizu– finalizó con un ademán extravagante señalando con sus dos brazos a quien ocupaba el asiento principal en aquél sombrío salón, iluminado con velas púrpuras y granate, y bañado en inciensos de lavanda, ciruelo y cedro.

Hakumei se detuvo un momento a observar la situación. Quienes le estaban viendo pensaría que se quedó sin argumentos, que masticaba el odio o quizás se sintió intimidado. Nada más alejado de la realidad, simplemente intentaba calmar sus carcajadas.

Aquél cuarto, en un desnivel junto a un jardín en la imponente mansión que supo ser su hogar desde el día de su nacimiento, podría considerarse una especie de mini cámara de los 46, para la familia Shiizu, donde el señor, y los diferentes líderes del clan mantenían sus reuniones. Naturalmente, el regreso de Hakumei a la sociedad de almas disparó una reunión que, si bien él mismo convocó, los líderes del clan, claramente en oposición a él, convocaron por su cuenta, disponiendo de los términos.

–Déjenme ver... *Hah~*–dijo soltando una breve risa, lo más que pudo contener su carcajada interna– ¿Has llamado a Yamanouchi–*Kun* la Decimosexta cabeza? –preguntó poniendo especial tono sarcástico en su voz a la hora de pronunciar el subfijo "kun". Yamanouchi Sho'Shiizu era, si bien no igual de longevo que Hakumei, un individuo

milenario y lucía mayor que él. La clara intención de Hakumei era, además de irrespetar a quien intentaba rivalizarle sino también mostrar a los demás quien era la figura arcana en la familia. –Supongo se sentirán felices de ser los responsables de mancillar la historia de nuestro clan haciendo llamar "Decimosexta Cabeza" a un mero líder de una rama secundaria.

Un escandalizado murmuló se adueñó por un momento del silencio que envolvía aquél ambiente.

–¡Es suficiente! Hakumei– dijo alzando la voz por primera vez quien ocupaba el lugar a la cabeza en la gran mesa octogonal al centro de la sala. –Siéntete agradecido que te hemos abierto las puertas y aceptamos escuchar lo que tienes que decir.

–¿Agradecido? Ésta es mi casa, mi hogar, mi familia. Son otros quienes deberían estar agradecidos por haber disfrutado de mi propia riqueza y bienes durante todo este tiempo, libremente.

–Ya no, Hakumei. Has muerto, el clan Shiizu siguió adelante. Ahora eres un hombre común, si deseas que te permitamos regresar a la familia, toma el asiento en la asamblea que gentilmente te hemos concedido o pediré a los guardias que te saquen de aquí. Y puedes darte por sabido que en las celdas de nuestra familia ni el Gotei ni la Central 46 mete sus narices. Saldrás de ahí cuando se nos plazca, quizás en doscientos o trescientos años.

–¿Has disfrutado jugar al Rey todos estos años verdad, Yamanouchi-*sama*?– preguntó nuevamente siendo sarcástico a la hora de vociferar el honorífico.

–Por favor Hakumei-dono, tome asiento, tenemos demasiado de qué hablar como para dar vueltas en círculo en cuestiones de orgullo– dijo Inaba Go'Shiizu, un hombre de apariencia austera que mucha gracia no le hacía estar en ese lugar. Hakumei le conocía, y sabía que no le tenía en su contra como quienes más efusivamente sentaron su postura. También sabía que iba a ser imposible ponerlo de su lado, aunque eso poco le importaba.

El cónclave del clan Shiizu lo componían los siete líderes de las ramas secundarias, más la cabeza del clan, el portador del linaje más antiguo. Hakumei Shiizu era la cabeza número quince, y Yamanouchi Sho'Shiizu, se había autoproclamado la número dieciséis durante el siglo que estuvo en el exilio; ambos se conocían muy bien desde hacía muchísimo tiempo, mucho más del que normalmente se preocuparían por contar. Yamanouchi era el líder de la primera familia. La más cercana en linaje y la más importante de las ramas secundarias. Al quedar el clan acéfalo, era lo normal que de facto sea su líder. Sin embargo, Hakumei jamás imaginó que tendría el descaro de hacerse nombrar como cabeza del clan. Principalmente por todo lo que ello implica dentro del propio clan Shiizu, a diferencia de las otras grandes familias nobles.

Hakumei observó a los guardias, los doce montaban guardia intercalando su mirada hacia adentro y hacia afuera del recinto, que era semi abierto. Nuevamente tuvo que contener una carcajada, ésta quizás, algo más mesurada. –De acuerdo. Te concederé el placer, Yamanouchi, de que encabeces este cónclave. Disfrútalo– dijo con una severidad que sólo el hombre encabezando el cónclave conocía, y muy bien.

Decir que Hakumei y Yamanouchi eran o fueron amigos, sería contar una media verdad, o una media mentira. Unos cuantos cientos de años les separaban. Hakumei era un shinigami reconocido cuando Yamanouchi había nacido. Y éste último era tan

sólo un preadolescente criándose bajo su tutelaje cuando heredó de su padre la cabeza del clan Shiizu.

Históricamente, los líderes de las ramas cadetes manejaron políticamente el clan. La cabeza, era la cara pública, pero carecía realmente de poder. Los líderes, especialmente los de las tres ramas más poderosas, aquellos que adquirirían el derecho de abandonar su apellido secundario y pasar a llamarse, *Sho*, *Ni*, o *San*, añadido al nombre del clan, solían tener la última palabra. Cada una de las siete ramas tenía aún más ramas secundarias con centenares de apellidos. Sólo los de más pura casta podían osar lucir el nombre "Shiizu" junto a sus otros nombres familiares, y a medida que se iba centrando y subiendo en el linaje, los nombres empezaban a simplificarse, hasta dar con la rama principal: Shiizu, meramente a secas. En diametral oposición a las castas nobles del mundo de los vivos, en la sociedad de almas, y especialmente en la pequeña y a la vez enorme sociedad que englobaba a uno de las Cinco Grandes Familias, cuanto más simple fuera el nombre, más poder e importancia éste tenía.

En el presente, quien lleva el nombre Sho'Shiizu es Yamanouchi, y quien lleva el nombre Ni'Shiizu, es llamado Kawabe, el anciano de ríspida voz, no mucho más anciano que Yamanouchi, pero sí mucho más deteriorado y demacrado. La última persona del trinomio que maneja los hilos del clan Shiizu y quien, como era de esperar no ha tomado bien el regreso de Hakumei Shiizu, es llamado Iwakura Roku'Shiizu; de entre todos los allí presentes, el más identificable como un noble de alta cuna. Extravagante, lujoso, delicado; sus ostentosos perfumes logran hacerse un lugar entre los tradicionales inciensos ceremoniales que yacían ardiendo en diferentes rincones de la sala. Iwakura era líder de la sexta rama cadete; y si bien en realidad no era el primer líder que ocupa su asiento en tener mucho poder en el cónclave, en su caso particular lo logró aprovechando el desmedro y desestimación que los dos hombres más influyentes del mismo ejercían sobre Karasumaru San'Shiizu, hoy ausente, líder de la tercera rama en importancia y más importante aún: amigo de la infancia de Ryuukei Shiizu, primogénito de Hakumei Shiizu, y un total leal a la verdadera cabeza del clan. Karasumaru había sido detenido por la guardia del clan bajo órdenes de Yamanouchi cuando tomaron conocimiento de la aparición de Hakumei en el mundo de los vivos. Para evitar justamente que éste, tuviera un aliado dentro del cónclave.

La otra figura de importancia era Inaba Go'Shiizu, el otro hombre que había tomado palabra. Era neutral, o más bien, ajeno, a las intrigas del clan. No era alguien que Hakumei podría poner de su lado, pero sabía que Yamanouchi tampoco querría tenerlo en contra. Él, a diferencia de los otros dos líderes, a quienes Hakumei desconocía, era el único que no se encontraba directamente en su contra y un jugador de importancia.

Durante largas horas Hakumei expuso ante los líderes de su clan lo que había ocurrido. Los cómo, y por qué, de su larga ausencia en la sociedad de almas. El escepticismo y la credulidad variaban entre severos matices en los allí presentes, pudiendo notar que quien más impactado parecía por su relato era un joven a quien desconocía. Por su lugar en la mesa podía saber que era la cabeza de la más pequeña y humilde de las siete ramas, y ni siquiera su modesto reiatsu le resultaba familiar, por lo que era probable que hubo nacido en los últimos cien años.

Habían transcurrido sólo dos días desde que Shunsui Kyoraku fue hasta el mundo de los vivos junto con la guardia del Clan Shiizu a escoltar a Hakumei a la Sociedad de Almas, y durante esos dos días estuvo en prácticamente reclusión, dentro del distrito propiedad de dicho clan. Nunca creyó que serían tan problemáticos, aunque se encontraba preparado para lidiar con ellos. Hakumei fue el primer señor en la historia del Clan cuyo poder fue real, y no manejado por las sombras por los otros líderes, y esto era debido a su gran poder como Shinigami, a quien todos ellos temían. Sin embargo, ese poder ya no existía, lo había perdido. Ninguno de los allí presentes podían sentirlo, y aún así fueran incapaces de hacerlo, el relato de Hakumei los sacaba de toda duda. Entonces, ¿Cómo podría Hakumei Shiizu recuperar el control de su clan cuando la cabeza de éste siempre ha sido históricamente un títere, de aquellos hombres que quieran los antepasados de quienes desafiantes, le observaban mientras oían su relato?.

Hakumei tenía un as bajo la manga, uno que haría de todo este cónclave, su exposición, y el debate, tan sólo un circo con el cual por dentro, él se divertía como un niño. El poder del clan desde el día que murió su padre le perteneció, y lo seguirá haciendo hasta el día que deje este mundo.

–Lamento por todo lo que has pasado Hakumei. De verdad lo lamento– expuso Yamanouchi Sho'Shiizu al oír todo lo que Hakumei tenía para decir. –Sin embargo, no puedes reaparecer luego de todo este tiempo con la pretensión de ser quien disponga de los recursos y poderes del clan. Ya no. Especialmente luego del incidente con tu hijo. Le abrimos las puertas, a pesar de su origen, lo aceptamos así muchas voces dentro de la misma nobleza se opusieron fervientemente, porque era tu hijo, y era el portador de lo máspreciado para quienes llevamos este nombre: El linaje. El más antiguo de la sociedad de almas, el tuyo, el de tu honorable padre, y de su padre antes que él. Y así y todo casi nos destruye, nos traicionó, a nuestro clan, y a la misma Sociedad de Almas.

–Yo lo desconocía Yamanouchi... De lo contrario hubiera dado mi vida con tal de que no ocurriera– trató de disculparse Hakumei.

–Poco importa eso. Fue tu irresponsabilidad en su momento lo que te llevó a tu estado actual. Un shinigami ancestral como tú, y más aún, el heredero de una de las Cuatro Grandes Familias, debería entender a la perfección el peso de cada pequeña acción y decisión que tomamos–. Hizo una pausa aguardando una respuesta de Hakumei que nunca llegó– es algo que tú me enseñaste.

–Me parece una argumento justo– respondió Hakumei.

–Iba siendo hora de que entraras en razón, mocososo– agregó Kawabe.

Hakumei sólo reaccionó con un bufido. De los miembros del cónclave, Kawabe Ni'Shiizu era sin dudas alguien que el mundo no extrañaría, ni que su clan necesitase. Hakumei no tendría problemas en asesinarlo a la vista de todos, un anciano corrupto y despreciable, de lo peor de la casta noble en el mundo espiritual.

–No sea irrespetuoso Kawabe-sama– intercedió Mizoguchi Yon'Shiizu, la única dama entre los presentes y alguien sin mucho poder en el cónclave más que el derecho a su asiento. La líder de la cuarta rama secundaria, alguien que pasó mayor parte del tiempo en silencio y oyendo a los demás que aportando su opinión.

Kawabe atinó a responder a la joven, sin embargo fue frenado con un simple ademán por Yamanouchi. –La noche anterior– dijo– junto a Ni'Shiizu-dono y Roku'Shiizu-dono hemos intercambiado opiniones sobre qué deberíamos hacer contigo. Coincidimos en escucharte, Hakumei, pero nuestra postura era la misma que en este día. No te reconoceremos como la cabeza del clan. El tiempo ha pasado para todos, hemos seguido adelante. Sobrevivimos tu aparente muerte cuando ellos nos dejó al borde de la caída en desgracia. Y sobrevivimos el incidente con Katsukei, cuando los Shiba fueron exiliados por mucho menos. Eso hicimos, no sólo sin ti, sino a pesar de tí. Puedes quedarte con esta mansión. Después de todo te pertenece incluso legalmente. La riqueza que has dejado aquí sigue intacta. Sin embargo, la cabeza del clan Shiizu, continuará bajo mi nombre, como este cónclave decidió hace cincuenta años. Y eso es algo que me he ganado por liderar nuestra familia durante las tragedias que tú y tus irresponsabilidades nos han puesto en el camino.

"¿Mi riqueza sigue intacta?" pensó Hakumei. Todo lo que había planeado tenía un margen de error ínfimo, prácticamente era imposible que algo saliera mal. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que alguien tan orgulloso como meticuloso con sus palabras como Yamanouchi Sho'Shiizu le sirviera el argumento de su derrota en bandeja de plata.

–El orgullo de nuestro clan, dime, Yamanouchi-san, ¿no es acaso el del Linaje más antiguo que la Sociedad de Almas puede tomar registro?–preguntó desafiante Hakumei.

–Históricamente, tus ancestros sólo fueron chivos expiatorios Hakumei, el poder real del clan residía en nosotros, los siete líderes. Eso cambió con tu llegada por el peso específico que tu fama y renombre te dieron. Así como tu gran poder espiritual; poder, como podemos percibir y tú nos has contado, has perdido.

–Y aún así es por mi sangre que ese linaje aún vive. Ninguno de ustedes desciende directamente de La Doncella– dijo Hakumei pudiendo apreciar el desconcierto en varios de los allí presente. Especialmente en los más jóvenes.

–De cualquier manera, Hakumei-dono– tomó la palabra Iwakura Roku'Shiizu– Yamanouchi Sho'Shiizu-sama es poseedor un linaje que precede en antigüedad al de cualquiera de los otros líderes de las Grandes Familias. Con él, el orgullo del clan, el linaje más antiguo, prevalecerá.

–¡Ja! no me hagas reír, que ya demasiado dificultoso resulta tomarte en serio con los adornos extravagantes que llevas por todo tu cuerpo– respondió Hakumei–. Todos aquí son mis primos, algunos más lejanos otros más cercanos. Pero primos. Ninguno es mi hermano. Ninguno es un heredero.

–Has oído nuestra respuesta Hakumei. Podrás intentar ofendernos, a nuestros oídos será fútil. Puedes elegir vivir una vida de lujos y comodidades como alguien de tu cuna merece o regresar al mundo humano si eso te hace feliz. Pero no volverás a ser conocido como la cabeza del Clan Shiizu, ni siquiera tendrás un asiento en nuestro cónclave.

–Yamanouchi... –dijo serenamente Hakumei– ¿estás completamente convencido de que ésta es tu postura definitiva? Te daré una última oportunidad; yo no olvido que alguna vez fuiste un joven y valiente shinigami, así los años te hayan convertido en un oligarca.

–Siempre he sido el mismo. Quizás los años rodeado de plebeyos humanos hayan alterado tu perspectiva– respondió Yamanouchi.

Hakumei quiso responder con un insulto pero rápidamente se le hizo un nudo en el pecho. Recordó a los humanos, a un grupo pequeño y particular en el mundo de los vivos que lo acogieron como si familia. Todos habían muerto, o casi todos. Con excepción de una bebé. A quien llevaba muy presente en su corazón. Durante los más de ciento veinte años que convivió con los vivos, aprendió a apreciar la belleza en lo efímero de sus vidas. Alguien como Yamanouchi Sho'Shiizu jamás lo entendería.

–Como deseas, Yamanouchi. Espero recuerdes que te ofrecí una salida distinta.

–Habla de una vez, acepta o rechaza nuestra propuesta– espetó el demacrado Kawabe.

–La rechazo– respondió Hakumei.

Yamanouchi gesticuló con su mano izquierda a los guardias para que se lleven a Hakumei, sin embargo ninguno hizo amague alguno de dejar su puesto.

–Déjeme mostrarles algo– enunció Hakumei a la par que se ponía de pie. Se acercó hacia Yamanouchi y le enseñó un pequeño cofre que sacó de entre sus ropas.

–¿Qué es eso? – preguntó Iwakura.

–Ábrelo, Yamanouchi– dijo Hakumei ignorando la pregunta del extravagante noble.

Yamanouchi abrió el pequeño cofre, para encontrar una inerte piedra preciosa recostada sobre un paño color granate. Mediante un gesto, Hakumei le invitó a tomarla, a lo cual instintivamente obedeció. Parecía una piedra ordinaria, tanto al tacto como a la vista. Iwakura levantó levemente su cuerpo sobre la mesa para poder apreciarla de más cerca, aunque rápidamente perdió el interés.

–¿Pretendes agasajarnos con baratijas?– preguntó.

–No es una baratija– le respondió Yamanouchi– sin embargo no podría precisar qué es.

–Mencionaste que mi riqueza estaba intacta, ¿verdad?– recordó Hakumei– pongo en duda que eso sea por respeto hacia mi persona, más aún creyendo que me encontraba muerto.

Yamanouchi sólo sostuvo la mirada de Hakumei manteniéndose en silencio creyendo saber a dónde se dirigía éste.

–Es porque jamás han podido acceder a las bóvedas. No me sorprende. Para acceder a ellas necesitas esto– dijo tomando la gema.

Con sólo imprimir un poco de reiastu, incluso con el poco que le quedaba, era suficiente para despertarla, la gema le reconocía, así como reconocería a su hijo o a su padre si estuvieran allí presentes.

–*Otome no Okan*– dijo Hakumei. La corona de La Doncella, la reliquia ancestral de la familia Shiizu. –La tuve conmigo siempre, desde el día que combatí junto a Shigekuni al Demonio Carmesí, hace tantos años que es difícil recordarlo. Jamás reaccionaría al reiastu de alguno de ustedes, porqueno son más que impostores. El linaje de mi familia corre por mi sangre, ustedes no son más que satelitales primos lejanos, que en algún momento tuvieron la fortuna de que un Shiizu de segunda clase se case con algún antepasado suyo.

–¡GUARDIAS !– gritó desencajado Kawabe Nii'Shiizu– ¡Llévenselo a las celdas! ¡Arrastrado de los pelos si es posible!

—No te harán caso, Kawabe-san. ¿Quién diablos creés que creó a la guardia Shiizu y sentó sus bases la convirtiéndola en lo que es hoy?— cuestionó Hakumei. —Por supuesto que yo. Ustedes no son nadie en la historia de la Sociedad de Almas, ni siquiera una pequeña línea. Los guardias lo tienen claro, así algunos sólo me hayan conocido en estos días, saben quién soy, ya que son guerreros.

Yamanouchi quiso responder antes de antes de ser interrumpido por Hakumei, que no reparó un segundo en su intención de hablar.

—La puerta que conduce a las bóvedas está hecha de un material similar, y sólo se abrirá al sentir el reiatsu de un Shiizu de pura sangre— en ese momento la gema terminó de activarse proyectando una intensa luz aguamarina que formaba una especie de corona a lo largo y ancho de la habitación.

—Ustedes sólo habían oído en leyendas e historias sobre esta gema que tengo en mis manos. Es un privilegio, y a la vez una maldición, una que como miembros del clan conocen perfectamente la carga que significa en aquellos nacidos en la rama principal— prosiguió Hakumei— aquí les muestro el milagro que en el tiempo se perpetua. No importa cuando hayan leído y estudiado sobre la historia de nuestro clan, de la Sociedad de Almas, sin esta gema en sus manos jamás podrán entenderlo a fondo, e incluso con ella es extremadamente complejo de dilucidar. Tú — dijo señalando al más joven de los líderes, quien había estado completamente en silencio, intimidado por todos los allí presentes— ¿Cuál es tu nombre?

—Fukui Nana'Shiizu, señor— respondió firme, pero sin agregar una palabra de más.

—¿Crees que ella es bonita?— preguntó haciendo referencia a Mizoguchi, la líder de la cuarta rama.

—¿Por qué me lo pregunta señor?— respondió tras sonrojarse.

—Porque no has dejado de observarla cada vez que ella no podía percatarse.

Fukui no supo que responder. Mizoguchi le lanzó una mirada intimidante.

—Y tú, niña, he conocido a varios de tus antepasados y ninguno fue tan poco participativo en el Cónclave como tú. ¿Estos viejos te tienen amenazada de alguna forma?.

—¿Cómo te atreves a sugerir algo así, Hakumei?— respondió un ya notablemente nervioso Yamanouchi.

—¿Acaso no fueron ustedes quienes aprisionaron a Karasumaru para privarme de contar con un aliado esta noche?

—Nos ofende con tal calumnia, Shiizu Hakumei-dono— se defendió Iwakura Roku'Shiizu— debería tener pruebas antes de soltar tales injurias.

—Las tiene— dijo una nueva voz mientras se hacía paso en la sala— lo oyó de mi propia boca. Incluso bebimos sake toda la noche anterior rememorando viejos tiempos.

Un silencio estremecedor se hizo lugar en la sala.

—¿Qué está ocurriendo aquí?—preguntó Inaba Go'Shiizu.

—Cuéntale, Yamanouchi— desafió Hakumei.

—Sho'Shiizu-sama jamás lo reconocerá— dijo Karasumaru San'Shiizu— pero el regreso de Hakumei-sama le aterraba, sabía perfectamente que su sola existencia amenazaba su posición de poder, y sabía perfectamente que estaría de su lado en este cónclave.

Por ello me hicieron apresar... Aunque no contaban con la lealtad de la Guardia quienes no sólo lo condujeron hacia mí, sino que aceptaron fingir seguir bajo vuestras órdenes.

Yamanouchi se puso de pie e intentó desenvainar su espada. Era una katana refinada, de las mejores y más costosas que se podían conseguir en la Sociedad de Almas; mas no se trataba de una Zampakuto. No pudo terminar de desenvainarla que los doce guardias allí presentes golpearon con un golpe seco sobre el piso flotante sus Nagitanas, produciendo un breve estruendo en señal de advertencia.

—Caballeros— dijo Hakumei tomando asiento ante la mirada de un perplejo Yamanouchi en el encabezado de la mesa octogonal, sitio el cuál había advertido al comienzo del cónclave que volvería a ocupar — y Dama— agregó sonriendo a la joven Mizoguchi Yon'Shiizu— les traigo una propuesta, una por el futuro de nuestro clan, y marcar una nueva era, ahora que he regresado a la Sociedad de Almas. El primer paso en muchos que he planeado en estos más de ciento veinte años de exilio.

—Le oímos, Shiizu no Katei-sama— dijo el leal Karasumaru mientras tomaba el asiento que le correspondía en el recinto.

—Primero y principal— comenzó tras aclarar su garganta— este cónclave es arcaico, demasiados miembros. Ustedes dos— dijo llamando la atención de Mizoguchi y Fukui— entiendo que sean demasiado jóvenes y sean fácilmente intimidados por este par de viejos que usurpó el poder, y por este... —hizo una pausa pensando en qué calificativo emplear para referirse a Iwakura— *individuo* pero ello no es excusa para haber sido tan poco participativos. Deben aprender a hacer valer su voz. Que sean miembros del cónclave a tan corta edad significa que sus familias están empobrecidas con respecto a las demás, tanto en poder específico como en riqueza. Les daré la mitad de lo que hay en la bóveda si se casan y unifican sus ramas.

Ambos jóvenes se miraron sorprendidos, y tremendamente sonrojados. Mucho más Fukui que Mizoguchi, quien era un poco más madura mental y emocionalmente. Ninguno realmente podía imaginar lo que significaba la propuesta de Hakumei, puesto que eran incapaces de imaginar de cuánto era realmente el dinero que les estaba ofreciendo.

Tú— dijo señalando a Iwakura Roku'Shiizu— podría haberte concedido mil deseos, pero elegiste con alienarte con los viejos perdedores. Siéntete feliz de permitirte conservar tu status y tu asiento aquí.

Karasumaru— prosiguió— tu padre ha sido un hombre a quien recuerdo sin ninguna estima y siempre quiso ponerte en mi contra. Nunca solías dirigirme la palabra más que un saludo respetuoso, sin embargo fuiste un gran amigo para Ryuukei y quien estuvo a mi lado en aquél por siempre oscuro día. Su pérdida nos acercó, y nunca lo olvidaré. A tí te ofrezco que dejes para siempre el título de San'Shiizu para tí y tus descendientes, desde esta noche, tu nombre es Karasumaru Sho'Shiizu.

—¡Esto es un disparate! ¡GUARDIAS!— gritó desencajado el viejo Kawabe.

—Déjale terminar, Kawabe-dono— dijo Yamanouchi con un impreso tenor a resignación.

Ahora, Inaba—san— continuó relajando su discurso a un tono más tenue centrando su atención en el más severo de los allí presentes. Quien no estaba de su lado ni en su contra, y a quien era clave de lo que había planeado. De lograr poner de su lado a Inaba Go'Shiizu, todo habría terminado. De ponerle en su contra, Yamanouchi saldría

fortalecido y una especie de guerra civil alteraría a la Sociedad de Almas, y Hakumei sabía, que si un escándalo se desataba tan sólo dos noches después de regresar entre los muertos, sus posibilidades de éxito se reducían a poco más que cero. –En los años que formaste parte del cónclave jamás fuiste partidario de que mis decisiones pesen más que las de los siete líderes a pesar de ser el lugar que me correspondía como cabeza del clan. Sin embargo, también manifestaste que no era correcto que ésta sea tan sólo un títere manejado por vosotros. Entiendes mejor que nadie la importancia de la sangre que corre por mis venas y no por las tuyas. Por eso ofrezco casarme con una de tus hijas o nietas, y perpetuar el linaje más antiguo, el legado del viejo mundo a través de tu rama, y que las futuras cabezas del Clan Shiizu puedan decir que descienden de tí.

Yamanouchi cerró sus ojos con pesadez sabiendo que había perdido. Kawabe seguía vociferando sus descontentos escupiendo por cada palabra que mencionaba.

Inaba asintió sin emitir una palabra.

–Deberías tomarte tu tiempo para elegirla. Ya sabes por qué. En cuanto a ustedes dos– dijo a Yamanouchi y Kawabe– les daré su tiempo en sitio muy acogedor para que dispongan de todo el tiempo del mundo para pensar en alguna propuesta que deseen acercarme– finalizó con una sonrisa despiadada. ¿Y bien, señores líderes de las siete ramas del Clan Shiizu, desean realizar una votación?– preguntó.

Yamanouchi y el viejo Kawabe tan sólo observador aterrados como todos levantaban su mano aceptando las propuestas de Hakumei. El autoproclamado decimosexto señor del clan intento abandonar el recinto, siendo detenido por los guardias. Había sido masacrado moralmente por el verdadero señor del clan, alguien que había nacido para ello. Yamanouchi recordó por qué Hakumei había sido el primer señor del clan Shiizu en controlar a los líderes del cónclave en lugar de ser controlado por ellos. No era sólo por haber sido uno de los shinigami más poderosos de la historia. Era alguien con carácter, carisma y personalidad. Yamanouchi lamentó tener que haberlo entendido a las malas.

Horas más tarde, Karasumaru, Mizoguchi y Fukui descendieron junto a Hakumei a las Bóvedas del clan, un sinfín de subniveles cada uno con una antecámara donde descansaban los féretros simbólicos de distintos líderes del clan, miembros de la familia principal y líderes de las siete ramas. En el último subsuelo se encontraba la bóveda, que mayormente era usada para resguardar riquezas, pero también aquellos secretos guardados por una de las Grandes Familias. Secretos que no sólo eran importantes para el mismo clan, sino para la Sociedad de Almas como un todo. Era un lugar que muchos antecesores de Hakumei habían permitido el ingreso a diferentes miembros del cónclave a los cuales solían obedecer, sin embargo, desde que tomara el mando del clan hacía poco menos de dos mil años, sólo él, y su fallecido hijo Ryuukei habían pisado aquel lugar.

–Son los primeros en entrar a este lugar desde hace muchísimo tiempo. Espero lo tengan en cuenta.

Los tres afimaron en silencio, mostrando total respeto.

Fukui y Mizoguchi empezaron a planear su boda inmediata e instintivamente al observar las enormes cantidades de Kan, la moneda de la Sociedad de Almas, que allí dentro colmaban interminables estanterías. No se lo podían creer que la mitad de todo eso sería suyo.

–¿Hakumei-sama, de verdad no exageró al ofrecernos la mitad de lo que haya aquí? –preguntó un escéptico Fukui.

–De verdad de verdad– respondió con una amable sonrisa.

–Muchísimas gracias– agradeció Mizoguchi poniéndose de rodillas en el piso, seguida al instante por Fukui en la postura. Ambos jóvenes sólo se veían en las reuniones del cónclave, las cuales podían sucederse cada varios años, pero al apreciar todo ese Kan que sería de ellos si cumplían con el deber de casarse, ambos podían sentir que se habían amado toda la vida.

–Hakumei-sama, ¿no le preocupa regalar la mitad de toda su fortuna?–le preguntó Karasumaru casi al oído.

–En absoluto– respondió Hakumei, con total sinceridad. –No te das una idea lo rico que soy en el mundo de los vivos. No he desperdiciado mis años allí– agregó tras darle una palmada en el hombro. –Si quieres quédate la otra mitad, ten por seguro que de hambre jamás moriré.

–Mentiría si dijera que no me atrae la propuesta. Pero creo que la riqueza de Yamanouchi y Kawabe ya es bastante la cual manejar.

–Ja– rió Hakumei. –Tienes razón. Deberías casar a alguno de tus hijos con alguien de su familia más directa, le he despojado de su poder, pero su familia acallará si es absorbida también por sangre.

–Lo entiendo.

–Ven, a tí te traje aquí por este motivo– dijo mientras le mostró el camino hacia un altar al final de la enorme bóveda. –Hoy he recuperado el control del clan pero eso no significa nada. Estoy planeando algo más, algo que trasciende al clan Shiizu. Poseer la *Otome no Okan* no es la única forma de abrirla, puesto que originalmente debería estar siempre resguardada aquí. Las otras formas de abrir la puerta son, imprimiendo con cada mano en la misma reiatsu Shinigami y reiatsu Hollow, algo que entenderás sólo poseemos los miembros del linaje principal.

–Entonces... ¿Si usted no hubiera llevado consigo la reliquia del Clan, al haber perdido sus poderes la cámara hubiera quedado sellada para siempre?– preguntó Karasumaru.

"No para siempre" pensó Hakumei. Aunque esa parte de la respuesta se la dejó para sí mismo. –Puedes decir que sí, sin embargo, lo mismo hubiera ocurrido de haber realmente muerto y no haber tenido la reliquia junto conmigo como acostumbraba. Aunque de haber muerto, el que quede aquí sellada por la eternidad, es lo mejor que pudiera haber ocurrido.

De dentro de un pequeño compartimiento en el altar Hakumei retiró una espada. Karasumaru no podía descifrar su diseño, su color era cobrizo y era completamente distinta a cualquier tipo de espada que hubiera visto jamás, su forma era recta y no curva, además de parecer completamente maciza en lugar de ligera. Como si hubiera sido diseñada para golpear en lugar de realizar cortes profundos. También era demasiado pequeña para resultar efectiva si esa era su función, y demasiado grande

para ser confundida con una daga a la vez que su forma indicaba que cualquier intento de apuñalar con ella acabaría en fracaso.

–Dame tu mano Karasumaru– pidió Hakumei. Éste último la sostuvo con una de sus manos y con la otra deslizó aquella espada por la palma del primero realizando un no muy profundo pero pronunciado corte. –Posa tu mano en el altar mientras sangra, rápido– le ordenó. –Imprime en ella todo el reiatsu que puedas. Cuando quieras abrir esta bóveda en mi ausencia, realiza un corte en tu mano opuesta, pónsala sobre la puerta y vuelve a imprimir en ella reiatsu. Ésta reconocerá el reiatsu residual en la sangre que quede en el altar y se abrirá. El efecto durará a lo sumo unos cuantos años, pero deberían ser suficientes. No dejes que nadie, salvo Fukui y Mizoguchi hasta que retiren todo lo que les prometí, pisen este lugar. Resguarda demasiados secretos, que, no lograrías encontrar buscando por ti mismo, pero créeme, los hay. Esta espada es la Zampakuto ancestral del clan Shiizu. Era usada por mis ancestros en tiempos donde las Asauchi aún no existían. No podrás usarla, ni siquiera yo puedo, pero dentro de ella reside un muy diminuto fragmento de poder residual de cada una de las anteriores catorce cabezas del clan, y de ancestros aún predecesores de ellos. En orden de poder cumplir con mi objetivo, se la prometí a alguien muy peligroso por su ayuda. Alguien que no podrás enfrentar, con, o sin aliados. Si he de fallar, quiero que la destruyas. ¿Entendido?

–¿Cómo podría destruir un objeto tan antiquísimo? Sería imposible con mi propio poder, una fundición corriente seguramente la resistiría, y recurrir a un tercero sería imposible sin que la Central 46 tomara conocimiento y la confisque– expuso Karasumaru, consternado.

–Irás al mundo humano. Al pueblo de Karakura en Japón, y buscarás a Shiba Isshin, Kurosaki Isshin se hace llamar estos días. ¿Lo recuerdas?

–Su pupilo, claro lo recuerdo. Incluso supo ser su sucesor en el décimo escuadrón durante un breve tiempo.

–Él accederá, no te preocupes. Le dirás que yo te envié y mi petición, así no te recuerde o sepa quien eres, te reconocerá como miembro del Clan Shiizu. Su Zampakuto es una de las más poderosas del tipo fuego que jamás han existido. Y créeme me atrevo a decirlo incluso habiendo sido testigo del insuperable poder de Ryuujin Jakka. Él podrá destruirla.

Karasumaru asintió en silencio.

–¿Lo prometes?– inquirió Hakumei.

–Lo prometo. Por la memoria de Ryuukei.

Hakumei le agradeció con satisfacción.

No mucho tiempo distaba del amanecer cuando Karasumaru se encontraba siguiendo a Hakumei por unos pasadizos desconocidos a través del sereitei, llevando cada uno de la mano a un hombre aprisionado de manos y con la cabeza cubierta.

–¿A dónde nos dirigimos, Hakumei-sama?– preguntó.

–Ya lo verás– respondió Hakumei.

–¿Puedo preguntarle cuál es el objetivo del cual me habló?

–Hay oídos indiscretos cerca. Pronto te lo haré saber. De momento es suficiente con que sepas que busco recuperar mis poderes, y para lograrlo, seguramente haré enfadar a algunas personas– dijo mirándole de reojo. Karasumaru era bien intencionado, sin embargo no deseaba compartir sus planes, con él ni con nadie.

Dieron vueltas entre callejones y escalinatas un buen rato más, hasta comenzar a descender por un camino al punto en el que Karasumaru había perdido la noción del tiempo. Aquél lugar estaba iluminado con algunas antorchas, sin embargo estas se encontraban bastante distanciadas la una de la otra generando un ambiente decididamente lúgubre. Más pasadizos sucedieron a más escalinatas, a cuartos pequeños despojados de todo tipo de decoración o mueblería, pero siempre cuesta abajo, descendiendo. El descenso a las bóvedas del clan Shiizu comparado con éste había sido efímero.

Finalmente llegaron a una especie de recámara, en perfecta oscuridad, Karasumaru podía oír con exactitud el sonido de su propia respiración, y el sollozo de los hombres aprisionados que había aprendido a ignorar desde que comenzaron el trayecto habían tomado notoriedad nuevamente.

–Aún no termina de salir el Sol. Aguardemos un momento– dijo Hakumei. No más de cinco minutos transcurrieron hasta que aquella sala se iluminó completamente. Las paredes de un impoluto color blanco, adornaban una antecámara en la que 13 asientos dispuestos alrededor yacían vacíos.

–¿Cómo se ha iluminado?– preguntó Karasumaru, sorprendido.

–Al amanecer la luz llega hasta aquí por un complejo sistema de espejos, ya que en realidad las paredes de este sitio la absorben completamente– respondió–. Por ello están pintadas de blanco con unos pigmentos mejorado con Kido. Si pusiéramos unas antorchas simplemente no iluminarían. ¿No has notado como se atenuaba su luz a medida que descendíamos?

Karasumaru asintió. –¿Qué es este lugar?

–El *Shiroishin'en*– respondió– el que supo una vez ser el sitio más inaccesible en todo el Sereitei y del que hicimos la sede de nuestro consejo de guerra al fundar el Gotei 13.

Karasumaru tragó saliva.

–No me esperes, ten esto– dijo Hakumei al mismo tiempo que lanzó a Karasumaru un pequeño amuleto sellado con un reconocible Kanji. –Tiene un pequeño Kido de guía, te mostrará el camino de salida. Si igual deseas esperarme, ten en cuenta que me tomaré mi tiempo.

Luego de despedir a Karasumaru, Hakumei continuó descendiendo, arrastrando a sus dos prisioneros; después de algo más de una hora, dió con una puerta, dentro de la cual se hallaba una gran cápsula que oficiaba de elevador.

Cuando se detuvo, los encapuchados pudieron volver a sentir como eran arrastrados por Hakumei, quien después de algunos kilómetros finalmente se detuvo.

Ya pueden hablar– les dijo tras retirarles sus mordazas.

–Maldito irrespetuoso infeliz, esto lo pagarás – dijo un humillado y enfurecido Kawabe.

–¿Pero qué dices, anciano? Ya lo he hecho– dijo un Hakumei quien sádicamente disfrutaba la situación.

–Tienes que estar de puta broma Hakumei– dijo Yamanouchi, quien por primera vez en su vida sintió verdadero terror correr por todo su cuerpo.

–Les prometí un sitio acogedor donde pensar sus propuestas, ¿verdad?– si bien ninguno de los dos podía ver su rostro, podían adivinar su sonrisa de oreja a oreja– si algún día pueden encontrar la salida del Muken, los oiré con todo gusto... –finalizó, soltando todas las carcajadas que tuvo que contener durante el cónclave.

Ambos le suplicaron su perdón, durante varias horas hasta entender que Hakumei hacía largo tiempo los había dejado atrás. Nunca nadie jamás había logrado escapar del Muken. Allí eran encerrados los pecadores que no podían ser destruidos, sin agua y sin alimento, puesto que poseían tanto poder que trascendían tales necesidades mundanas. No era éste el caso de Yamanouchi y Kawabe del clan Shiizu, todo lo que podían hacer era aguardar una tortuosa y lenta muerte.

La *Otome no Okan* resonaba con el reiatsu de Hakumei, iluminando su camino mientras recorría ese vasto mundo vacío. Iluminar por sí mismo era una capacidad superflua en aquél lugar, sin embargo, también expandía sus sentidos espirituales. Hakumei sabía a quien buscaba, y por qué. Sólo necesitaba la ayuda de la piedra preciosa para hacerlo más rápidamente.

"He deseado por mucho tiempo tenerte frente a mí, Aizen Sousuke, es hora de que me devuelvas un poco de lo que me has robado" pensó.



CAPÍTULO X: MOUNT DINGJUN

*En el monte Dingjun,
el general Liu Bei se consagró campeón ante los ojos de los oprimidos.
El éxito en la cruel batalla, no obstante, vino de la mano de un temible hermano.
Un espanto de ojos viejos.
Furioso como el trueno, bajó del monte cargando una lluvia de flechas.*

En aquel lugar donde luz y sombra son uno y el mismo en su morada, Philippe Rouxel cerraba los ojos, sin pensar en los invisibles dedos luchando por reclamarlo y hundirlo por siempre. No significaba claro que su mente durmiera. Solamente lo haría cuando así se lo pidiera, cuando el pesar de estar vivo fuera mayor al goce de llevar aire a los pulmones. Para eso aún faltaba mucho, se dijo. Todavía tenía por ver el brillo de la luna hacerse paso en la fea semioscuridad que le rodeaba. Sí se permitió sentir el calor del alcohol ahogando la herida en su espalda, una cálida caricia, pero aún dolía como uno de los mayores dolores que hubiera sentido en la vida; a punto estuvo de arrancarle el grito que se venía guardando, pero pudo sobreponerse a último momento, transformándolo en un quejido gutural apenas audible. Sabía con quiénes estaba y en qué condiciones. Si gritaba, ¿qué valentía les quedaría a sus hermanos menos capaces, menos atentos? En lugar de pensar en ello también, lo hizo en la cascada bañándole la expuesta espalda. El alcohol formaba parte de su vida diaria desde que pudiera recordarlo. Su padre lo convertía en su sangre, moderada en pocas ocasiones, violentamente el resto de las veces. Incluso a su vez el propio padre de este lo hacía igual de bien las pocas veces que lo vio, siempre acompañado de un arrugado gesto y una botella en la mano. Era algo predispuesto, de familia y de generación a generación. El niño Philippe ya sabía entonces que recibiría la visita algún día, por lo que nunca cerró la puerta. Fue tanto una decisión estúpida como un sorpresivo acierto, terminaría descubriendo. Gracias a la bebida se había hecho un hombre, o eso le gustaba creer. Tenía alcohol en el cuerpo al salir a su primera batalla y matar a su primer hombre. También cuando yació con la mujer que quiso, y no dudó en buscar el apoyo de la botella cuando tuvo que dejarla marchar a ella y a unas lágrimas que si salieron fue solo por su influencia. Era mucho más que una desinfección corporal la que estaba sintiendo, cómo no iba a serlo de otra manera.

– Esta es una herida muy fea, – dijo Jacques, atendiéndole. Junto a Jean era otro hermano que Philippe conocía bien. Un veterano de la Primera Guerra, cuyas enormes manos atestiguaban un pasado violento y un presente volcado a la expiación. Jacques era en lo que los mejores de ellos se convertirían. – Estoy sorprendido que no te hayas desmayado – era un hombre directo también, lo que le agradaba. – Qué va, más me asombra que fuiste capaz de llegar hasta aquí por tus propios medios. ¿Cuál es el secreto?

– Tengo un cuerpo que sabe que no puede caer derrotado – convino sin más, no prestándole demasiada atención a las palabras escuchadas.

En lugar de eso, su mirada luchando contra la repentina ensoñación se volvió a depositar en el mismo punto antes de que cerrara los ojos y volviera a abrirlos con rapidez. Todo seguía estando ahí. Enfocados los ojos en la ropa del suelo, en la chaqueta negra que siempre vestía, concretamente. Negra como la adorada noche, adornada con franjas doradas como el traje inverso de una abeja reina. Dentro de la prenda dormía su salvador. *Si no estoy muerto es gracias a eso*. Vagamente recordaba los breves retazos del ataque en el burdel. Un hombre de ojos azules, vestido de blanco. Un mago. Lo atacó a él y también a Jean, causando su separación. Escombros del techo que terminarían por caerle encima, hiriéndole la espalda en el proceso, pero también haciendo creer al enemigo que su vida había acabado ahí mismo. Bueno que lo hiciera, pues así el secreto del burdel podía continuar siéndolo como tal. Una puerta oculta en el fondo y luego un pasadizo incluso más escondido llevaban al que era probablemente el mayor cementerio del mundo, reconocido por la curiosa morbosidad de hombres y mujeres por igual. Las catacumbas de París son un lugar evitado por civiles e invasores, en parte gracias al ejército de huesos humanos allí reposando; en parte por la compleja red laberíntica que hace de su hogar, mitad artificial y mitad natural. La muerte siempre observándolo todo con silencio y cuencas vacías en cada rincón, esperando tanto el abandono de los que allí ingresan como también su eterna estadía. Es también un escondite ideal para los que no reservan su miedo a los oscuros túneles y putrefacto olor. Para los rebeldes franceses, existen pocos lugares más llenos de vida y oportunidad como este. No se exponen a la acusadora luz diurna, donde no pueden saber si la muerte los está mirando o no.

Así continuaron la vigilancia los atentos ojos de Philippe, fijos en la oscura chaqueta, protegiendo recelosamente el tesoro guardado en su interior. Pastillas blancas dentro de una bolsita incolora. Regalo del jerarca Alik Makiri. Llegaron el mismo día que las Salamandras que con su fuego devoraron el Palacio Borbón. Su existencia mantenida como un importante secreto, solo conocido por Philippe y el propio jerarca soviético. Dada la naturaleza irregular de los fármacos, el secretismo era para ellos la mejor de las opciones. Lo último que Philippe necesitaba era la excesiva preocupación fraternal en un momento tan decisivo.

Estas pastillas, fabricadas con lo mejor de magia y ciencia soviética, tienen la facultad de, una vez consumidas oralmente, aumentar exponencialmente los niveles de adrenalina generados por el cuerpo de forma natural. Están pensadas para ser consumidas al momento mismo de la batalla, pues no existe otro mejor. Una vez comienzan los efectos, el beneficiario experimenta un incremento en su capacidad física: se vuelve más resistente al cansancio y las heridas, se le agiliza el paso y el

reflejo, la potencia de sus ataques se vuelve una fuerza completamente distinta a lo que era antes. No todo pueden ser buenas noticias, sin embargo. El fármaco mágico no deja de ser un prototipo del que se espera lo impredecible, del que mentalmente no se tienen registrados todos sus efectos secundarios. No podrían ser todos imaginados, tampoco. Los efectos prometidos así mismo no se someten a ningún tiempo estricto de duración. El propio Alik Makiri, viendo a Philippe como otro sujeto de pruebas ideal, había dejado una nota en la que le recomendaba encarecidamente que moderara el uso de los fármacos, dada la situación. Era la primera vez que Philippe tenía una noción de que algo podía escapar del entendimiento del gran mago, algo que aún le obligaba a continuar siendo humano; y algo que estaba en su propio poder ahora. Se tomó muy en serio aquellas palabras, y no se había atrevido a ir más allá del primer comprimido blanco de una serie de ocho solamente. Al momento del consumo, desconociendo cuánto tiempo exactamente desde entonces, los efectos no tardaron en hacerse paso por su cuerpo, pudiendo seguirle el ritmo al mago de blanco durante un tiempo que creía recordar más bien escaso, hasta que la propia mala fortuna quiso interferir con aquellos escombros cayéndole encima. La buena fortuna, o los conocimientos de Alik, habían hecho que sobreviviera a esa experiencia sin un hueso roto, aunque no libre de un punzante dolor que, de a ratos, le dejaba tan fugazmente como aparecía, desconcertándole. Sospechaba de la pastilla mágica, como si no supiera decidirse entre postrarlo en una cama o permitirle retomar la lucha con gran anhelo. Continuaba siendo la segunda mejor arma con la que contaba, con la que contaba Francia para lo que sabía él. La mejor de todas ellas estaba “preparando algo” la única y última vez que pudo comunicarse. Philippe le había encomendado que no se separara de Saber, pero Archer le informó que prefirieron acordar una breve separación para encargarse de mejor manera del sorpresivo número invasor que había decidido presentarse a defender la ciudad que ellos mismos robaron. Sin duda sabían ya que habría que vérselas con dos Servants Aliados. Más de la mitad de fuerzas capaces que podían frenar el avance del Eje. Era el propio Rider quien hacía un sueño la conquista de Moscú. ¿Saber y Archer harían de otro sueño el mantener París bajo influencia nazi? Philippe solo podía desearlo.

Al intentar otra conversación mental con Archer no obtuvo ninguna respuesta, lo que le preocupó al principio, hasta que creyó sentir una gran fuente de energía emanando de él, sin duda relacionado con eso que el Servant había afirmado estar preparando. Philippe Rouxel, Master de tal espíritu, seguía sintiéndose intranquilo, y no se atrevía a confiar del todo en el Servant con el que había compartido techo y comida, que hasta ahora no había puesto un pero en toda orden recibida. Seguían existiendo cosas que no podía entender, y eran en su gran mayoría, secretos que Archer no pretendía develar, si a menos de momento, pensaba esperanzado. No sabía por tanto qué le motivaba a pelear la guerra contra sus propios espíritus hermanos. Menos aún sabía qué clase de deseo pediría en caso de reclamar la victoria ante el Santo Grial que se decía, más ansiaba cada uno de ellos. Era esta última cuestión lo que ocupaba sus pensamientos ahora. ¿Tenía el Master derecho a un deseo también o solo era privilegio del Servant a quien tocaba hacer la parte más difícil? ¿Qué pasaba si el deseo pedido ponía en peligro aún más el mundo? Demasiadas preguntas y violencia, pero escasas respuestas y compensación. Ni siquiera el fantasma de Ruler se había

dignado en contestar cuando lo vio, arguyendo que primero imperaba la acción a la reflexión. *Servants. Llegan a un mundo que conocieron hace mucho tiempo atrás y pretenden cambiarlo por la fuerza al modo en que hacían las cosas cuando aún vivían. Aunque supongo que podría decirse lo mismo de nosotros.* Pocas cosas quedaban para Philippe más que recelo e impaciencia al parecer. Incluso la superficie de la ciudad parecía imitar su abatimiento. Bombas y estallidos ocurrían a cada segundo. Las más cercanas arrasando calles, sacudiendo el suelo y las paredes del túnel, intranquilizando el sueño de los muertos; las que estaban más lejos no causando menos revuelo tampoco, obligando a los rebeldes allí congregados a voltear las cabezas, jurando que el ruido había venido de tan solo unos pocos metros detrás.

– Te juro que si no fuera por ese escándalo de mierda subiría a buscar un doctor – se quejó Jacques una vez terminó de desinfectar y colocar una venda que cubría pecho y espalda de Philippe. – Te recomiendo que descanses un poco al menos.

– Ya sabes que no lo haré – respondió, poniéndose en pie. – Si bajé fue solo para seguir peleando.

Además de funcionar como escondite para los rebeldes, las catacumbas de París también actúan como escondite para una serie de bienes muy diversos, entre los que se incluyen cajas de armas y munición, debidamente alejadas de la humedad en habitaciones secas construidas específicamente con tal propósito; dentro también existe equipamiento médico, también utilizado en los artificiales rincones del laberinto. Donde se los utiliza, no sorprende encontrar tampoco fuentes de iluminación y electricidad. Y pese a todo, aquello palidece ante el hecho de que el ingenio revolucionario también ha aprendido a valerse de las catacumbas para ocultar vehículos pequeños y motocicletas, aprovechando el gran espacio para emerger y desaparecer a conveniencia por cualquiera de las cientos de puertas ocultas repartidas por los distritos de la ciudad. Philippe no se atrevía a volver a salir por la puerta del burdel tras el ataque, de modo que buscó una salida más alejada de allí. Si recordaba bien, había una que le dejaba cerca del parque. Esa usaría. Le acompañaba una motocicleta, un monstruo del color del musgo, algo descuidada y con las ruedas cubiertas de lodo seco, pero nada que le hiciera pensar que no había velocidad en sus capacidades. Philippe ignoraba cuánpreciado iba a serle eso.

Tras abandonar el cobijo de las sombras, no fue el brillo del sol lo que le dio la bienvenida. En su lugar encontró un fulgor intenso donde antes hubo un cielo azul de verano. Un cadáver no del todo muerto era ahora, a falta de otra palabra. Al principio fue de un naranja eneguedor, pero un instante después había cambiado su color, volviéndose rojo. Un rojo tan inusual en cualquier cielo que Philippe enseguida supo que no estaba ante ninguna clase de atardecer. No podía encontrarse naturalidad en aquella gran herida reciente, que desplazaba a cientos de metros atrás las nubes más cercanas y valientes, junto al poco azul que todavía podía quedar. Antes de que terminara el día no quedaría ninguna, afirmó su miedo, despertándose. También sería la misma historia para la negra noche. Tal vez mañana tampoco pudiera encontrarla, y olvidaría dónde buscar cuando el tiempo avanzara. Los dos invitados que trajo consigo

el pérfido color se burlaron con sorna. Dos invitados igual de sorprendentes, pero del todo más horripilantes. Estaba primero el fugaz movimiento del nuevo cielo, similar al de una danza de relámpagos de sangre, apenas de un rojo más claro que de donde provenían. Podían verse con alguna que otra dificultad, si quedaba valor para encontrarlos. No hacían el mismo ruido que un relámpago normal, y tampoco llegaban al mismo nivel de clamor ensordecedor, pero no les faltaba la capacidad de paralizar cualquier corazón. Este era el segundo acompañante llegado para el festival de destrucción, el ruido indescriptible, similar al de cientos de miles de patas moviéndose al unísono y aplastando todo a su paso, aunque jamás quebrándolo del todo, conformándose con dejarle una eterna huella de espanto. Algo que sin duda sería más normal, si cabe, encontrar moviéndose en tierra firme, no en un cielo caluroso a vista de todos.

Pasó tiempo y Philippe seguía pasmado, incapaz de otra cosa, oyendo nada más que los gritos de la tormenta. Ya ni las bombas querían desafiar su fuerza cuando, abajo en las catacumbas, podía escucharlas pelear entre sí por ver cuál hacía más daño. Al cabo, y solo quizás por alguna especie de piedad, la tormenta roja le permitió encontrar una respuesta, aunque Philippe no supo cómo usarla para disiparle cualquiera de las dudas. No eran pequeños relámpagos rojos lo que veía. Sí brillaban durante un segundo y se apagaban al siguiente como cualquiera de estos, pero no eran relámpagos. No podían serlo, pues su apariencia los delataba. Eran flechas, un ejército de ellas, un millón de legiones naciendo y muriendo a cada segundo ante sus ojos de testigo. Algo que hasta entonces había creído que solo podía ser controlado por fuerzas humanas. Cuánto palidecería el mejor arquero que haya existido ante ese despliegue desesperanzador. Philippe las vio bailar en la plena libertad que solo un cielo, así fuese apocalíptico, podía conceder. Las vio estrellarse con violencia en la ciudad indefensa y desprevenida, en el valiente edificio que buscaba mantener su recto porte, hacerse paso entre los desafortunados que no iban a escapar. Pudo ver sin embargo que la lluvia cumplía un patrón. No caía en una zona donde ya estaba cayendo en otra. Para que pudieran llegar a aquel punto primero, las flechas debían arrasarse con el otro. Era un muy ligero alivio, pero no le impidió ser consciente del papel que cumplía en esa locura. Un papel de responsabilidad en el juicio indiscriminador, pues nadie podía tener más hambre de venganza. Y el mundo escucha y cumple, aunque no más de una vez. Caso de pedir el arrepentimiento cual Jacques, tenía toda la certeza del mundo que Archer tendría oídos sordos a tales plegarias. No iba a detenerse. No lo encontró tampoco en la imposible vorágine roja, pero había un lejano punto en el horizonte donde el color brillaba con más intensidad, que no le permitía dejar los ojos fijos allí durante más de unos segundos. El punto se le fue develándole poco a poco, en repetidas miradas, y al final terminó reconociéndolo como el mayor símbolo de su ciudad, ahora completamente a merced de algo incluso mayor. La Torre Eiffel parecía despierta, de sobra que diferente, pero despierta ante el infierno de colores y ruidos congregados a su alrededor. Si el hierro pudiese gritar ya lo habría hecho. En lugar de eso debía conformarse con el cómplice silencio, la culposa indiferencia, pues era su metálico cuerpo otra arma en el caos inenarrable. No solo las flechas asesinas emergían de los cielos, lo hacían también de la torre, como si se hubiera convertido en una suerte de arco gigante. Lo que sea que hubiera preparado Archer, no quería que la evidente

debilidad de la lluvia roja pesara demasiado. Quería el máximo número de direcciones repleto de muerte.

El segundo intento de comunicación de hombre a espíritu también terminó en fracaso, confirmándole esto todas las sospechas. Y también poniéndolo en peligro, si hacía lo que tenía que hacer. Expuesto en las afueras de la ciudad con una guerra librándose y un precio por su cabeza, no importaba demasiado lo que Archer había causado, alguien terminaría encontrándole. Se rehusaba a creer también que aquel espíritu careciese de todo límite humano, que anduviese donde más quisiera, bien pudiendo hacer de ese lugar una tierra inhabitable una vez marchara. *Y sin embargo estoy más a salvo junto a ese monstruo*, habló el miedo por él, y no pudo no hacer caso. Si el encuentro con el mago de blanco había servido de lección, era que siempre estaría en peligro, pero podía tener más o menos chances de sobrevivirlo si tomaba las medidas necesarias. *Debo ir hacia donde está, pero para eso tendría que pasar por esa lluvia*. ¿Cuándo había empezado? ¿Cuánto podía durar? ¿Cuándo le alcanzaría? No tenía idea, pero cada segundo que no se moviera era otro momento expuesto, y las flechas de Archer se estaban acercando. Volver al refugio de las catacumbas tampoco le gustaba, pues no podría comprobar el estado de la lluvia roja y, por sobre todo, no habría levantado un dedo para ayudar a su ciudad, si es que quedaba algo para salvar. Eso fue lo que descubrió más le molestaba, la incapacidad de acción. Estaba demasiado acostumbrado ya al peligro, podía decirse que lo necesitaba. Con su miedo despierto al fin, por nada del mundo podía dejarle tomar el control, o ya no lo vería durmiendo jamás. Suspiró pues, como quien sabe que no le queda más opción que hacer algo estúpido y encendió la motocicleta, no tardando en ponerse en marcha hacia la mortal torre.

El camino fue tan complicado como sospechaba. El caos había provocado que se destruyeran algunos de los delimitantes que mantenían al río Sena fijo y dentro de su curso en la ciudad. Antes, en paz, estos impedían que el agua ahogara la ciudad. Ahora que quería la muerte, el río se hizo paso, luchando a su vez por el dominio contra el fuego incendiario. No prometería ningún alivio tras haberlo extinguido. Pocas calles estaban a salvo de la mojada invasión, y las que así lo estaban no carecían de pavimento derruido, pozos y cuerpos amontonados donde fuera, tanto a modo de obstáculo como de advertencia para el estúpido que iba directo al ojo de la tormenta. Que murieran mil más, Philippe no estaba dispuesto a dar la vuelta. Ello significaba que los ojos no podían despegarse del frente, expectantes ante cualquier peligro y de lo que podía caer. El cielo azul hace rato lo había abandonado, poniéndolo a merced de la voluntad de la fortuna. Ya se había ganado su simpatía muchas veces antes, pero algún día se encapricharía. *Que no sea ahora*, pensaba.

El aterrado motor del vehículo y las flechas cayendo a cierta distancia fue lo único que pudo escuchar. Para observar tenía muchas más opciones, pero no había nada que quisiera recordar. La destrucción presente no le negó cierto alivio, de igual forma. Le decía que por esa zona en la que marchaba, la lluvia ya había pasado mucho antes. Podía regresar, intuía, pero no cuándo sería eso. Philippe fue consciente de que

necesitaba un equilibrio perfecto. Demasiado rápido y llegaría a una zona de peligro, demasiado lento y le encontraría a él. ¿Alguna vez hubo hecho algo tan arriesgado? Solo aquella noche en el Palacio Borbón podía equipararse, pero entonces cargaba un plan, y apoyo. Ahora su única compañía era una motocicleta que en cualquier momento se daría la vuelta. Pero supo llevarle a destino, la bendita máquina, o el único al que físicamente podía, al menos. El puente separando el sexto distrito, donde se encontraba, del séptimo, donde aguardaba Archer y la torre convertida en arma, yacía destruido; mostrando a cualquiera que pasara por ahí el rabioso avanzar del río bajo su cuerpo. Philippe poco pudo hacer más que sonreír tontamente al no haber tenido en cuenta tal escenario. Por supuesto que un puente no significaba absolutamente nada en los tiempos que corrían, con las cosas que podían verse. Miró atrás por primera vez, intentando asegurar otra ruta de acceso, o un refugio estable donde pudiera idear su segundo paso. Encontrar otro puente sería el más obvio, París estaba repleto de ellos, y casi todos le dejaban cerca de su destino. No sin cierto nerviosismo, aceleró la motocicleta y la dirigió hacia un almacén abandonado, varias cuadras detrás. Conservaba el techo aún, mejor cosa no podía pedir.

Entonces divisó otra escena que le dejó sin aliento. Hacia él venía acercándose algo, una fuerza arrolladora que apartaba con una violencia nunca antes vista el contorno de las calles, las aceras y cualquier otra cosa que se encontrara en su camino. El ruido que hacían al ser arrancadas no tendría nada de diferente al de miles de huesos quebrándose simultáneamente en el gran cuerpo frío de la ciudad. La respuesta que tuvo para ofrecer a tan incómodo espectáculo fue un ceño fruncido y una boca entreabierta. Cada cosa nueva que encontraba le robaba un poco más de valor. La fuerza fue acercándose un poco más cada vez, igual a una bala o una bomba, tanto veloz como espantosa. Nada desaceleraba su paso, y nada silenciaba tampoco los gritos de aquellas tiras de piel de concreto, arrancadas y apartadas con desdén e impaciencia. Tampoco nada habría preparado a Philippe de reconocerla cuando estuvo lo suficientemente cerca. El rostro que le encontró no tenía nada de bonito, pese a que no siempre se había visto así. Sucio, estaba, pero más que de mugre. Tamaña furia reflejada en su semblante que ni siquiera aquellos largos cabellos pardos buscaban mantenerse mucho tiempo en contacto con el calor emanado por el rostro y frente de quien se había entregado a tal emoción. Una fiebre de odio y nada más. El resto del cabello, recogido, tampoco es que fuera a sentirse demasiado cómodo tampoco con las caricias del aire seco y nauseabundo. Las sedas púrpuras que Philippe le había visto vestir, usualmente complementadas con faldas azules, ahora se transformaron en un feo traje gris de mago, con tantos bolsillos con equipamiento como permitiera la vista. Así se presentó Galya Makiri ante sus ojos, desatendida y desarreglada, deteniendo el paso a continuación, deteniendo su control total sobre la tierra como si en verdad esto no fuera nada para sus capacidades mágicas. No era la imagen de una mujer, ni menos de una jovencita, pero nadie en el mundo con las mayores ganas de hacer un comentario despectivo lo habría mencionado, a ello o a cualquier otra cosa. Hoy, Galya no estaba dispuesta a perdonar a nadie, fuera amigo o enemigo. Y pese a ello, Philippe no pudo apartar el extraño e intruso sentimiento de alivio que sintió tras ver su rostro conocido. Antes le había desagradado completamente, y ahora su opinión se encaminaba más al miedo, pero tampoco eran sentimientos tan grandes como para no

querer mantenerse cerca de esa fuente de poder mientras llegaba a otra mucha mayor. Así se antepuso la prudencia ante todo, y prefirió esperar a que fuera Galya la que decidiera comenzar la charla. *Porque estará dispuesta a hablar, espero.*

– Te vi hace unas cuadas atrás – comentó al fin, con una repentina frialdad que descolocó al rebelde, que esperaba una ininterrumpida disparatada de blasfemias. – Pero no es la forma en la que habría esperado verte. No estabas donde habíamos acordado.

– Fui atacado por un mago antes de que pudiera ir hacia allí – cero excusas daría, más chances tendría diciendo la verdad. – Estaba con Jean, y el ataque nos separó. No sé dónde estará ahora. Yo me lastimé la espalda y tuve que ir a atenderme antes.

La respuesta no le había conmovido ni un poco, tal como esperaba. El rostro de Galya se mantuvo impassible, su voz solamente formulando las preguntas que consideraba beneficiarían exclusivamente a la misión que dirigía.

– ¿Y Archer? Uno pensaría que tener un Servant serviría para prevenir este tipo de situaciones.

– Archer prefirió la compañía de Saber, de alguien más como él. Me informó poco antes del ataque que se separaría brevemente de él para dividir las fuerzas contra los invasores enemigos. No he podido comunicarme desde entonces. Ese cielo rojo que ves arriba es cosa suya, ya habrás visto las flechas.

Galya asintió.

– Un cielo asesino, propiedad de otro asesino. ¿A quiénes tendrá realmente en mira como su siguiente objetivo? El cielo está encima de todos.

Philippe la miró extrañado un momento. No creía gustarle el tinte que estaba tomando la conversación. – Todavía se puede contar con Saber para un trabajo más limpio, – agregó intentando desviar el tema de conversación. – A mí este escenario me gusta tan poco como a cualquiera.

La siguiente mirada de Galya bajó incluso más la temperatura, sus ojos violetas nada distintos a dos pozos destilando veneno. Ella lo vio como si sopesara la posibilidad de que se estuviera burlando. No era así, concluyó al fin, por lo que frunció su ceño y le arrojó el peso de la situación.

– Saber está muerto – declaró sencillamente, esperando a que hiciera efecto la información en el patriota ignorante. Cuando lo vio romperse, prosiguió, dando un paso hacia él. – El único Servant a cien kilómetros a la redonda del que más o menos podían entenderse sus intenciones. Muerto a manos de Lancer, me puedo imaginar sin estar equivocada. Dos Servants contra uno, iba a ser la batalla que le esperaría, y dos Servants contra uno fue en lo que terminó convirtiéndose la última batalla de Saber. La situación opuesta, y sin tener noticias de Archer siquiera. No estuvo junto a su compañero, no impidió su muerte y seguramente tampoco le importó mucho. ¿Te importa a ti? – preguntó, nunca apartando la violeta mirada de la de Philippe.

Antes de verlo supo lo que terminaría sucediendo. Galya no iba a escuchar palabras. Una sola oportunidad tendría de evitar lo que se avecinaba. Necesitaba calmarla pronto. Philippe oyó el latido de su corazón bombeando con la fuerza de un tambor. Sintió la ligereza de sus piernas, el peso del arma tocándole la cintura. En un segundo hizo su movimiento, alejándose de la chica y llevando la mano al arma oculta, llegando a exponerla a la superficie. Habría roto cualquier record registrado, pero ante la mano

de la magia aún tenía mucho que aprender. El instante siguiente a su propio movimiento, una serie de hilos aprisionaron su cuerpo y el arma que pensaba podía darle una ventaja cayó al suelo. Los hilos aplastaron el pecho de Philippe, su estómago, los brazos y las piernas. Estrujando, pero también aguijoneando como un látigo de espinas que no podía ver. El aire escapando de sus pulmones no tardó en notarse. *Ni siquiera con la pastilla aún en efecto...*

– Te hice una pregunta y ahora tu estupidez te obliga a buscar la manera de respirar y responderla. No creo necesario decirte qué pasará si yo sigo esperando por ti, ¿verdad? No pienses en el aire que necesitas, solo en contestar primero. Sí o no, es todo. Prometo que te volverá a llegar aire a los pulmones.

Eso decía, pero su magia robaba vitalidad a un ritmo mayor al de las palabras. De poder verse el rostro, Philippe sabría que no faltaría mucho para tenerlo del mismo color que los ojos que le apuñalaban.

– ¿Por cuánto... tiempo?... – logró articular con un renovado instinto de rebeldía. Algunas cosas ni los efectos de la magia podían cambiar.

– Ese tiempo lo decidirá tu respuesta, claro. El tiempo que usaste ahora en tu inútil intento de desafiarme es tiempo que se resta de tu vida. ¿Eso te importa también? Ahora son dos respuestas las que querré de ti.

Y Galya apretó más fuerte, pronto no solo sacando aire del cuerpo de Philippe, sino también valiosa sangre que este creyó, nutrían la malicia del arma atormentándole. Se le rajaba la ropa, y la piel expuesta era una nueva zona que el violeta invasor aprovechaba para imponerse. Se movió y contorsionó luchando por aprovechar la nueva fuerza que la pastilla mágica le había implementado pero demostró ser empresa inútil, más se movía, más fuerza era la que le robaban. La vio otra vez a la espera. Realmente no iba a ceder en absoluto. Una sola chiquilla le demostraba estar por encima de cuanto se le ocurriera hacer. Dos cortas palabras rehuyeron de su garganta al fin, y por un segundo temió que hubiesen sido las últimas.

– Así que te importa, – declaró Galya finalmente, casi maravillada. Apartó los hilos del torturado cuerpo y volvieron a sus delicadas manos, escondiéndose dentro de su piel. Lo vio agitado aún, luchando por cada bocanada. – Pues tus hechos parecen contradecir tus palabras.

– Esta... es mi ciudad. Nací aquí, y viví aquí toda la vida... ¿de verdad crees que voy a traicionarla?

– ¿Tú? Tal vez no. ¿Pero se puede decir lo mismo de tu *Servant*?

– Ya te dije... que Archer y Saber estuvieron juntos el principio mismo del ataque... fue él quien me informó que se estaría separando de Saber para encargarse mejor del enemigo. ¿No crees que sea algo... que haya acordado con él también?

– No es algo que haya comentado. Ni tampoco su propio Master. Castle es un idiota, pero ni a él se le habría pasado por alto algo así. Si me baso en hechos, el propio Saber me dijo que esperaría su apoyo momentos antes de que me obligara a abandonarlo. De cualquier forma no es algo que ahora pueda preguntarle a ninguno de los dos.

– ¿Benjamin está muerto también? – vagamente lo había conocido, había visto su debilidad claro, pero fue parcialmente responsable de la derrota de Lancer en Súdgal. Aquello debía significar algo.

– No cuando lo dejé al cuidado de tus dichosos hermanos. Hay un refugio en el centro de la ciudad con doctores y equipamiento médico. Ahí lo estaban tratando a él y también a tu amigo Jean.

– ¿Jean estaba con ustedes? No solo me dejaste sin habla con tu magia al parecer – le dedicó una sarcástica sonrisa, entre reproche por lo que le había hecho pero también como un indicativo de que, pese a todo, le perdonaba. No le había matado después de todo, y seguía necesitándola.

– No terminan ahí las sorpresas. Antes dije que Saber se enfrentó a dos Servants. Lancer no es la única amenaza aquí. Assassin también, y por lo que vi, es incluso peor. Creo que la hubieras conocido de haberla visto antes de a como está ahora.

– ¿A qué te refieres?

– Tu burdel de mierda no solo atrae vagos cuya única disciplina es la de beberse dos botellas por noche. Cosas peores rondaron por ahí. La vez que nos encontramos, te vi muy prendido de una chica del lugar. No le sacabas los ojos de encima, ni ella a ti. Algo posiblemente normal, pensé entonces. Muchas mujeres tienen espantosas preferencias. Pero ella insistía. Cuando atendía a otros, te miraba de reojo, y cuando no era así, a un rincón se iba, solo para mirarte. No estaba Archer cuando llegué, pero no me sorprendería saber que también lo hacía con él, o que hayan interactuado incluso. Como si ya lo supiera todo y buscara un momento oportuno. Cuando el tipo de blanco que estuvo ahí en la última batalla de Saber mencionó el nombre de Assassin, todo me golpeó. No tienes ni idea de cuán furiosa estoy contigo, con Archer, conmigo misma y más que nada con aquellos dos.

Ya veo. Eso explica cómo el mago de blanco sabía exactamente dónde estaría. Me buscaba a mí, porque sabía que era Master de Archer. La chica, Assassin, se lo contó todo. Philippe suspiró, guardando silencio. En su rostro no se disimulaba la expresión del engaño y su consecuente desencanto. Antes se había dicho que la inacción patriótica era lo que más le molestaba. Ello había cambiado ahora, y también pensaba hacer algo al respecto.

– Dime, ¿qué vas a hacer ahora? – le preguntó a Galya. Ella ya no le miraba ahora, concentrándose solamente en el movimiento salvaje del agua bajo el puente.

– Si tuviera la más mínima confianza depositada en Archer, me lo habría llevado para que sea mi propio padre quien le acomode las ideas. Entonces volvería, sabiendo que puedo usarlo a él, pero también estando preparada para cualquier cosa. Archer jamás podría contra Rider. Eso puedo confirmarlo habiéndolos visto a los dos luchar. – Hizo una pausa, dejando nuevamente a Philippe interpretar lo que quisiera con aquellas palabras. Al cabo agregó: – Tú sigues a su cargo, me supongo, por lo que estará en ti hacer eso ahora. Con la baja de Saber y enfrentándome a dos Servants confirmados como enemigos... regresar a mi país sería la mejor opción.

Philippe asintió. Era una lógica convincente. Ella era heredera directa del hombre más poderoso con quien contaba la otra mitad del mundo. Incluso en el fin del mundo se le aseguraba un pasaje directo a la seguridad a una persona así. Estaba claro que vida valía más. No dejaba de molestarle, claro, pero seguía siendo la hija de quien se había aburrido de salvarle el culo. – Me habría gustado decir que nos separamos en buenos términos, pero dejémoslo como que ambos colaboramos en hacer que eso no fuera así.

– Pero eso no es tan sencillo de hacer para mí, – prosiguió Galya, ignorando las palabras de Philippe. – Mi padre me confió el mando de esta operación. Dejó a mi cargo la liberación de Francia, porque solo así podemos organizar una invasión hacia Alemania, por primera vez lo que vamos del conflicto. Es una excelente oportunidad, y una responsabilidad muy grande también. No puedo irme como una cobarde solo por perder la mejor arma con la que contaba. Sigo siendo una Makiri.

Cuando se dio la vuelta para mirarlo directamente a los ojos, Philippe comprobó que continuaba con la misma eterna mueca, pero creyó distinguir otra cosa distinta por ahí oculta. Algo similar a la magia, pero sin tener nada que ver con esta. Como algo netamente humano, lo definiría.

– Curioso cómo nos altera este cielo de arriba – agregó. – Yo, que tengo un arma increíblemente poderosa en mis manos, estoy muerto de miedo. Tú, que siempre te sentiste inferior justamente por no contar con un arma como la que yo tengo, me estás dando una lección tras otra. Castles, Varduzzis, Floissards, Rouxels. Nombres nada relacionados con magia, nada importantes para la historia, y sin embargo a todos ellos les acompañó un Servant. Un poco diferentes contigo, que tienes el poder de uno pero ninguno te acompaña, gracias a la regla de un Master por país. Sé bien que es lo que más deseas – la vio apartar la mirada ante aquello, y entendió que llevaba la razón. Si lo decía, era para que Galya también se diera cuenta. – Te regalaría el mío, si pudiera. Me doy cuenta que estoy mejor sin él, pero mientras no sea el caso, estoy seguro que sabrás suplir esa falta, como ya has estado haciendo.

– No te pases de listo. ¿Así vas a tomar cada oportunidad que te doy?

Philippe volvió a sonreír, encogiéndose de hombros. A su lado, la motocicleta volvió a encender. Y junto al motor, vino también la lluvia roja, que empezó a arrojar las primeras flechas a su dirección. La señal de aviso. – Y me veo forzado a pedirte dos cosas, me temo. La primera es que uses tu magia de aire para cambiar la trayectoria de estas flechas. No queremos terminar ensartados en la calle después del conmovedor discursito. La segunda es que utilices tu magia de tierra esta vez, para hacer algo con aquel puente destruido. Es el que mejor nos deja a donde tenemos que ir. Archer está allí mismo, en la Torre Eiffel. Es un buen momento para conocer sus intenciones.

¿Cuántas veces había pasado por allí en sus veintiocho años de vida? Quizás demasiadas como para ponerse a recordarlas, pero en todas ellas Philippe no había sentido otra cosa que paz cuando la gran torre de acero reposaba con tranquilidad a su lado. En el Campo de Marte, gran jardín verde y tan lleno de vida como en el resto de la ciudad, los amores se declaraban y florecían, los conocimientos se impartían y cada familia podía fortalecer sus lazos en compañía del gran monumento, guardián de tan cálidas sensaciones. Cuando Alemania declaró la guerra al mundo y a todo convencionalismo y normalidad, la Torre Eiffel pasó a convertirse en imán para bombas y ataques vandálicos, nacidos de una crueldad que quizás solo la magia podía despertar. Pero ni así les dio la satisfacción de caer, completamente decidida a continuar protegiendo a todos sus hijos. Hoy había disparado contra ellos. Philippe aún podía encontrarla hoy en día erigida en lo más alto, hablándole de igual a igual a las

nubes más arrogantes, pero sabía que ya no podría verla de la misma manera. Fueron las acciones de un solo espíritu, oriundo seguramente de un infierno todavía peor que este, que lograron terminar con aquella sensación de paz tan embriagadora. Se lamentaba, lo maldecía y a la vez también entendía sus razones. Era muy extraño, y no sabía con qué sentimiento quedarse. Ahora sin embargo pensaba en llegar hasta él. Estaban en el núcleo de lo que había sido una hecatombe sin precedentes. No le sorprendía encontrar alrededor los castigos más ruines. Una mezcla de elementos naturales y fabricaciones humanas se perdían de vista en la escena, dando forma a algo sin lógica, pero relacionada claramente con las peores cosas del mundo. Todo estaba muerto, todo estaba deshecho. Y solamente tenía a Galya acompañándole, para que también actuara de testigo ante lo que tenían rodeándolos. No era ningún jardín de sueños lo que recorrían, ciertamente. Solamente la motocicleta que los había llevado hasta allí podía respirar con tranquilidad, aparcada en el único punto libre que encontraron libre de árboles caídos y escombros. Ya no llovía muerte, habiendo parado poco tiempo de llegada a la Torre Eiffel. Eso era lo único que podía causarles un alivio. Arriba, el cielo rojo se disipaba muy lentamente; abajo toda flecha ensartada sobre cuerpos vivos o muertos también comenzaba a desaparecer, carente de fuerzas. Era irónico. Philippe temía a la idea de tener que acercarse a la Torre Eiffel, donde el poder de Archer más se concentraba, pero para cuando finalmente llegó, el espectáculo había terminado. Ello no tenía nada que le hiciera sentir mejor, tampoco.

– Dos Noble Phantasms en un día – dijo Galya de repente, hablando de cosas que Philippe no comprendía. Con la cara llena de preocupación, de miedo y de rabia. La Torre Eiffel finalmente a unos metros por delante. – Ambos asociados con el rojo. Ambos robándole quizás demasiada sangre a este país ya. ¿Qué mundo aguantaría si esto fuera una escena de todos los días, como más nos tememos?

– Archer me contó una historia una vez, antes de que llegaras – dijo él, sin saber realmente por qué abría la boca. Para no pensar en nada más, seguramente. – Habíamos cenado y compartíamos una botella. Buscábamos conocernos mejor, razón de que las palabras no tardaran en salir de nuestros labios. Recuerdo que una de esas historias de las que me habló involucraba una gran batalla y un monte que la presencié de principio a fin. “Yo bajé de ese monte” me dijo. Una sonrisa adornaba su rostro viejo. Estaba tan orgulloso como embriagado de esa gloria, supe enseguida.

<< Bajé del monte cargando a mis hombres. Liu Bei era joven pero fiero e inflexible. No me quería entre las filas delanteras, porque pensaba que mi edad solo le estorbaría. Yo le demostraría. Tomé las tropas que me había dado, pensando que con eso me hacía un favor, y me las llevé al monte que nos precedía. Dingjun, se llamaba. Jamás podré olvidar ese lugar. Todo podía verse desde ahí. Tan enzarzados estaban allí abajo que ni uno se acordó que aún nos manteníamos encima, esperando como las aves de presa que nos creíamos. No le estaba yendo nada bien al joven Liu Bei, pese a que aquella noche había incendiado el campamento enemigo. La derrota parecía inminente para nosotros. No nos quedaba más tiempo, y entonces descendimos. Eso ordené, pese a que me habían dicho que me quedara ahí para actuar de apoyo. Usamos tambores, me acuerdo. Los tocábamos mientras íbamos bajando el monte. A pie y a caballo daba igual, ninguno se quedaba arriba. Todos nos miraron como si fuéramos la tormenta que venía a llevarse a cada uno de ellos. Lucharon todos valientemente, pero la victoria la

habíamos alcanzado nosotros cuando decidimos bajar a tierra firme. Esa noche fuimos la lluvia, fuimos flechas, fuimos dioses. Y ganamos, gracias a que yo consideré que era momento de enseñarles nuestra inmortalidad. >>

– Prueba de que siempre fue un anciano que los años no le enseñaron a calmarse – observó Galya tras oír el relato. – Ahora lo entiendo mejor. La Torre Eiffel tomó el papel del monte del que hablaba. Ese sería el nombre de su Noble Phantasm, si tengo que adivinar. El Monte Dingjun, donde se dio su mayor victoria.

Ambos miraron la torre, que poco a poco iba recobrando su gris original, el acero y no la venganza volviendo a recomponer su piel. Solamente la cima se rehusaba a volver a aquella fría monotonía. Brillaba de rojo sangre como un faro, como una antorcha gigante. Ninguno de los dos dudaba qué estaba morando allá arriba. Quedaba alcohol aún en aquella botella que Archer bebía.

– Imagino que un Noble Phantasm es el as bajo la manga que tiene cada Servant – comentó Philippe. *Y yo ya tuve suficiente de este.* – No quiero ver los otros, si te soy sincero.

– Un Noble Phantasm es la representación más absoluta de la identidad de un Servant. La vi en el de Saber, la vi en este ahora. ¿Te dijo Archer su verdadero nombre? Imagino una figura oriental, por lo que me comentaste, pero no son algo de lo que sepa mucho, lamentablemente.

– Es chino. Se llama Huang Zhong, el General de la Retaguardia. Título que el mismo monte Dingjun le daría, además de la distinción de convertirse en uno de los cinco generales más importantes de Liu Bei. Así le recompensaría este por demostrarle cuán equivocado estaba, por haberle salvado la vida.

– Un relato atrapante y muy fidedigno a lo que la historia tiene para contarnos, acabo de escuchar – agregó una voz de entre los escombros de la ciudad. Galya y Philippe la siguieron simultáneamente, hasta descubrir un rostro de ojos azules que ambos conocían bien, y que no gustaba nada encontrar. El mago venía sonriendo, distraído de su entorno. – Pero olvidaste mencionar una cosa. Huang Zhong era excepcionalmente viejo para un general de guerra. Teniendo eso en cuenta, más el hecho de que no eran infrecuentes las épocas de hambruna, de conflicto social, de enfermedades intratables... obtienes una receta para la muerte. ¿No sabías que aquella gran batalla fue la última que tuvo antes de morir poco tiempo después? Lo enterraron en el monte que tanto quiso. Hoy solo lo recordamos los fanáticos de la historia como yo, e incluso eso es difícil. No ayuda que su único hijo haya muerto antes de dejar descendencia. Una pena de legajo, ¿no te parece? Me recuerda al de los Rouxel, o los Makiri – declaró, con la sonrisa completamente borrada ahora de su rostro pálido. Acomodándose casualmente las gafas mientras los zafiros que eran sus ojos se hacían paso hacia los de los Aliados ante él.

Sin nada que le interrumpiera como la última vez, la mano de Philippe extrajo rápidamente la pistola oculta, apuntando después. Si el mago de blanco estaba sorprendido no tenía ninguna prueba visiblemente reflejada en su cuerpo. – ¿El que olvida matar a sus enemigos viene a hablar de muerte?

El mago se rió entonces, por poco tiempo pero con genuinidad. Ninguna arruga se le formaba en la cara, dando a entender su juventud. No tendría más de treinta y cinco años, se aventuraría Philippe a adivinar. Rango de edad muy ideal para convertirse en

un mago experto, si iniciaba con relativa juventud sus estudios. Dudaba que no fuera el caso. Con solo verlo sabía que estaba en una liga diferente a otros que hubiera conocido antes. Más parecido al nivel de monstruos como Galya o Ruprecht von Einzbern, quien solo moriría a manos de un Servant. Podía ser hasta superior, si su calma era indicio de algo.

– Me atrapaste ahí – dijo al fin. – Pero usualmente es mortal que algo te aplaste de la forma que lo hizo contigo. Ello sumado a las prisas que tenía son mis excusas. No quiero saber en realidad cómo te salvaste. Solo voy a querer terminar el trabajo. Y el tuyo también, Galya. Sabía que no ibas a huir.

– Eres un Tohsaka – dijo Galya sin inmutarse ante la amenaza. La identidad del mago de blanco era lo único que le había interesado. – Antes no me había fijado. Esos ojos azules tan antinaturales son cosa de ustedes. ¿Los Einzbern te mandan a hacer los mandados? Nosotros habremos renunciado a las Tres Familias Nobles, pero eso siempre es mejor a ser el perro faldero del *führer*.

– Sabume Tohsaka a tus servicios – se presentó con una reverencia. – Y no es una cuestión de fidelidad, sino de conveniencia. Mientras a mi familia le siga conviniendo trabajar con los Einzbern, eso haremos. A tu padre simplemente dejó de servirle, y por eso estamos como ahora. No es que lo culpe realmente, pero si hubiera sido más inteligente habría esperado.

– Pobres idiotas son ustedes. Mientras más tiempo pase, más difícil va a ser buscar alguna clase de resistencia, no ya mantenerla. ¿Ves esto que nos rodea? Es triste pero necesario para evitar algo todavía peor.

Un segundo par de pasos interrumpió cualquier otra cosa que pudiera decirse sobre el tema. Estos hicieron su camino de entre el medio del caos, no trayendo consigo ninguna calma seguridad como los de Sabume habían sugerido. Eran exactamente lo opuesto. A duras penas no se arrastraban, pero aquellas botas celestes insistían en no caer rendidas bajo ningún concepto. Lancer parecía un cadáver. La armadura completamente destruida, muerta tanto por cortes como por la perforación de flechas. Sangre seguía cayendo de las heridas, empapando el suelo y alimentando los pequeños fuegos alrededor. Seguían sin tener tiempo para tratarse, solo para continuar su andar. Igual a como hiciera mucho tiempo atrás, cargaba otro cuerpo a sus espaldas. De cabello tan rubio como el suyo, casi hermanos parecían. Con una dificultad que se le hizo titánica, Lancer dejó el cuerpo malherido e inconsciente de su Master en el suelo, la espalda apoyada en unos escombros. Antonio Varduzzi todavía respiraba, si acaso muy débilmente. Cuando Lancer levantó la vista del cuerpo tendido del hombre, por un segundo reparó en los que supuestamente tendría que enfrentar, pero hizo caso omiso de ellos. En su lugar era la Torre Eiffel lo que le ocupaba toda la atención, que concentraba todo sus deseos de venganza y victoria. Pese a que el cielo era completamente azul ahora, pudo ver que quedaba una pizca de rojo en el monumento que le había castigado tan severamente con su munición. Esperando por él en aquella cima, como un Monte Olimpo al que hubiese desafiado.

– Tómatelo con calma, – le dijo Sabume. – Por cómo te encuentras, no va a ser una muy buena idea que...

Con un salvaje rugido de león dorado, la lanza en su mano y usando lo último que quedaba de sus fuerzas, Lancer le interrumpió y se puso en marcha hacia el gran

campo de batalla. Ante la incrédula mirada de los allí presentes, que lo vieron correr y saltar a gran velocidad sobre la torre, escalándola. Pronto desapareció de toda vista. Y el estallido que oyeron todos superó en incredulidad la desesperada lucha de un Servant que no pensaba perder. La explosión tomó la forma de una gran bola de fuego sangriento, instantes después que le vieran la forma de una flecha gigante, del mismo color. Se esfumó al mismo tiempo que se hizo paso, llevándose consigo la cima de la Torre Eiffel, la cual cayó como una suerte de meteorito sobre la ya castigada París. Dos pequeñas figurillas creyó distinguir Philippe tras aquello. A una la rodeaba el fuego y el humo, y no hacía un solo movimiento para impedir caer inertemente al suelo. Una lanza de oro le acompañó en la caída. La otra, más ágil, inmediatamente se aferró al cadáver decapitado de la torre, que utilizó para descender rápidamente al suelo ardiendo.

– Archer pudo haber muerto tras haber obtenido la gloria en el Monte Dingjun – declaró Philippe, mirando exclusivamente a los ojos del odiado mago. Boquiabierto y atemorizado del despliegue que acababa de presenciar. Philippe apartando momentáneamente de su cabeza el shock de haber presenciado la muerte del símbolo de su ciudad. No era ahora momento de lamentos. – ¿Pero cuántos enemigos murieron antes, en ese infierno tan lejano? No quiero que te engañes. Está de regreso ahora, y el papel de malo te toca a ti.

Disparó entonces, al mismo tiempo que una impaciente flecha apareció de entre las llamas, reclamando el cuello de Sabume Tohsaka. El mago reaccionó rápidamente con un gesto con las manos, indicando al aire alrededor que desviara la trayectoria de los dos proyectiles. A unos centímetros habían parado a estrellarse, salvándose este por unos pelos. Más ataques le esperaban, no obstante, y Philippe pensó esperanzado de que no pudiera detenerlos todos. Eran tres contra uno, una ventaja muy importante contra cualquier cosa que no fuera un Servant. Galya no tardó en aportar su mano destructiva tampoco, y mediante sus hilos púrpura intentó reducir la movilidad de Sabume, pretendiendo acercarse cada vez más al hombre con tal objetivo. Este respondió con una magia verdosa, una esfera de energía que arrojó en su dirección. Galya no fue lo suficientemente veloz, y la esfera terminó impactándole en el brazo derecho. Entre sorpresa y dolor profirió un alarido. Instantes después todos notaron como la tela de su traje gris comenzaba a deshacerse en la zona donde se había propiciado el impacto. El rostro de Galya era una oda al horror para entonces.

– ¡Disparenle! – ordenó ese segundo, no pensando en sí misma. – ¡Le obligarán a usar magia de aire para desviar los proyectiles! ¡Tiene que hacerlo para que no pueda volver a atacar con esa magia!

– ¡¿Con qué está atacando?! – preguntó Philippe al momento de disparar otras dos veces el arma.

Archer, quien ya estaba a vista de todos, fue un paso más allá, y de una forma que solo un Servant podría explicar, en lo que dura un parpadeo la mano del espíritu ya había lanzado cinco flechas asesinas, todas buscando la sangre del mago japonés. Este era un rayo blanco con patas, de modo que tres logró esquivar, pero para las otras dos se vio utilizado a valerse del aire para desviar tanto las flechas como las balas que se le arrojaban. Algo que claramente no deseaba hacer, dado su semblante. Prestándole nuevamente una fugaz atención a Galya, Philippe vio que rápidamente se desprendía

del traje de mago que llevaba, pasando a inspeccionarse con desesperación la zona de impacto del ataque. No tenía nada en la blusa púrpura, pero no le impidió valerse de fuego mágico para envolver mortalmente el traje, que se incendió inmediatamente.

– Es un ataque biológico – dijo Galya al fin, apagando las llamas una vez consumieron la prenda. Un poco más calmada estaba, pero no menos atenta. – Entre la familia Tohsaka existe un mago que aprendió a imbuir de propiedades mágicas una serie de distintas familias de bacterias. Son especialmente peligrosas porque basta el contacto con la piel para causar daños muy graves en el organismo. Mi padre me previno especialmente de ese mago, diciéndome que se lo dejase específicamente a él, caso de encontrarlo. Nunca... pensé que sería precisamente este quien me encontrara antes a mí. Que esté aquí significa que los miedos del Eje son bastante más grandes de los que creíamos.

– Conoce bien a todos los miembros de la familia con la que te enemistas – le reprendió Sabume, también excesivamente atento a los ataques repentinos con los que podían estar esperándole. Cautó particularmente de Archer, a quien miraba con más atención. – Pero no voy a culparte por desconocer que ese mago soy yo. Es mi secreto más valioso, dado su potencial. Solamente unos pocos selectos sabían de su existencia, entre los que está ese asqueroso vampiro a quien llamas papá. Si algún rencor le guardo, es ese.

– ¿Qué hacemos? – preguntó Philippe, repentinamente inseguro. *Luchar contra un mago es una cosa, pero bacterias...* entonces recordó el comentario de Galya sobre el aire. – ¿Por qué dijiste lo del aire? ¿No puede lanzar sus bacterias si utiliza esa magia?

– Claro que puede. Que no lo haga es una forma de precaución. Tiene que estar completamente seguro de que va a acertar su ataque si piensa valerse de las bacterias. Esta vez fui más rápida y tuve suerte, además de que reconocí enseguida la naturaleza del ataque; pero una vez impactan en un objetivo y actúan, las bacterias finalmente mueren para prevenir que se expandan tras acabar con el huésped. Pero una sola corriente de aire como las que debe utilizar para desviar nuestros ataques y las bacterias impactarían en cualquier otro punto, liberándose de su prisión y esparciéndose por todo alrededor. ¿Cómo las controlas entonces?

– A mí me parece bastante sencillo – convino Archer, adelantándose osadamente. – Solo hay que ser más rápido. Y una muerte rápida no es lo que te mereces, Tohsaka. Es gracias a la influencia de tu familia que mi tierra natal sufre las consecuencias de este conflicto. Imagina cómo me quedó la cara cuando escuché a la chiquilla decir tu repugnante nombre. Si cambié de bando fue solo para tener una excusa para verlos muertos a cada uno de ustedes.

Arrojando el arco a un lado, Archer materializó en su propia mano el dao. Una batalla a distancia sería inútil mientras el mago se valiera del aire para desviar la munición, pero con un arma blanca en las manos, Archer cambiaba completamente el estilo de combate. Sencillamente no habría tornado lo suficientemente fuerte como para detener el hambre de sangre. Qué mejor forma de recuperar fuerzas tras bajar del Monte Dingjun, decía la sonrisa del Servant. Sabume fue el primero en reaccionar, echando el cuerpo hacia atrás y disparando una clase distinta de magia. Esferas azules, eran estas. Archer probaba evitando algunas y cortando las que podía. Galya había indicado a Philippe que tomara distancia, pues ahora la batalla pertenecía solamente a

aquellos dos. No pudo hacer más que darle la razón, demasiado peligroso sería dar un solo valiente paso. Ella hizo otra cosa, además, que le desconcertó. Tanto su pecho como el de ella estaba repentinamente cubierto por sus hilos violetas. No le lastimaban, estos, sino que simplemente reposaban sobre su cuerpo como un extraño vendaje.

– Para protección, – respondió Galya cuando le preguntó el significado de todo aquello. – Lo necesitaremos.

Él asintió, no preguntando nada más. Tenía la sensación de que era algo que no quería saber. En lugar de ello Philippe llevó toda su esperanza al arma en sus manos. Estaba preparada a diferencia suya. Podía apuntar a una zona no letal solo para que así Archer tuviese el premio que quería. Eso podía dárselo, si dejaban de moverse tanto. Desprovisto de su mejor carta, Sabume no se le antojaba tan mortífero ahora, pero era verdad que peleaba contra un Servant. Este era por sobre todas las cosas, un ser inmaterial. No tenía carne de la que las bacterias pudiesen alimentarse. Los dos monstruos luchando lo sabían muy bien. Así y todo, Philippe reconocía que se engañaba a sí mismo con su juicio. El mago se movía de una manera tan precisa que costaba seguirle todos los movimientos, y el rostro, pese a que era uno que sabía que tenía la peor clase de arma que el mundo hubiera visto, no cedía a la presión del error, al miedo por lo que está por encima de la humanidad. Era como él, en cierta forma, quien hacía frente sin magia a un mundo mágico. *Pero estoy seguro que este tipo es la clase de persona que liberaría a todas las bacterias que hubiera en su poder si sabe que está en una batalla que no puede ganar. Nos conviene a todos que lo mates enseguida, Archer.* Viendo la situación, era algo que parecía poder ocurrir en cualquier momento. Cada corte que Archer hacía iba con la intención de matar. Verlo era para Philippe como volver a la noche en el aeropuerto, cuando combatió contra Saber. Era un entrenamiento aquello, y sin embargo le dio la sensación que Archer lo disfrutaba tanto como una guerra real. ¿Qué estaría pasando por su cabeza ahora que vivía lo que había estado esperando? Quizás la feroz patada que hizo volar al mago fue lo más parecido a una respuesta que pudo encontrar. *Es el fin*, pensó con ilusión tras ver el dao de Archer a punto de perforar el corazón del abatido.

El filo del arma sí que perforó algo, el césped quemado, pero ningún corazón humano. Tanto Philippe como su Servant llevaron la sorprendida mirada al dao aún en aquellas manos guerreras. Lo encontraron roto a la mitad, con la hoja inmóvil en el suelo.

– Eres cruel, Assassin – dijo Sabume. Un chorro de sangre le bajaba de la cabeza hasta el mentón, pero ni así dejaba de sonreír. – Viste que no podía encargarme yo solo del enemigo y ni así quisiste darme una mano antes.

Y por toda dirección imaginable una risa de mujer se burló socarronamente. Deleitada, era la sensación que la risa daba a entender; y deleitable era la risa que se oía, endulzando hasta el infierno. Philippe paseó el ojo metálico de la pistola por doquier, imperturbable, o intentando parecerlo al menos. ¿Por qué encontraba la oscuridad alrededor si el cielo aún no había dejado de alegrarse por recuperar el azul?

– Me habrá engañado tu carita de confianza y tranquilidad – dijo una voz de mujer, en todas partes y en ninguna donde pudiera verse la figura que la provocaba. –

¿Montabas un espectáculo de tipo duro para tus amigos o de verdad pensabas que acudiría en tu auxilio?

– Quizás es un poco de ambas – afirmó a la nada, sonriendo a la nada. – Pero poco me complacería más que verte ahora mismo, gran dama.

– *Haaian'da* – exclamó ahora en un lenguaje único, desconocido. Se escuchaba algo exasperada, también. – Si yo siempre he estado aquí – dijo Assassin, retomando la meliflua voz ahora. No una sola esta vez, cientos de ellas, todas iguales. Una especie de eco desconcertante que reverberó por todo el Campo de Marte, quizás hasta extendiéndose más allá.

Philippe escuchó la agitada respiración de Galya a su lado, y pronto hasta la suya se tornó intranquila. Vieron entonces una criatura negra, una sombra animal, con los ojos del mismo rojo que también hubo en el cielo de Archer. Color que Philippe ya no vería como antes, y que odiaría eternamente. Una pantera era esta criatura, inmóvil, con una boca abierta enseñando largos dientes oscuros. No habría podido comenzar a explicar dónde habría salido tal animal, ni tampoco que habría jurado escuchar aquellas palabras salir de sus propias fauces felinas.

– Siempre he estado aquí – repitió la bestia para horror de Philippe, que ahora confirmaba que sí podía hablar. Y no venía sola, comprobó aterrado a niveles todavía mayores. No solo un miedo que estaba despierto, sino que ya no dormiría nunca más.

– Siempre he estado – repitió la loba recostada sobre los escombros a unos metros a la izquierda de la pantera.

– Siempre aquí, – agregó una cobra enroscada sobre un farol caído.

– Siempre – dijo la cierva oculta entre los árboles.

A medida que los ojos danzaban sin control por los alrededores, un animal distinto se podía encontrar, negros todos ellos, como si fuera la noche dividida en cien cuerpos. Teniendo nada más que la mirada roja para desafiar la voluntad del negro. Repetían la misma oración, estas bestias oriundas de un zoológico demoníaco. Philippe distinguió la misma consternación en el semblante de Galya, en el de Archer, que miraba a los animales con una extraña mueca, como si hasta él tuviera problemas en creer lo que veía. *¿Es que esta pesadilla no se va a acabar nunca?*

– ¿Qué... carajo se supone que es esto? – no pudo hacer más que preguntarse, incrédulo. – ¿Qué eres?

Fueron unos susurros aquellas preguntas que se había hecho para sí mismo más que nada, y que nunca esperó ver contestadas. Pero los animales le escucharon, y todos llevaron sus mil ojos rojos a los dos suyos, a una pelea que no podían ganar.

– De Babilonia venimos – dijeron aquellos monstruos al unísono. – Babilonia somos, igual que el cadáver de una ciudad que ya no existe. Igual que los males del mundo que la tomaron como suya. Por título llevamos Madre. Por descendencia nos pertenecen las Prostitutas, las Calumnias y las Abominaciones de la Tierra. Somos pues, la Madre y la Ramera de Babilonia a la vez – dijo la chica de cabello negro, misma que Philippe hubiera visto en el burdel aquellas noches que se le hacían tan lejanas.

Galya se lo había dicho y no lo quiso creer. La vio ahora y aquello tampoco cambió. Recordaba sus ojos castaños brillar con travesura, ahora si brillaban era por la sangre reflejada en ellos. De su cuerpo sensual y femenino, Philippe podía verlo todo, ya que ella nada ocultaba. Sus blancos brazos en jarra, su delgada cintura, el tamaño y la

firmeza de sus pechos expuestos, la invitación de aquellas piernas largas, la gatuna sonrisa, tan tentadora. Una imagen que habría resultado una delicia para cualquiera, en cualquier día; pero no para él, y no en ese momento. Estaba asqueado, o habría querido estarlo, luchaba por sentirlo. No le mantuvo la vista a la chica por mucho más tiempo, derrotado. No habría sabido cómo pelearle. En ese momento fue la voz de Galya la que se hizo paso. También sonaba asustada, eso él lo sabía bien, conocedor del miedo como era, pero ella le mantuvo la mirada a la mujer. Ante eso no pudo sentir más que admiración.

– Fuiste tú quien derrotó a Castle, con un solo movimiento y sin que nadie pudiera darse cuenta hasta que ya fue muy tarde. Y si Saber está muerto se debe a que estás aquí. No vas a tomarme por sorpresa una segunda vez.

Un milagro violeta fue lo que ocurrió a continuación. Un millar de hilos, ocultos en cada pequeño rincón del lugar, emergieron formando una telaraña gigante, atrapando a los animales y a la dama que los dirigía. Una trama preparada por Galya, esperando por el momento oportuno, con la llegada de Assassin. La magia Makiri es un estilo que se basa en la apropiación, de poner en contra la fuerza del oponente. Una lucha donde en realidad la víctima pelea consigo misma. En magos, extrae vitalidad y sangre, quitándole potencia a su magia y aumentando a su vez las cualidades de la invasora; de usarse en seres humanos, el efecto sería el mismo, pero la cualidad sería inferior, pues su organismo, su sangre, no está acostumbrada a lidiar con el estrés. En el caso de los Servants no hay fuerza que pueda robarse, pues la suya está por fuera de los convencionalismos del mundo material, y solamente sus cuerpos enérgicos pueden soportar su poder. Un mago no puede pretender usar una herramienta que no está construida para él. No puede apropiarse de algo que no existe en su mundo. Y la magia ciertamente no es un sistema ideado para quebrantar tales reglas, es exactamente lo contrario. Por eso los animales atrapados chillaron adoloridos, porque sintieron su propia fuerza en contra, su magia rebelándoseles mientras aquellos hilos tocaban sus sombríos cuerpos. Era un ataque invisible, pero que se sentía incluso sin necesidad de poseer ojos. Así resultaba mejor, de todas maneras. No fue hasta que los animales perdieron su forma completa que los desgarradores gritos dejaron de oírse, y para mucho antes incluso, el cuerpo desnudo de Assassin presentaba las mismas heridas y magulladuras que sus criaturas habían sufrido. Los brazos le colgaban, flácidos ahora, los huesos en su interior rotos y aplastados, pero de alguna manera no robándole el equilibrio a la mujer, cuyos finos pies descalzos todavía aplastaban el césped con una imposible firmeza. Su cuello, también partido, dando lugar a que se le inclinara la cabeza hacia la izquierda, con el largo cabello negro sufriendo una serie de efectos distintos. Burbujeaba, ardía, caía y hasta sangraba incluso. Debajo, sobre el césped calcinado por el fuego, se formó un enorme lago rojo. Y ni un solo alarido, ninguna exclamación había escapado de sus pequeños labios cerrados. Su rostro, hermoso incluso en esa deformidad tan absoluta, se mantuvo igual de impassible, completamente ignorante de todo el dolor que carcomía su cuerpo. O que debería estar carcomiéndolo al menos. Finalmente no pudo evitar perder toda su forma, y la blanca piel que le envolvía comenzó a resquebrajarse, a pasar por el proceso de ruptura que antecedió la transformación de un cuerpo a otro, hecho este enteramente

de negro y sombras. Assassin estaba perdiendo hasta la forma de un espíritu, en otras palabras. Y ni siquiera con ese destino impuesto su rostro expresó una sola cosa.

– *Haaian'da* – repitió con un suspiro, momentos antes de que una gran mancha negra quedara como prueba de que una vez estuvo ahí. Ni el mar de sangre quedaba.

Lo siguiente fue el silencio total, como no sabiendo interpretarlo. Fueron testigos de una escena tan espantosa que ni con todas sus vidas juntas llegarían a olvidar lo que sus ojos divisaron. Philippe particularmente seguía observando el punto donde antes estuviera la chica desaparecida. Le temblaban las manos, se dio cuenta cuando oyó el sonido de la pistola cayendo. A su lado Galya no estaba nada mejor. La oyó suspirar, queriendo creer que de alivio, y de repente sus brazos impidieron que cayera al suelo. Estaba todavía más pálida que Assassin.

– Eso fue increíble – le dijo intentando animarla, pero se dio cuenta tardíamente que justamente era la palabra que mejor describiría todo lo que habían experimentado hasta ese momento exacto. Increíble. Un terror increíble.

– Cállate, Rouxel – exclamó Galya con cansancio. Los ojos apenas dos rendijas entreabiertas ahora. – Dile a Archer que se encargue del Tohsaka. Tengo un mal presentimiento.

Sabume se puso de pie de un salto antes de que el Servant pudiese hacer algo siquiera, y aprovechando tanto el cansancio del Servant como su arma destruida y lejos del alcance del arco, lanzó una de sus esferas azules, la cual impactó de lleno en Archer, cayendo con un gesto adolorido. En el rostro del mago no había señales de espanto. Nada de lo que hubiese visto ese día era algo que le inmutase.

– Mal presentimiento es dejarlo muy corto – anunció gravemente. – Deberían estar temblando de terror, porque esto no termina para nadie excepto ustedes.

En ese momento, Assassin volvió a emerger de la que fuese la inerte mancha en el suelo. El mismo rostro de antes, el cuerpo también el mismo, pero completamente libre de heridas y rasguños. Como si hubiese nacido de nuevo, como si jamás le hubiese pasado nada. Volvió a llevarse las manos a la cintura, a la expectativa de cualquier otro truco. Miró a Archer y miró a Philippe esperando justamente eso, a que les tocara a ellos ahora entretenerla. Se cayó el mundo de este último en ese instante, reconoció cuando miró a los ojos a la chica de cabello negro. La que no tenía nombre, o como Philippe más quisiera llamarla a ella. Ramera de Babilonia era la sugerencia que le había dado. Un trago demasiado amargo para él, una noche demasiado oscura como para soportarla. Incluso Archer estaba abatido y agotado, con una rodilla en el suelo, la vejez le incordiaba ahora, sabiendo además que ya había usado sus mejores trucos. No podía ganar en caso de que Assassin decidiese pelear. Todavía con el cuerpo de Galya sosteniéndose del suyo, pudo escuchar que contenía la respiración. Su mirada, tan desdeñosa antes, reflejaba el miedo más primordial, de supervivencia. *Me hubiera gustado ver la noche una última vez*, se dijo. ¿Qué otra cosa quedaba por hacer?

– Esto termina – confirmó Assassin. Los ojos plenamente rojos. – Para todos nosotros. Ahora mismo. Nos vamos, Master Sabume.

Era Sabume el que parecía un cadáver ahora. – ¿De qué estás... cómo que nos vamos? Los tenemos servidos en una bandeja. ¿Qué mejor oportunidad que esta? ¡No voy a consentirlo, Assassin! ¡¿Me escuchaste?! ¡No lo voy a...!

Una de las criaturas de Assassin, un buitre inmenso que haría palidecer al mayor elefante vivo, apareció silenciando las palabras del mago, a quien se llevó alto y lejos.

– Ese es un problema menos, – dijo de repente. Poniendo su atención ahora en un punto apartado del jardín, hacia unos escombros donde reposaba la figura de un hombre inconsciente. – Con Lancer muerto supongo que el papel de este ha terminado también. – El animal que aparecía ahora en el jardín infernal tenía menos intenciones positivas. Las enormes fauces de cocodrilo que arrancaron la vida de Antonio Varduzzi en un solo bocado chorrearon sangre momentos antes de que la nada misma reclamase la presencia del animal.

– Ese fue... me había preparado para que aparecieras... mi magia... ¿cómo es que estás...?

– Fue una magia muy efectiva, no te engañes, niña. Pero a mí no se me puede matar con destrucción, pues es lo que me da forma, lo que soy en verdad. La idea de ello, su concepto mismo, es quizás lo más parecido que puedo darte en cuanto a mi verdadero aspecto.

¿Cómo palabras tan horribles podían salir de aquella voz tan angelical? Incluso la mirada que Assassin dedicó a cada uno de ellos carecía de toda clase de odio. Era una mirada casi maternal, por lo tanto, pero careciendo también de toda pizca de amor y cariño.

– Muy inteligente haberte cubierto de esos hilos, – prosiguió. – Y cubrirlo a él también. Una pena que no pensara hacer uso de aquellas manos como la primera vez. No habría podido tampoco. Conjurar una figura humana, así sea incompleta, es mucho más demandante que una animal. Bueno, no soy yo la que se especializa en ellas, tampoco. Cuando nos veamos otra vez, harás bien en recordarlo.

Galya se había quedado en silencio, muy cansada y aterrada para cualquier otra cosa. Philippe lo estaba tanto como ella, pero las palabras y la mirada que le mantenía a Assassin eran cosa suya ahora.

– ¿Por qué cambiar de parecer tan rápido? ¿Por qué no tomar este país y mantenerlo bajo su poder de una vez, ahora que puedes hacerlo? ¿Por qué engañarme?

Cuando Assassin le sonrió exactamente a como le había hecho en el burdel, Philippe se arrepintió inmediatamente de haber dicho cualquier cosa. No había salvado su ciudad, se dio cuenta, se la estaban regalando. Y Assassin lo sabía claramente.

– Es la voluntad del Santo Grial. Escuché sus palabras muy claramente, cuando la chica me despojó de mi forma espiritual ese breve instante. Es algo que tiene vida propia, y que vino de muy, muy lejos. Piensa y siente como cualquier otro ser vivo, si bien algo diferente. Así mismo ve los eventos de un modo distinto, y más lejos que otros. Entre otras muchas cosas que hasta yo desconozco, desea que Alemania defienda con uñas y dientes su territorio, y que los Aliados peleen de igual forma para conquistarlo. Quiere que el conflicto se extienda, enemistándose con la voluntad de los Servants, que desean nada más que reclamarlo. A la larga esto significa que el número que no era muy grande al principio será incluso más pequeño al final. Aparecerá solo entonces, ante el que mejor haya demostrado comprender su naturaleza.

– ¿Y qué pasa si las cosas se vuelven peor si se presenta?

– Estoy segura que sabes la respuesta a esa pregunta. *Haaian'da*, Philippe Rouxel. No intentes mirar más allá de la noche si ansías la bendición, o ya no te protegerá.

Y con aquello dicho, el cuerpo de Assassin volvió a sombrearse y desapareció nuevamente. Al mirar al suelo, no quedaban rastros de la mancha negra. Al mirar alrededor, no quedaban rastros de batalla sucediendo tampoco. Se podía decir que los Aliados habían ganado, al Eje quedarse sin sus mejores armas, pero no era una sensación de victoria la que se olía en el aire. Si acaso, el único paso que se había dado realmente era el que los llevaba a todos más cerca del paciente infierno. Para Philippe Rouxel, era lo único a lo que podía darle sentido.



CAPÍTULO 4: EL SEGUNDO DÍA

Momo anda tranquila hasta la Yūei, al día siguiente de la Evaluación de Quirk. Sabía que normalmente los únicos momentos de paz que tendría serían tras pagar el chantaje y hasta volver a realizar el pago, así que usaría el tiempo libre de esa preocupación lo máximo posible. Suspira al llegar a la entrada de metal.

—Bueno, a otro día que voy... —se dice Momo pasando por la entrada que da al recinto de la Yūei y viendo la escena que ocurre cerca de la entrada al edificio.

—¡Increíble increíble increíble! ¡No puedo creer que seas tú! ¿Puedes relatarme cómo fue todo eso? ¿Sentiste miedo? ¿Emoción?

—Y-yo, esto, pues, v-verás...

Midoriya está completamente rojo, tartamudeando y sin saber ordenarse ninguna idea debido a que una hermosa y bien proporcionada joven de largo pelo azulado, más alta que el chico y que a Momo no le suena de la clase invade su espacio personal sin parar de preguntarle cosas. Al lado del joven están Uraraka e Iida, que tienen la cara de no saber qué hacer, hasta reponerse un poco.

—¡Oye! ¡No puedes sólo correr de la nada y empezar a agobiar a Midoriya!

—¿¡Así que te llamas Midoriya!? —pregunta contenta la joven, ignorando sin querer a Iida—. ¡Quiero saberlo todo, por favor! —Midoriya traga saliva al tener a la chica tan cerca.

—Esto, no haces más que ponerlo más nervioso —dice Uraraka al ver a su amigo rojo—. Además llegaremos tarde a clase y...

—¿Ah sí? —pregunta la joven de pelo azul, mira a Midoriya—. Vaya, perdonad mi insistencia —se aleja un poco y les mira sonriendo—. Mi nombre es Hadō Nejire, de la clase 3-B, y quería saber todo sobre ese suceso —andando junto a ellos.

—¿Ése suceso? —pregunta Momo, ya uniéndose a los cuatro estudiantes, mientras van andando hacia la clase. Los compañeros de clase la saludan y Nejire la mira.

—Oh, eres la chica de la familia Yaoyorozu, encantada —dice Nejire mirando a Momo, y luego mira a Midoriya—. Pues sí, hace diez meses Midoriya estuvo involucrado en el ser de lodo ese. ¡Lo vi por la tele, Midoriya corrió sin miedo, y le lanzó la mochila al monstruo para salvar a un chico rehén del villano!

—¿¡En serio!?! —pregunta lida asombrado y mirando a Midoriya. Momo también lo mira y recuerda el hecho de ese villano de lodo hace diez meses. Se recrimina el no haberse dado cuenta antes.

—¡¡Ah, es verdad, no te relacioné con eso!! —dice Uraraka mirando a Midoriya, y luego sonrío—. Parece que desde antes de conocernos ya tenías lo necesario para ser un futuro héroe.

—Bueno, solo actúe y ya, nada del otro mundo —dice Midoriya rojo por la sonrisa de Uraraka.

—Realmente tienes una buena memoria, Nejire-senpai.

—Bueno, nací con ese don —dice Nejire mirando a lida con una sonrisa, para seguir contando lo que vio en la televisión—. ¡Y justo cuando todo parecía perdido, All Might aparece! —golpea hacia adelante, imitando a All Might—. ¡Smash! ¡Villano derrotado! ¡Fue alucinante! Por eso quiero saber todo lo que sentiste, Midoriya —dice contenta mirando al chico.

—Bueno, si tengo que decir la verdad fue miedo —dice Midoriya sonriendo tímidamente—. Pero sabiendo que salvé a Kacchan como pude, me siento...

—¿Kacchan? —pregunta Nejire cortando sin querer a Midoriya, ladeando un poco la cabeza mientras su rostro muestra confusión—. Ese sí es un nombre raro.

—No no, se llama Bakugou pero lo llamo Kacchan, desde pequeños lo hice —dice Midoriya, Momo observa al chico.

—Bakugou te daría las gracias por intentar salvarle.

—Pues... Pues no...

—¡Inaceptable! —grita de repente lida, asustando a Midoriya y asombrando al resto—. ¡Si una persona se juega la vida para salvarte, dar las gracias es lo mínimo que debes hacer!

—No pasa nada lida-san, Kacchan es así, puede que en el fondo si lo agradeciese...

—¿Seguro?

—Seguro seguro —dice Midoriya de forma atropellada, Momo mira al chico con unos pensamientos pasándole por la cabeza.

—"Después de que no te de las gracias por intentar salvarle, e incluso que intentase atacarte en la Evaluación de Quirk, lo sigues llamando como un amigo" —piensa Momo, ya cerca de la clase 1-A. Nejire se adelanta al grupo y girando sobre sus talones, les mira.

—Bueno chicos, yo me voy ahora a ir a mis clases —dice Nejire sonriendo—. Adiós, suerte con todo, y Midoriya... Gracias por venir a la Yūei —tras decir eso se marcha a su clase, dejando a los cuatro chicos de la clase 1-A.

—Es... —dice Momo, pensando en la palabra más apropiada para describir a Nejire—. Peculiar —lida asiente.

—Lo llamó con un 'chico' varias veces y como no nos giramos al pensar que no iba a nosotros, corrió para hacerle todas esas preguntas hasta quedar casi pegada a él.

—Entiendo —dice Momo, y todo el grupo entra al aula 1-A donde les esperan el resto de sus compañeros justo a tiempo para que Aizawa entre poco después.

Las clases de la mañana son las normales, como tener Inglés y Matemáticas. En ellas prevalece Momo, aunque tampoco se queda atrás en las demás, demostrando por qué es denominada una genio al responder afirmativamente todas las preguntas y ejercicios que hacían.

La hora del almuerzo es la más sorpresiva para Momo: los platos que se podían elegir tenían la categoría gourmet, y además a precios accesibles para todos, lo que causa el ambiente animado que existe ahora mismo.

—¡Es increíble, estos son granos de arroz arborio! —dice Momo sorprendida al ver el arroz blanco. Las que se han sentado con ella son las estudiantes Ashido, Hagakure y Kyouka.

—¿Yaomomo, eso es extraño? —pregunta Kyouka mirando a Momo. Al final el apodo que inventó Ashido para ella se extendió a todas las chicas de la clase y le gustó tanto que pidió que la llamasen así, si podía ser.

—¡Claro que sí! —dice Momo contenta y mirando a las chicas—. Fue cultivado originalmente en el Valle del Po, Italia, y es ideal para la preparación de arroces cremosos —prueba un poco del arroz, y se transporta por un momento a un mundo de ensueño—. Es increíble... Muchas gracias por la comida, Lunch-Rush —le agradece al héroe que cocina en la cafetería, quien asiente alzando el pulgar.

—Gracias, sabía que el arroz blanco arborio sería una comida de lo más comfortable —dice el héroe cocinero despidiéndose, y Momo mira a las chicas al pensar en lo ocurrido antes de empezar las clases.

—Ah chicas, no imagináis lo que pasó al venir...

Mientras Momo y sus ahora nuevas amigas disfrutaban el almuerzo con la conversación, en una mesa algo más alejada hay dos chicos junto con Nejire, escuchándola.

—¡Midoriya Izuku, el chico que se atrevió a ir contra el villano de lodo hace diez meses! ¡Está aquí, en la Yūei!

—¿En serio? —responde de forma alegre un chico de pelo rubio en estilo tupé, con ojos de lo más extraños y negros, y cicatrices en sus brazos—. Parece que han aparecido sorpresas este año.

—¿Lo dices por el hermano de Ingenium y la hija de los Yaoyorozu? —pregunta el chico de cabello oscuro y desordenado, mirando a Nejire—. Es interesante que los hayas conocido... Aunque casi te cuesta un retraso de asistencia.

—Es verdad, nos preguntábamos dónde estabas.

—Lo siento Mirio, Tamaki —se disculpa Nejire riendo y rascándose la nuca, luego mira a Momo aunque su vista va a otra persona—. ¿¡Quién es ella!? —pregunta mirando a Ashido con un brillo deslumbrante en sus ojos. Justo iba a levantarse de su sitio cuando Tamaki la obliga a sentarse, provocando que Nejire le mire con una expresión de molestia infantil en el rostro.

—Nejire, ¿qué te dijimos sobre invadir el espacio personal?

—Pero son cuernos. ¡Pequeños y graciosos cuernos! ¡Y su piel es rosa! ¡Es genial! ¿No puedo preguntar cómo es que los tiene, si es por su Quirk o es que su familia es así?

—Vamos Tamaki, no seas tan serio —dice Mirio riéndose por la actitud de ambos—. Aunque Nejire, debes tener cuidado, quien sabe cómo se sintió Midoriya al empezar a hacerle tantas preguntas.

—Pues estaba rojo, tartamudeaba mucho y...

—No es eso a lo que me estaba refiriendo —dice Mirio sonriendo, Tamaki niega la cabeza. El moreno recuerda el sobrenombre dado por el propio director para los tres, aquellos que mostraron un potencial increíble a finales del segundo año.

—Los Tres Grandes: formados por un optimista al máximo, una chica infantil y yo —dice Tamaki aunque sin escuchar la pequeña queja de Nejire sobre llamarla infantil, que sólo es curiosa—. Que seamos tan distintos entre nosotros, jamás pensaría que estaríamos como estamos ahora.

—¡No pienses así, Tamaki! —dice Mirio sonriendo y dándole palmadas en la espalda a su pesimista amigo—. Todos somos amigos, compañeros y futuros héroes profesionales, así que es normal que estemos juntos.

—Supongo que tiene sentido, si lo ves de esa forma —dice Tamaki, mira a Nejire quien ve irse a Midoriya junto con Iida y Uraraka—. ¿En qué piensas?

—Midoriya me recuerda a ti, Mirio —dice Nejire, sonriendo—. Tiene un aura...

—¿Aura? —preguntan confundidos los chicos.

—Cierto que no es tan alegre como tú, ni tan alto, ni tiene el pelo rubio... Pero al ver su hazaña contra el ser de lodo, me recordó a ti el día que hicimos las pasantías en primero.

—Bueno, vi cómo había un robo durante la vigilancia y me fui a detener al villano —dice Mirio con alegría al recordar, a lo que Tamaki le responde.

—Pero ni esperaste al héroe profesional con el que ibas, y el villano tenía un Quirk de metalurgia, lo que le hacía un duro contrincante contra gente de ataques físicos.

—Lo sé, me llevé una buena antes de que Rail-gun venciese al villano —dice Mirio recordando el pequeño regaño del profesional que lo supervisaba por lanzarse sin pensar en las consecuencias. Nejire ve a Momo levantarse, dejar su bandeja vacía e irse con sus amigas y la saluda, sonriendo.

—¡Adiós Momo, que las clases te vayan bien! —anima Nejire, llamando la atención de todos los estudiantes cercanos al haber gritado para que se le oiga.

—Nejire, en serio —se dice Tamaki incomodo por tener a tanta gente mirándole, mientras Mirio se ríe.

—¿Así que es ella, la chica que se lanzó a por Midoriya? —pregunta Hagakure, Momo sonrío.

—Yo no diría tanto lanzarse, solo acercarse demasiado.

—¿¡Y si desde esa actuación heroica Nejire se enamoró de Midori-kun!? —pregunta Ashido mirando a sus amigas.

—Eso solo existe en las novelas románticas —dice Kyouka mirando a Ashido y Hagakure, quienes estaban en su mundo de cotilleos y risitas.

—Ella quería saber sobre el hecho del monstruo de lodo, nada más —dice Momo mirando a las chicas.

—Vaya, no sabía que Midori-kun fuese tan valiente —dice Ashido pensativa, Hagakure la mira y sería difícil adivinar que sonrío de manera picarona.

—Vaya vaya vaya. ¿Eso que oigo en tu voz es... ensueño?

—¡No, solo es admiración, eso es todo! —ríe Ashido, volviendo a la clase junto con los demás compañeros. Por alguna extraña razón que las chicas desconocen, Aoyama está deprimido y apoyando la cabeza en su mesa.

—Por qué nadie se juntó conmigo para comer... —se repite Aoyama una y otra vez.

—Ah, nos olvidamos de él —se dicen en voz baja Kirishima y Kaminari, nerviosos al ver la actitud del estudiante. Luego Aoyama se repondría aunque ambos chicos tardarían en ello.

Y en las clases de la tarde, Momo se llevaría otra gran sorpresa. El entrenamiento básico de héroes lo daría una persona especial...

—¿¡Es All Might!?! —se pregunta Momo mirando al Símbolo de paz, quien de manera dramáticamente admirable va a su mesa de profesor—. Desconocía que trabajase aquí.

—¡Es increíble! —dice Kaminari y luego escucha a Tsuyu, la chica con el Quirk Frog-Form, decir que el traje que lleva All Might es el mismo de la Era Plateada—. ¿Era... Plateada? ¿Qué es eso?

—¡Yo te lo diré, todo empezó tres años después de graduarse como Héroe Profesional, donde luchó valientemente contra villanos manteniendo a mínimos los heridos en un total de veintisiete actos terroristas graves! —dice Midoriya emocionado, explicando muchos más detalles sobre la Era Plateada pero para ese entonces a Kaminari le salía humo de las orejas—. ¡Ah, ¿estás bien?!

—Sí, dame unos segundos o minutos para poder centrarme —dice Kaminari ido de la bien larga explicación que ha recibido.

—Yo os daré el entrenamiento básico de héroe, para aprender cómo actuar en cada ocasión existente —dice All Might para que los estudiantes se centren, sacando una tarjeta con la palabra 'Battle' impresa en ella—. Y para ello, haremos... ¡Entrenamiento de combate! —muchos alumnos están emocionados de oír eso, Bakugou es el que más entusiasmado está. Luego All Might señala una pared, y como si esa fuera una señal salen cajas con el número de cada uno de los asientos de cada alumno—. Y para ello cada uno de vosotros tenéis trajes basados en el registro de vuestros Quirk y las peticiones enviadas a nuestra oficina antes de que empiecen las clases. Cuando se cambien, os veré en la zona de pruebas. ¡Vamos!

—¡Sí! —gritan alegres todos los alumnos, Momo aprieta los puños sonriendo para si misma. Por dentro la chica estaba deseosa de empezar a labrarse un nombre.

—"Bien... Este es mi comienzo, el ahora que decidirá todo de mí"

OoooOoooO

Momo anda hacia la zona de pruebas, ya vestida con el traje que pidió: un traje de látex corto ajustado de color rojo intenso muy revelador, exponiendo la mayor parte de su torso, brazos y piernas, con un corte en el centro que permite ver desde su cuello hasta la parte baja de su vientre siendo la apertura con los bordes redondeados, con un cinturón grande de color gris para almacenar enciclopedias y así usar de manera más eficiente su Quirk, una falda color amarillo beige compuesta por dos piezas semi redondeadas con detalles lineales por la parte central de color negro y unas botas de tacón bajo del mismo color rojo que su traje que le

llegan hasta la mitad de la rodilla. Nada más aparecer con los estudiantes oye un golpe cerca y al mirar, observa que Mineta está en el suelo y encima de un charco de sangre.

—¡Dios mío! —dice Momo preocupada y acercándose corriendo hacia Mineta, levantándole un poco—. ¿Estás bien?

—Sí, simplemente vi el cielo —dice Mineta, sonriendo y limpiándose las narices de la sangre causada por su hemorragia nasal.

—Yaomomo, vamos —dice Kyouka para alejarla del pequeño pervertido, la chica asiente y se va con Kyouka—. Esto, Momo. ¿Esa ropa, no es muy... reveladora?

—Sí, pero es necesario que sea así, mi Quirk requiere de mi piel y también requiere de poseer los conocimientos de lo que está hecho tal objeto para poder crearlo. Aunque el traje estaba más abierto en las peticiones que hice, ahora que me fijo.

—Bueno, igual rozabas la ilegalidad y por ello es ahora así —se dice Kyouka con una gota en la cabeza, Mineta las escuchaba a lo lejos con una sonrisa escondida detrás de su mano derecha. Entonces se oyen rápidos pasos detrás de ellos, Kyouka se gira al igual que Momo y Mineta, quien disimula.

—¡Esperen, esperen! —grita Midoriya corriendo hasta alcanzarlos, vestido con su sencillo traje de héroe verde, y todos se fijan en un par de cosas: las antenas del casco son como el pelo alzado de All Might y la sonrisa dibujada es igual a la de él.

—Es obvio que adora a All Might —se dicen todos, Uraraka se acerca a alabar lo genial del traje de Midoriya, dejando al chico muy rojo porque el traje de heroína de la de pelo castaño es ajustado y favorecía sus curvas; mientras que Bakugou chasquea la lengua molesto por ver a quien considera una molestia y le ignora. Cuando se reúnen con All Might, éste se aguanta la risa de ver qué tan obvio es Midoriya.

—¡Muy bien, el entrenamiento empieza ahora! —dice All Might tras tranquilizarse.

—¡Sensei! —dice lida en su traje de héroe, levantando rápidamente la mano—. ¿Tendremos batallas urbanas de nuevo?

—¡No, iremos dos pasos por delante! —dice All Might enseñando dos dedos—. Muchas veces las peleas contra villanos ocurren en las calles, pero los peores se esconden en edificios y lugares abandonados que les benefician a la hora de enfrentarse a los héroes. ¡Por eso, este entrenamiento servirá para aprender las acciones a realizar! —al instante el Símbolo de Paz es apabullado a preguntas como la realizada por Momo sobre cómo se determina la victoria, el temor de Uraraka de si habrá castigo de expulsión, o qué tal genial es la capa que posee Aoyama. Salvo la última las demás son respondidas mediante una libreta a modo de guión que tiene el héroe número uno entre sus manos.

Existen dos bandos: Héroes y Villanos, cada uno formado por dos personas, y se elijen dos equipos al azar en cada tanda, en caso de que se repitan se vuelve a elegir. Los villanos

protegen una bomba nuclear falsa de los héroes, y los héroes deben tocar la bomba para ganar, y también ganan si los villanos son atrapados, como especifica al mostrar la cuerda para las capturas. Pierden si pasan diez minutos del comienzo o si son atrapados por los villanos, y sobre todo, hay que actuar como si esta situación fuese real. Y no hay ningún peligro al fallar. All Might organiza los equipos, usando letras ordenadas según el orden de creación de cada equipo.

—"¡Esto es el paraíso!" —piensa Mineta, por sus adentros llora de felicidad pues está haciendo equipo con Momo—. "Estoy con la chica más buena de la clase, y también de las más hermosas"

—Ganemos esto, Mineta-san —dice Momo sonriendo, ignorando los pensamientos de Mineta.

—S-sí —dice Mineta intentando con toda su fuerza de voluntad el evitar tener otra hemorragia nasal, y luego All Might mete una mano en una caja que pone 'Hero' y otra que pone 'Villain'.

—¡Bien, veamos cuáles son los equipos que empiezan!

ONE SHOT: LOCURA, Y QUIZÁS ALGO MÁS

Una chica de cabello negro y largo, con un traje de estilo gótico y negros y una enorme hacha en su espalda, de la que se ve fácilmente que es de plástico, es escoltada en una furgoneta por tres hombres de blanco.

—¿Así que... A dónde me vais a llevar? —pregunta la chica, Rory Mercury, con una dulce sonrisa.

—Te vamos a llevar a... bueno, cómo diría esto... —dice uno de los médicos, sin saber qué decir. Según los informes Rory Mercury tiene un grave caso de Chūnybiō en el que cree que es una semidiosa de 960 años al servicio del Dios de la muerte Emroy. Por suerte, Rory sólo "segaba" las almas de los criminales así que no ponía en peligro a ningún inocente, aunque en muchas ocasiones tuvieron que evitar que Rory muriese al intentar "matar" a criminales en distintos crímenes ganándose incluso una reprimenda de parte de la chica.

—Vamos a llevarte a un lugar con mucha gente con la que puedas hablar, gente buena... Y gente mala con la que debes tener cuidado—dice el segundo médico intentando ayudar al otro médico.

—¿Debo matar a la gente mala?

—Por Dios, no —dice el primer médico horrorizado por la tranquilidad con la que Rory ha dicho eso—. Nosotros somos... Bueno... cómo lo diría...

—Mi compañero es muy tímido porque es nuevo y cumple el reglamento al pie de la letra, pero debes saber que nosotros somos los Guardianes del Equilibrio —dice el segundo médico, mientras al otro médico le sale una gota en la cabeza.

—"Hiro es muy rápido para intentar conectar con los pacientes" —piensa el primer médico mientras Rory mira extrañada a Hiro.

—¿Guardianes del Equilibrio?

—Si... Verás, existe gente como nosotros que protege a las personas, pero de maneras más mágicas. Les damos a los malvados unas pastillas y un suero especial que los tranquiliza, y evita en gran medida sus actos violentos. A los hombres y mujeres benévolos que perdieron cosas importantes para ellos también los tenemos ahí para ayudarles a superar su dolor poco a poco.

—Oh, ya veo.

—Además, nos llevamos todas las armas que tuvieran ya que están prohibidas. Y eso, me temo, va también por ti. Son las reglas del Altísimo para que los malvados tranquilizados por las pastillas no se pongan nerviosos al ver las armas, y no pueden ser ignoradas por mucho que pudiera.

—Entiendo. ¿Y viviría ahí para siempre?

—Bueno, sólo hasta que Emroy te llame, es decir, en cuarenta años —dice Hiro sabiendo que no tardarían ni uno en curarla y que el Chūnybiō desaparecería, volviéndola una chica normal y corriente—. Espero que nuestro castillo sea de su agrado.

La furgoneta se para y los médicos escoltan a Rory. A ojos de la morena, el edificio blanco del hospital psiquiátrico en realidad es un enorme castillo de estilo gótico y enormes proporciones.

—Es increíble —dice Rory mirando ilusionada el hospital, cuando el segundo médico se acerca a Hiro.

—Ya me dirás tú cómo le explicamos esto al director, nos ha dado la orden de no alterar la mente de los enfermos —le susurra el segundo médico a Hiro, quien le responde en el mismo tono de voz.

—Técnicamente no lo es hasta que no pisa la institución —dice Hiro palmeando la espalda del otro médico—. No te preocupes, verás cómo no va a pasar nada. Rory también tiene un desgarramiento en la percepción de la realidad, así que su mente creará las vidas de los pacientes más fantástica de lo que en realidad es, y quién sabe si podría eso ser una ayuda. Así que intentamos que vea lo que queremos que vea, ¿de acuerdo? —Rory no se da cuenta de la sombra que vigila desde una alta ventana su llegada.

—Rory Mercury —dice el director, un anciano con media cara vendada y un poco de pelo castaño. Se gira golpeando el suelo con su bastón, mira a un enfermero de pelo naranja y ojos amarillos.

—Danzō-sama, ¿qué hacemos con ella?

—Dadle pastillas en su desayuno, comida y cena —dice Danzō mirando al enfermero—. Fū, destruye su hacha y también destruye su ropa tras cambiarla. No va a necesitarla cuando la curemos.

Rory Mercury observa el lugar del comedor, varias horas después de que la lleven a su habitación. La chica, ya vestida con una camisa y pantalones blancos que nunca se pondría aunque Hiro la ayudó diciendo que era ropa gótica, mira a su alrededor observando todo. Había un hombre de treinta y dos años con heridas en medio rostro y abrazando a una muñeca llamada Rin como si su vida dependiera del estado de esa muñeca; una joven rubia que no hablaba desde la muerte de su padre; una peliazul de quince años que dice realizar la magia, pero es una evasión por lo ocurrido con su pasado; incluso había un hombre que se balanceaba

en una silla gritando cosas sobre la juventud... Pero un joven le llama la atención más que nadie: de pelo rubio y algo alborotado, ojos azules como el cielo, y tres marcas en cada mejilla, pareciéndose a los bigotes de un animal. También tenía una mirada triste pues no paraba de mirar la ventana. Rory se acerca al joven.

—Hola, chico —dice Rory sonriendo y sentándose con él, más el joven rubio no la mira.

—Hola —dice el chico con tristeza, para luego mirarla. Rory se lleva una mano bajo su barbilla y sonrío—. ¿Eres una nueva aquí? Soy Uzumaki Naruto'ttebayo.

—Rory, Rory Mercury —dice Rory presentándose ante Naruto—. ¿Por qué estás triste?

—Por nada, de verdad.

—Créeme, ninguna máscara puede esconder lo que de verdad sientes —dice Rory con una sonrisa, Naruto suspira y la mira.

—Es sólo porque recuerdo a mis padres. Un día te ven nacer y al siguiente un ladrón acaba con ellos en la habitación del hospital en el que descansaban.

—Es triste, pero a veces Emroy tiene planes que normalmente no suelen entender los mortales —dice Rory mirando por la ventana—. Sé que la tristeza es un estado pasajero que no conduce a nada más que al sufrimiento.

—¿Emroy?

—El Dios de la muerte, y yo como su semidiosa vine al mundo hace novecientos sesenta años para conducir las almas de los muertos hasta su destino —dice Rory haciendo que Naruto incline su cabeza sin enterarse de nada.

—"¿De qué habla? Todo suena a cuento chino, pero lo mejor es que siga el juego" —piensa Naruto con seriedad. Naruto esta en el psiquiátrico por trastorno de doble personalidad. Por una parte es Naruto, alguien jovial y con sinceras intenciones; y por otra es Menma, alguien más serio y con graves tendencias a la violencia—. Ya veo, novecientos sesenta... Es impresionante.

—¿Verdad que sí? —pregunta Rory con una sonrisa y mirando al chico—. Sabes, normalmente no conozco a mucha gente tan interesante como tú.

—Bueno, es hora de que me presente yo ahora —dice Naruto con un rostro más serio, Rory se sorprende porque, según sus ojos debido al fallo en su percepción de la realidad, le ve con el pelo negro, imagen ya asociada a esa personalidad—. Mi nombre es Menma, Uzumaki Menma.

—Rory Mercury, encantada de conocerle —dice Rory estrechando la mano del chico—. Creo que vamos a llevarnos muy bien. Los tres.

Han pasado cuatro días desde su primer encuentro, Rory come tranquilamente su comida en la cafetería, y deja su bandeja vacía cuando se encuentra con Hiro.

—Hola Hiro-san —dice Rory con una sonrisa.

—Rory, parece que te las apañas bien aquí.

—Sí, como has dicho los malvados están tranquilos y los buenos se aferran a sus recuerdos perdidos. La verdad, la pérdida de los seres queridos es algo que les haría refugiarse en sus recuerdos, como Obito.

—Sí, el pobre ha perdido a todo lo que conoce en un accidente de tráfico —dice Hiro mirando a Obito, quien come todavía aferrándose a la muñeca—. Aun con todo, es nuestro preso más tranquilo, mientras a nadie se le ocurra hacerle nada a la muñeca todo irá perfecto —unas pisadas llaman la atención de todos, era Fū.

—Hiro, Danzō-sama te necesita en su despacho —dice Fū observando a los pacientes. Rory arruga en ceño aunque todavía sigue con su sonrisa: siempre que alguien nombraba a Danzō, era para decir lo serio que es. A nadie le gustaba.

—Entendido, enseguida voy —dice Hiro, dejándole a Fū que esté de guardia mientras visita a Danzō. La morena se aleja del comedor en dirección a la sala de estar, donde debería estar Naruto cuando una mujer pelirroja la empuja hasta la pared antes de que llegue a su destino. Rory iba a atacarla cuando la reconoce: la paciente Piña Co Lada, cada día gritaba incoherencias que todos intentaban ignorar, incluso ella misma.

—¡Tú, huye de aquí, es muy malo!

—¿Que huya de aquí? —pregunta Rory, piensa que se refiere a Danzō—. Bueno, no lo conozco pero yo creo que...

—¡Él es malo, malo, malo! ¡Te hará algo horrible! Yo sufrí por él, no debes enfadarle o puede que sea lo último que hagas —grita Piña Co Lada con auténtico terror en sus ojos, un médico al ver la escena la coge y la lleva arrastras diciendo que debe llevarla a tranquilizarla—. ¡Es malo, huye de él ya! ¡Huye de aquí!

Rory observa extraña cómo se llevan a Piña Co Lada, y decide no darle importancia.

—"Debe de haber sufrido mucho para que esté así" —piensa Rory, dirigiéndose al salón. Ahí lo ve, apoyado en una pared, a ese rubio que siempre le saca una sonrisa—. Hola Naruto.

—Rory, hola —dice Naruto con una sonrisa, se acerca a Rory—. ¿La comida bien?

—Sí, esta rica como siempre —dice Rory con una sonrisa.

—¿Quieres que pasemos? —pregunta Naruto, Rory se lleva un dedo al mentón, pensativa.

—Mmmm, eso no necesita una respuesta —dice Rory sonriendo y acompañando a Naruto a pasear por los pasillos. Irían al jardín pero los pacientes tienen prohibido estar ahí.

—Rory, no imaginaría que tendría a una amiga como tú.

—Ni yo Naruto, somos tan diferentes... Tú eres un humano y yo una semidiosa, normalmente los humanos se arrodillan ante las semidiosas pero tú eres diferente. Eres capaz de verme como a una igual, los demás humanos apartan la mirada ante mi presencia.

—"Más bien es que no te miran desde un principio por estar en sus cosas" —piensa Naruto en su personalidad de Menma—. Si has venido a la tierra, por muy grande que sea tu poder siempre serán como los humanos... No sé cómo explicarlo, te ves como una humana y a menos que pases a otro lugar ya como Diosa te seguiremos viendo como una humana a pesar de tener el poder de una semidiosa... Creo que lo explico mal —intentando explicarlo de varias maneras diferentes, haciendo reír a Rory.

—Naruto, no hay ningún día en el que no me saques una sonrisa —dice la morena sonriendo, y caminando con Naruto hasta la hora en que deben ir a su habitación.

Otro día pasa en el psiquiátrico, y la relación de amistad entre Naruto y Rory avanza poco a poco, todo el tiempo en el que se veían lo aprovechaban. Ese día Rory estaba paseando por los pasillos cuando frente a ella se puso uno de los peores enfermos del psiquiátrico. De pelo plateado y peinado hacia atrás, el llamado Hidan sonrío con malicia.

—Vaya vaya vaya, ¿qué es esta mierda pequeña que pasea por aquí? —pregunta Hidan todavía con su sonrisa.

—Oh, ¿crees que me das miedo alguno? —pregunta Rory con una sonrisa tranquila—. Créeme, vi cosas peores que un abusón alvino.

—Escúchame bien enana asquerosa, me aburro un montón y quiero jugar un poco. ¿Y qué mejor que matar a alguien? Jashin-sama agradecerá el que pueda entregarle su alma.

—Aaaaah, si, Jashin... ¿No es eso una mala copia de Emroy? —pregunta Rory esquivando a Hidan, quien tenía escondido un cuchillo del almuerzo. Al parecer meterse con su "Dios" fue mala idea.

—Qué va a entender una infiel como tú, cuando entregue tu alma Jashin-sama estará contento conmigo —dice Hidan intentando acuchillar a Rory, pero ella esquiva ágilmente el cuchillo y le suelta una patada en el estómago haciéndole soltar el cuchillo. Hidan golpea a Rory haciéndola escupir sangre.

—"¿Puede golpearme? ¿A mí, una semidiosa?" —piensa Rory, intentando quitarse de encima a Hidan pero otra persona se le adelanta.

—¡Quítale las manos de encima a Rory-chan! —grita Naruto haciéndole un placaje a Hidan, de forma que ambos caen al suelo. Puños, patadas, mordiscos, todo tipo de ataques se producían en el combate hasta que el enfermero Fū; y otro tapado hasta solo dejar ver sus ojos, consiguen separarlos y ponerles a ambos una camisa de fuerza. El peliplateado patalea intentando soltarse.

—¡Os mataré malditos, a ti y a la zorra esa! —grita Hidan, intentando soltarse de su camisa de fuerza.

—Ese Hidan, ya ha vuelto a atacar a un enfermero y escapar —dice el enfermero Torune sujetando a Hidan, quien no para de insultar a todo el mundo—. Vamos a enseñarte mejor qué ocurre con los alborotadores como tú —dice mientras que Fū lleva a Naruto también.

—¡Suelta a Naruto, sólo me ha protegido! —dice agarrando de la camisa a Fū, quien se gira a verla. Y Fū la empuja con violencia, tirándola al suelo.

—Si no quieres que tu situación sea peor, te mantendrás callada y alejada —dice Fū, agarrando la muñeca de Naruto con fuerza, tanta que parece que se la va a romper—. Además, es tan culpable como Hidan así que también irá a la sala de castigo.

—¡Oye, me haces daño imbécil! —se queja el rubio mientras se lo llevan los enfermeros. Rory se coge el corazón.

Dolor, frustración, tristeza. Miles de sentimientos se acoplaban en todo su ser, inundando su corazón.

—¿Esta... es la verdadera cara de los Guardianes del Equilibrio? —se pregunta Rory ya enojada—. Me habían dicho el primer día que protegían a los buenos y calmaban a los malos, pero se están comportando peor que los malvados.

Después tendría que hacer algo, y sabía el qué. Salir de aquí.

Con Naruto.

Obito mira la escena, y luego a Rory sufrir por culpa de los enfermeros, sin que la chica se entere de su presencia. Su rostro esta serio, y se aleja lentamente.

—Bastardos... Debo acabar con esto ya. Espero tener suerte hoy.

Ya en la noche, Rory va por los pasillos sabiendo que estaba jugando a algo peligroso. Todos debían estar en sus celdas y las cerraban, pero Rory había abierto con una horquilla de su pelo su puerta para buscar a Naruto a esa sala de castigos. No había un sólo lugar con ventanas por lo que no podía saber si iba bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunta una voz, Rory se gira y ve al médico Hiro—. Debes volver a tu habitación.

—No sin Naruto-kun —dice Rory con decisión en sus ojos, Hiro abre los ojos sorprendido. De todas las posibilidades, que Rory y Naruto se hagan amigos era algo que no había previsto—. Él sólo me protegió de Hidan, aunque realmente no hiciera falta así que no puedo permitir que sufra.

—Insisto en que debes irte a la habitación, mis compañeros no tienen mucha paciencia en esto...

—Te he dicho que no —dice Rory intentando irse, pero Hiro luego cambia su rostro a uno de ira y la agarra del pelo.

—Tú, te he dicho que te vayas a tu habitación, o te voy a tener que arrastrar a ella —dice Hiro con frialdad, entonces Rory recuerda lo que la mujer de pelo rojo decía todo el rato: No se estaba refiriendo a Danzō, sino a Hiro. Al parecer todos trataban a la gente de aquí como basura... No, tenía que huir. Se gira y le da una patada en la entrepierna, haciendo que Hiro se lleve las manos a sus partes con una expresión de dolor, cosa que aprovecha la Mercury para huir—. Maldita hija de... Hacerme el bueno no es lo mío... —el médico alarga la mano y agarra la pierna de la morena, haciéndola caer al suelo de cara.

—¡Suéltame suéltame! —grita Rory golpeando al médico como bien puede, pero Hiro no cesaba y le dio una sonora bofetada. Ese hecho sorprende más a la chica.

—Cállate estúpida, he aguantado demasiado tiempo a los soñadores como tú —dice Hiro sacando una jeringuilla con un líquido transparente, cosa que asusta a Rory aunque no lo muestra—. Es hora de dormir —luego suena un sonoro golpe, que hace caer al médico al suelo. Luego Rory ve a su salvador, portando una bandeja de metal.

—¿Obito? —pregunta Rory al ver a Obito, éste ahora sin su muñeca.

—Genial, llevo dos semanas aquí y no he conseguido nada, tú llegas en una semana y ya empiezas a olerte algo malo —dice Obito mostrando un rostro serio.

—¿Tú, quién eres en realidad? —pregunta Rory, ve la jeringuilla que el médico iba a usar contra ella y se la guarda rápido.

—Te lo explicaré luego, ahora tenemos que buscar a Naruto. Pero puedes considerarme un aliado tuyo.

Rory asiente y corre por los pasillos seguido de Obito, acabando en uno en donde no se reconoce nada. Entonces oyen unos característicos gritos.

—¡Sacadme, por favor! ¡Quiero verla!

—Naruto —dice Rory con una sonrisa, hasta que un grito de Naruto la hace temblar, de una manera que jamás haría. Se acerca rápido a una puerta con el cartel de "Solo personal autorizado"

—¿Es normal nunca haberse enterado de la existencia de esa puerta? —se pregunta Obito con una gota en la cabeza, y abre poco a poco la puerta. Con horror, ambos observan a un médico activando una extraña máquina y electrocutando a Naruto, con numerosos electrodos en su cuerpo y casi sin ropa. Hidan estaba igual físicamente, aunque en él la electricidad fue peor pues está inconsciente.

—No vas a ver a esa Rory Mercury, es una mala influencia para tu recuperación —dice el médico mirando a Naruto, que muestra su personalidad de Menma y mira furiosamente al médico.

—¡Tú no eres quién para separarnos! —grita Naruto, consiguiendo que el médico electrocute su cuerpo hasta que Naruto baja su cabeza cansado.

—Los enfermos no deben relacionarse entre sí de esta manera, pase que Hiro intente ser amable pero tu pelea por ella ha empeorado tu estado —dice el médico, mirando a Naruto—. Me aseguraré de que os metan a ambos en celdas aisladas. Nada de salir a tomar el aire, solo estarás en tu celda para hacer tus necesidades, comer y dormir. Para nada más... —Rory no aguanta más el escuchar esas palabras, coge una jeringuilla que le quitó a Hiro en el forcejeo y se la clava al médico en el trasero, antes de que Obito la detuviese. El médico grita y empuja a Rory aunque sin mucha fuerza, pues la anestesia ha empezado a actuar con rapidez por su cuerpo. Cuando el médico cae dormido, Rory suelta las correas que atan a Naruto.

—Rory-chan... Estos hombres...

—Lo sé, Naruto...

—Que desgraciados —dice Obito mirando con una mueca de asco lo que los médicos están haciendo—. Naruto, Rory, ¿podéis esconderos? Tengo que hacer una cosa.

—Si, Obito —dice Rory, viéndolo ahora como alguien desconocido pero en quién puede confiar. Lleva a Naruto a una esquina y pone una sonrisa.

—Me alegro de que estés bien —dice Naruto, cuando Rory le abraza rápidamente.

—Debería ser yo el que lo diga, ¿no crees? —pregunta Rory con una sonrisa, Naruto sonrío de forma boba, para luego sonreír de medio lado.

—Resistimos mucho lo que nos ocurra, es electricidad para una persona no para dos —dice Naruto, o mejor dicho, Menma mientras acerca más a Rory a su cuerpo. Los labios de ambos parecen juntarse, aunque Rory había puesto el dedo índice en medio, evitando el beso.

—No, si quieres un beso deberás hacerlo más interesante... Y tampoco me interesa que sea yo la que no haga el primer movimiento.

—Chicos, no es éste ni el momento ni el lugar para hacerlo —dice Obito con una media sonrisa sonrojando a Naruto y haciendo reír a Rory, entonces los tres avanzan hasta los jardines, donde las sirenas empiezan a sonar. Pronto habría gente buscándolos y debían huir ya. Tras correr alcanzan la entrada, cerrada a cal y canto.

—Las puertas están ahí, debemos cruzar la pared —dice Rory, Naruto bufa sacando su personalidad de Menma.

—Ni que fuésemos ninjas, chica —dice Naruto cruzado de brazos, cuando Obito mira la pared.

—Puedo ayudaros a huir —dice Obito mirando los rostros de Naruto y Rory—. Os auparé hasta que saltéis la pared.

—Espera espera, ¿y qué harás cuando huyamos'ttebayo?

—Confiad en mí —dice Obito con una sonrisa. Entonces Obito y Naruto ayudan a Rory a subirse, para luego ella antes de saltar girarse y ayudar a Naruto a subir. O al manos esa era la idea, cuando una severa voz les llama.

—Vosotros no os iréis a ninguna parte —dice Danzō junto con varios enfermeros, entre ellos Fū y Torune. Rory se baja y por instinto se lleva la mano a la espalda para coger su hacha, pero luego recuerda que no la tiene. Naruto se pone junto a ella, listos ambos para luchar.

—No sé qué clase de seres sois para intentar tener a una semidiosa de la muerte a la fuerza, pero ya te digo, Altísimo, que no voy a flaquear.

—Rory tiene razón, yo tampoco flaquearé. Y si me tengo que llevar por delante a alguno que así sea —dice Naruto con una malvada sonrisa mientras Fū y Torune sacan camisas de fuerza.

—Veo que debo encerraros a los tres —dice Danzō con seriedad mientras otro médico prepara una tercera camisa de fuerza—. Os recluiremos a un lugar en el que ninguno de vosotros tres veréis la luz del día hasta que os hayáis curado.

—¿Curado de qué? —pregunta Rory todavía en posición amenazante.

—Tienes una enfermedad, no eres una semidiosa —dice Danzō, Rory al oírle niega con la cabeza murmurando que es imposible—. Tu enfermedad del Chūnybiō es grave, tu percepción de la realidad está dañada y este chico —mirando a Naruto— sólo empeora tu estado. Así que ven aquí, y me encargaré de que os curéis aunque sea a la fuerza —los tres enfermeros se acercan lentamente hacia Obito y los chicos. Hasta que suenan unas sirenas, todos miran a donde suenan esas sirenas y varios coches de policía se acercan. Un hombre de pelo negro y rostro serio se baja del primero de los coches, con la gorra del capitán bien colocada y recta—. Abran las puertas —uno de los médicos da la orden y las verjas de metal se abren para que los policías entren—. Disculpe el ruido que hayamos causado capitán Fugaku, ahora mismo lo vamos a solucionar.

—Oh, no se preocupe, nosotros lo haremos —dice el serio capitán, hace un gesto y los policías se adelantan, poniéndoles esposas a todos los enfermeros.

—¿Qué significa esto, por qué me detienen? —pregunta Danzō cuando el policía Shisui le coloca las esposas—. Exijo una explicación —un policía se acerca a Obito y éste coge una placa, se la pone en la parte derecha—. Tú, eres un detective...

—Es bueno el que quieras curar a los enfermos, pero la terapia de electrochoque no es la mejor manera de hacerlo, y menos con los abusos que he podido observar. Son pruebas más que suficientes para inhabilitarles durante muchos años, o incluso de por vida, de ejercer la medicina.

—Lleváoslos a la comisaría, coged todas las pruebas —dice Fugaku serio, mientras los policías y Shisui se llevan a los enfermeros y Danzō, mientras otros policías entran dentro para buscar pruebas—. Hablaré con todos ellos pronto —se acerca a Naruto y Rory, y se agacha hasta sus rostros—. No os preocupéis, os llevaremos a un nuevo lugar donde os tratarán a todos mejor.

—La doctora Tsunade es justo lo contrario de Danzō, estarán mucho mejor ahí, también llevaremos a varios de los enfermos —dice Obito mirando a Naruto y a Rory—. A menos que ellos quieran, es suya la elección —ambos chicos se miran.

—¿Irás ahí?

—Yo iré donde tú vayas, Rory-chan.

—Decidido, entonces —dice Rory cogiéndole la mano al rubio, haciéndole sonreír.

—Que tierno, ¿no crees Fugaku? —pregunta Obito mirando la tierna escena, mas al mirar a Fugaku ve que éste estaba serio.

—Venga, montaos ya en el coche —dice Fugaku abriéndole la puerta a Rory.

—Amargado —se dice Obito por lo bajo, para encontrarse con la mirada del capitán Uchiha.

—¿Decías algo, Obito? —pregunta Fugaku con frialdad.

—Nada nada —dice Obito con una gota en la cabeza. No deseaba enfadar al capitán. Los chicos se montan en el coche patrulla junto con Obito, Fugaku se pone de piloto y los lleva a un nuevo lugar donde, piensan los chicos enfermos, estarán mucho más felices.

ONE-SHOT: MISIÓN ESPECIAL

Beeeeeeee.

Sacar el Smartphone y ponerse de charla en aquel momento no le apetecía demasiado, especialmente cuando estaba a punto de matar a Ifrit tras tres horas de agotadora batalla cooperativa. La insistencia de las notificaciones y la tortura de haberlas configurado con un sonido de oveja, idea que le había hecho gracia hace unos meses y de la que estaba más que harto, estaban empezando a sacar lo peor de él. Justo cuando iba a ejecutar el combo definitivo, la melodía de llamada le sobresaltó e Ifrit aprovechó para barrer todo el escenario con llamas infernales, provocando un instakill seguido de un instarage que acabó con el mando en pedazos por el salón.

—¿Quién pollas eres?!

—Soy tu conciencia.

—Vete a la mierda... —Era él otra vez, siempre tan inoportuno— ¿Qué quieres?

—¿Qué tal estás, hombre? ¿Todo bien? ¿Todo correcto?

—Satisfecho después de tirarme a la zorra de tu madre.

—Oh, anclado en el pasado otra vez... —Le irritaba sobremanera su voz— Deberías dejar de comer regaliz, vas a acabar con diabetes.

—Cállate y dime ya qué quieres.

—16 champiñones, la ración de higos más fresca que tengas y cuatro limones. Y tres quesos ya que estamos. ¿Serían 16 euros, verdad?

Se limitó a soltar un escueto “sí” y colgó antes de que aquel desgraciado siguiese con su charlatanería intrascendente, llena de referencias que le daba pereza buscar, que le hacía perder el tiempo por algo tan simple como un encargo de misión. Ser su mejor cliente, o intermediario más bien, no le daba derecho a estar de colegao con él, pensaba. Añoraba los días en que Auron4634H era el que le trasladaba las ofertas, pues se limitaba a dar el código y colgar en cuanto se cerciorase de que se le había escuchado.

Lo echaba de menos.

Necesitaba tranquilizarse, por lo que hizo el ritual de siempre. Cogió un Bourbon, llenó cuatro vasos de plástico y se los bebió uno a uno de golpe. Luego fue al baño, vomitó durante un buen rato y, cuando se sintió limpio, se acercó al ordenador y lo encendió. Activó también la cadena de música, poniendo a todo trapo “Cheer Up” de TWICE, disfrutando de la melodía pegadiza y deseando con todas sus fuerzas que algún vecino tuviese la mala idea de timbrarle y desafiarle. Últimamente no tenía ningún encontronazo con nadie y empezaba a pensar que vivía sólo en el edificio.

Cuando pudo conectarse a internet, abrió el navegador y escribió 16chan. Buscó en el subforo de Hentai el link más reciente, el cual se titulaba “Tentacles, Dead and Buried”, y clicó en él, viendo que el primer post contenía cuatro enlaces distintos. Los cuatro llevaban a una pantalla intermedia repleta de publicidad porno para que, dándole a “siguiente página” dos veces, accediese al material discretamente. El tercer enlace, además, tenía un detalle distinto: un cuadro amarillo si bajabas en la página, en la esquina inferior derecha. Al pulsar tres veces, la pantalla se volvía negra y, de pronto, aparecían unas letras enormes...

THE WARRIOR'S PATH

Poco después pedía loguearse, escribiendo “Logan9742A” y “TeQuieroMiBebé” para poder entrar. Vio un mensaje en la bandeja, pero antes se puso a modificar el personaje con el oro que le habían dado con la última misión, en la que había tenido que eliminar a un marido infiel que además abusaba sexualmente de sus hijas, o al menos eso le había contado el charlatán de Chakar1121Y cuando no se lo había pedido. Aunque no la quería, tenía la satisfacción de haber matado a un mal ser, aun cuando no podía saber a ciencia cierta si aquello era cierto.

Tras añadir nueva armadura, una espada del tamaño de su personaje y unas botas con alas que le permitirían volar, abrió el mensaje que le habían mandado:

“Hola Logan9742A,

Tu intermediario parece haberte cogido cariño y nos ha hablado muy bien de ti. Nos ha convencido, a pesar de que sólo hayas realizado misiones de baja estofa, que estás preparado para entrar en este terreno peliagudo. Misión individual, confidencialidad total, gastos de viaje incluidos en el precio. Nuestra oferta es de 16 unidades de oro.

Si consideras esta oferta, teletransportate a la taberna “Cerdo Chorreante” en el Reino de Elitiaeth y charlaremos personalmente acerca de tu cometido. No te preocupes, abajo te adjuntamos una Tarjeta Oro Negro para viajar gratuitamente. Cuando llegues, no olvides pedirle al camarero los siete platos más caros de la carta.

Saludos”

“16 euros”

Se cayó de la silla, golpeando y rompiendo sin querer la cadena de música. Levantándose como pudo, empezó a marearse y tuvo que agarrarse a la mesa para no volver a caer. En cuanto pudo respirar con normalidad, empezó a darle vueltas a la conversación con Chakar, repasando una y otra vez el precio. Creía que había escuchado Dólares, pero en realidad le estaban ofreciendo Euros. 16 euros o 16 unidades de oro, que en el argot de la Comunidad eran dieciséis millones de euros, no mil seiscientos como se esperaba.

Mientras se limpiaba el sudor aproximadamente cada cinco segundos, trataba de pensar con claridad. ¿Quién podía ser tan importante para costar semejante cantidad de dinero? ¿Acaso no había gente mucho más competente que él para un trabajo así? Su encargo con mayor beneficio había sido hace años con el alcalde de un pueblo que simpatizaba con Podemos, al cual se tuvo que cargar para que una empresa pudiese construir una factoría industrial al lado de la costa. Habían sido sólo 5 Dólares.

Volviendo a centrarse en el juego, escogió la montura más rápida de la que disponía y se fue directo al Reino de Elitiaeth con un traslado exprés. Apenas unos segundos de carga y pudo ver, a través de la pantalla, una ciudad que combinaba una cantidad ingente de estilos arquitectónicos: medieval, gótico, moderno, neoclásico, steampunk... A pesar de ello, la ciudad lucía preciosa, haciendo justicia al hecho de ser la capital del continente del juego, donde habitaban los mejores y más ricos usuarios. Era su primera vez en aquel lugar y, esperaba, no sería la última.

Inmerso en la Zona de Entrada, buscó el gran cofre que daba el mapa de la ciudad. Una vez encontrado, empezó a vagar por la misma en busca de la taberna. El bullicio formado por los NPCs y la estrechez de algunos caminos hacían el trayecto complicado

de realizar, pero la espera no sería muy larga. Llegar a la vía principal, seguirla durante un km, desviarse a la derecha y luego a la izquierda. Fácil y sencillo.

Tras un malentendido con un comerciante que intentaba hackear su ordenador, tres invitaciones a duelos mortales que debía aceptar para ganar más dinero y perderse ocho veces por no saber interpretar bien el mapa, Logan pudo vislumbrar un cartel con un cerdo cubierto de sudor, con las letras del nombre del establecimiento tintineando sin parar. La puerta estaba ligeramente abierta, llegando un ruido que supuestamente era música y un olor tan nauseabundo que perdió una décima parte de sus puntos de vida nada más entrar.

—Buenos días. Querría los siete platos más caros de la carta.

El tabernero le pidió que esperase un momento, yendo hacia la cocina. Al rato, apareció con un dispositivo que no le sonaba de nada y le pidió que lo usase. Tras leer detalladamente las condiciones de uso, lo activó y de pronto la pantalla se volvió negra por completo. Segundos después, una serie de códigos verdes muy extraños fueron apareciendo hasta cubrirlo todo, dejando a Logan completamente confuso. Finalmente, una nueva pantalla surgiría, poniendo al descubierto una tétrica oficina con dos señores trajeados delante de su avatar.

—Bienvenido, Logan9742A

—¿Qué es esto?

—Un rincón de la Dark Web muy bien aislado. Aquí podremos charlar tranquilos, sin códigos ni otras gilipolleces —Respondía el más alto de ellos, parando un momento para beber con su avatar de gráficos bastante pobres— Bueno, Carlos Ramírez Gutiérrez, con residencia en Madrid. ¿Verdad?

—¡¿Qué?! —El sobresalto fue espectacular, tanto que pulsó el botón de apagado para evitar un posible robo de información. No serviría de nada, pues el dispositivo seguía encendido...

—Tranquilo, hombre. No puedes apagarlo, lo hemos intervenido y ahora sólo lo manejamos nosotros. Te hemos dejado la posibilidad de chatear, al menos.

—¡¿Quién cojones sois?! —El traidor de Chakar lo había vendido, pensaba.

—Gente muy importante. Tan importante que podemos reventarte el ordenador quedándonos con toda tu información, enviar al sicario mejor pagado del mundo a que te ahorque con tus propias entrañas o, con un simple botón, mandar a tu barrio una bomba H sin que haya incidentes diplomáticos. Así que por favor, empieza a comportarte como el profesional que Chakar1121Y nos dijo que eras, antes de que nuestro mal genio repercuta negativamente en tu bienestar.

— Yo... —A pesar de ser solo unas líneas de texto que podían haber escrito cualquier niño rata con un mal día, aquellos tipos parecían ser muy peligrosos. Había que seguirles el juego— Siento mi reacción. Esto es nuevo para mí.

— Lo sabemos, por eso queremos contratarte para esta misión.

— ¿Por eso? No entiendo...

— No te conoce nadie. Los mejores asesinos no son los más conocidos, si no los más inadvertidos, y tú no ganas ninguna repercusión con tus actos. Aquellos con más fama acaban siendo chantajeados por corporaciones grandes o muertos en una cuneta, cosa que a nosotros no nos gusta nada. Queremos asesinos de largo recorrido y que no

necesiten nada más que múltiples ceros en el banco y una vida tranquila al volver a casa. ¿No estás de acuerdo?

—Suenas interesante —Se preguntaba a qué velocidad escribía aquel tipo, capaz de responder apenas diez segundos después de cada respuesta suya— ¿Cuál sería el trabajo?

—Parece que nos vamos entendiendo —Acto seguido, se sentó y su compañero se puso de pie— Que tu cliente lo explique.

—El objetivo es Cassandra Beauty. ¿Le suena su nombre, verdad?

¿Qué si le sonaba? Era difícil que el nombre de una de las influencers más prometedoras del último año no lo hiciese. Con once millones de suscriptores en Youtube, seis en Instagram, cuatro y medio en Facebook, uno y medio en Twitter, propietaria del vídeo viral del año e invitada a los Oscars, se especulaba con que alguna cadena estadounidense la contratase para presentar un programa. Humorista, actriz y activista por los derechos LGBT y de los animales.

—Claro que me suena. No la sigo, pero es muy influyente hoy en día.

—Sí, y muy peligrosa. Ya ha organizado varias protestas contra algunos políticos de nuestro gobierno y la estabilidad de nuestra nación comienza a tambalearse.

—Espere, espere... ¿es usted del gobierno de USA?

—No exactamente, y no necesita hacer más preguntas sobre él —Respondió el otro.

—Lo importante no es eso, si no lo que le voy a decir ahora. Sabemos que ella es una de las actuales líderes de Anonymous, y usó sus influencias dentro de esta organización para posicionarse arriba en las listas de influencers. Ahora está usando ese engaño para envenenar las mentes de la población joven y convertir a nuestra nación en un redil de despropósitos que atentan contra el orden y la justicia.

—Vaya al grano —A pesar de estar aterrado, le seguía saliendo natural el ser un capullo cuando hablaba con los clientes— Imagino que tendrá prisa por cargársela.

—No exactamente. No le enviaremos a la dirección en la que reside actualmente, si no a la que ocupará dentro de dos días en Hawái durante sus vacaciones. La primera parte del pago le llegará tras ser contratado como guardaespaldas de Alexander Hoggs, futbolista del Manchester United que también viajará a esa isla de vacaciones. Luego, una vez cumplido su cometido, le iremos pagando a razón de 5000 euros al mes durante el resto de su vida, incluyendo ingresos extraordinarios de cincuenta mil en Navidad.

—¿Cómo quiere que sea su muerte?

—Queremos sangre, una escena del crimen horrible que permita a los panfletos generar visitas y a los conspiranoicos entretenerse. No se preocupe por dejar huellas o rastro de ADN, usted será eliminado del registro de su país y de cualquier otro servicio en cuanto complete la misión, adoptando una nueva identidad, al menos hasta que hagamos que el caso desaparezca del mapa.

—¿Cómo llegaré hasta Hoggs si resido en España?

—Cogerá un vuelo esta misma madrugada a Londres. Empezará a preparar las maletas.

La pantalla se volvió negra de nuevo y, acto seguido, había salido no sólo del juego si no del propio navegador, mientras el CCleaner trabajaba. Aquel sórdido encuentro había terminado y ahora estaba metido en un asunto tan turbio que no era capaz de

pensar con claridad. Pasaría media hora en la que no movería un músculo de su cuerpo hasta que la cadena de música volvió a funcionar milagrosamente, sonando ahora a todo trapo "Faint" de Linkin Park. Una canción muy adecuada para lo que se avecinaba...

Las vistas desde la playa de Waikiki eran preciosas. Sentado en la barandilla del Halekulani Boardwalk, veía romper las olas, a la gente bañarse y el cielo despejado, lo cual le liberaba de todas sus ataduras, dejándole en un extraño estado de serenidad total que hacía muchísimo que no sentía fluir por su cuerpo. No desde que lo perdiera todo, desde que le fuera arrebatado aquello que amaba. Podría quedarse allí toda la vida, pero tenía una misión que cumplir.

Llevaba días estudiando tanto los hábitos de su futura víctima como los dispositivos de seguridad del hotel en el que se alojaba. Gracias a la ayuda de sus clientes, sólo un guardia estaría custodiando el lugar, y sólo la joven quedaría a dormir esa noche, con las cámaras desactivadas y todos los clientes desalojados con variopintas excusas. Después de todo, decían haber comprado el hotel para la ocasión, lo cual dejaba a las claras que, desde luego, iban a pagarle hasta el último céntimo de lo pactado.

Cuando dieron las 19:03, las alarmas se desactivaron y Logan, que había escalado previamente hasta el quinto piso, pudo entrar por la ventana premeditadamente abierta y adentrarse en el edificio. Cassandra se encontraba en el sexto, con la luz encendida y ruidos que no le gustaban nada, pues hacía ver que había más de una persona en aquel cuarto, lo cual suponía problemas añadidos. Por mucho que sus clientes ricos hasta las orejas hubiesen dispuesto todo, siempre había que improvisar al final. Eso se le daba de lujo.

Salió del piso en el que se encontraba y subió las escaleras, dudando un momento si la habitación de su objetivo era la 240 o la 241. Se despejó cualquier atisbo de duda en cuanto pudo oír varias voces femeninas en una de las puertas, sonando lejano. Usando la tarjeta que le habían cedido, abrió la puerta sin hacer ruido alguno y se coló dentro. Moviéndose sigilosamente y con el oído abierto, pudo saber que estaban al fondo a la derecha, dónde seguramente estaría la cama. Escondido tras una pared, vio que justo a su izquierda se encontraba el baño, lugar ideal para escabullirse en caso de que alguna de las chicas quisiese ir a alguna parte.

—Bua, tía, ¿lo dices en serio? —Aquella era la voz de Cassandra. No tenía ninguna duda.

—Nos estás vacilando —Decía otra entre carcajadas.

—No, no, es absolutamente cierto. Marcó positivo —Contestaba la tercera de las chicas, provocando una reacción de alegría súbita en sus amigas— Voy a tener un hijo, tías. Quién lo iba a decir... —Pudo oír como rompía a llorar y, echando un vistazo rápido, sus amigas la abrazaban acostadas en la enorme cama que les proporcionaba el hotel.

—Es maravilloso, Brooke. ¿Jonny lo sabe?

—No me atrevo a decírselo aún.

—Podemos hacerlo especial —Era Cassandra otra vez— Tengo un canal con muchos seguidores y nadie ha anunciado un embarazo por Youtube. Creo, vamos.

—Ni te atrevas, Cassandra Beauty.

—No seas aguafiestas, Kim. Y no me llames así, para ti soy Callie.

—Perdón, Callie Beauty —Más risas. Estaba harto de aquella conversación— ¿Cómo lo vas a llamar?

—O Alexander o Alexandra, por lo que podré llamarle Alex siempre —De pronto, pudo escuchar un sonido desagradable que interrumpió a la tal Brooke— Perdonad, tengo arcadas otra vez. Voy al baño.

En cuanto escuchó la palabra “baño”, abrió la puerta del mismo y se metió dentro. Poniéndose las gafas con infrarrojos, pudo ver una ducha con cortina en la que se escondió de la forma más silenciosa que le permitía su traje. Después, se limitó a oír y ver como Brooke entraba en el baño y se ponía a vomitar en el váter. Aquello se ponía desagradable y estaba tardando demasiado, por lo que aprovechó que estaba ocupada para salir cautelosamente de la ducha, coger uno de los muchos cuchillos que llevaba encima y esperar a que hiciese una pausa. En cuanto eso sucedió, hundió el afilado metal en su garganta mientras sostenía su cabeza para, acto seguido, hacer un tajo horizontal que la matase en el acto. Primer obstáculo, superado.

“Lo siento mucho, Alex”

Dejándola de tal forma que no pudiese caer, salió del baño y volvió a su posición de escucha, pero ellas ya no se encontraban hablando. Podía percibir otros sonidos muy particulares y, en cuanto echó un vistazo, confirmó sus sospechas: allí estaban ellas, en la cama, besándose y magreándose apasionadamente. Kim intentaba apartarla y de vez en cuando vigilaba que no apareciese nadie, seguramente su amiga. Aquello parecía digno de una novela de adolescentes.

—Para, Cassandra. Podría aparecer en cualquier momento.

—¿Y qué? Ya es hora de que vivas libremente con tu condición.

—Sabes que no es tan fá... —Nuevamente Cassandra la interrumpía con un beso e intentando introducir la mano por su pantalón, pero no tardó mucho en quitársela de encima— ¿Le habrá pasado algo?

—Déjala, estará bien.

—No, voy a mirar —Hoy era su día de suerte.

En cuanto se acercó y estuvo fuera de la vista de Cassandra, la cogió y le tapó la boca con la mano izquierda mientras con el otro brazo y las piernas la atrapaba, pudiendo además apuntarle al cuello con el cuchillo. No se movía ni intentaba gritar, estando absolutamente paralizada por la sorpresa. No iba a desaprovechar la oportunidad, rompiéndole el cuello y posando su cuerpo muerto en el suelo con mucho cuidado. Ya solo quedaba ella...

—¿Kim? —Un pequeño ruido debía haberla alertado, probablemente el crujido del cuello. Era hora de acabar con aquello.

—Kim está bien, me ha dicho que te mande saludos —En su cabeza, la frase había sonado mejor.

—¡¿Quién eres tú?! —Logan apareció ante ella, tratando de ocultar el cuchillo que había perforado antes la garganta de una de sus amigas— ¿Qué pasa aquí?

—Buenas, soy un admirador tuyo.

—¿Eres uno de esos fans que me persiguen? ¡Por favor, déjame vivir! —De golpe, se puso a llorar a moco tendido— Estoy harta de vosotros...

—¿Te persiguen muchos? —Con lo fácil que era abalanzarse y acabar con todo, pero parece que Chakar le estaba pegando su mala costumbre...

—Unos cuatro o cinco, todos los días. A dos de ellos ya casi los tengo identificados para denunciarlos a la policía.

—Imagino que no has probado a hablar con ellos...

—¡Sí lo hice! Les di autógrafos, fotos e incluso un vídeo, pero querían más...

—Entiendo. Debe ser horrible —Aquello sí que lo era, no dejaba de charlar con aquella persona a la que tenía que matar. No entendía por qué hasta que empezó a limpiarse las lágrimas con un pañuelo de papel, entonces cayó: debía tener más o menos la edad que tendría su hija cuando tuvo que dejar de verla. Le recordaba muchísimo a ella con su melena morena, ojos color azabache y facciones aún de niña.

—Bueno, ¿quién eres tú? Si me dejas en paz, prometo no denunciarte.

—Pues mira... —Le mostró el cuchillo ensangrentado, provocando que se sobresaltase y empezase a gritar pidiendo socorro con toda la fuerza que le daban sus pulmones— ¡Silencio, joder! —Su chorro de voz y sacar la pistola fueron motivos suficientes para que Cassandra dejase de berrear— El hotel está custodiado únicamente por un guardia corrupto, todas las ventanas están selladas y la única salida que tienes la bloqueo yo. Tus amigas están muertas, y tú serás la siguiente.

—¿Po...po...por qué? —Volvían las lágrimas.

—Déjame a mí hacer las preguntas, por favor. ¿Por casualidad, estás relacionada con Anonymous? —Ella negó con la cabeza, por lo que decidió emplear la fuerza para seguir con el interrogatorio. Saltando a su lado, consiguió impactarle un plantillazo en la cara que la estampó contra una cortina, para luego ir al suelo y clavarle el cuchillo en el muslo, sacándole un grito desgarrador— Repito, ¿estás relacionada con Anonymous? —Seguía negando, por lo que empezó una sucesión de puñetazos que le dejaron la cara mucho menos útil para su profesión de influencer— No repito tres veces la misma cosa, así que más vale que me satisfagas con una respuesta válida —Ella no decía nada, así que la cogió del cuello y le dio otro puñetazo que le partió el tabique en dos— Tenías una preciosa cara, y la malgastas mintiéndome...

—No...te...estoy min...tiendo —Su voz era débil, pero había algo de orgullo— Apenas sé manejar el Sony Vegas...y voy a pertenecer a una de las organizaciones de hackers activistas más importante del mundo.

—¿Me estás diciendo que no tienes nada que ver con ellos?

—No... —Una melodía les interrumpió, le estaba sonando el móvil a Cassandra. Se miraron, y Logan le permitió ver quién era el que llamaba mientras le apuntaba con el cuchillo en el cuello —Es mi hermano pequeño.

—Cógelo —Cassandra puso una mueca de sorpresa enorme— ¡Qué lo cojas!

Descolgó el teléfono y se puso a hablar con el hermano. Por el pobre sonido que le llegaba, parecía ser un niño muy pequeño, quizás de unos cuatro o cinco años. La conversación era terriblemente banal, y Cassandra actuaba muy bien fingiendo no estar a las puertas de la muerte con una hoja metálica a punto de atravesar su garganta, una herida profunda en la pierna derecha y toda la cara destrozada tras la

paliza. Logan había perdido bastante la cabeza, no soportaba ver ese rostro angelical y acordarse de su hija.

Era demasiado dolor para su maltrecha mente.

—Bueno, pequeño, tengo que colgar —Empezaba a perder la compostura— Y que sepas que tu hermana te quiere, ¿vale? —Sin esperar respuesta, colgó, y rompió a llorar a lágrima viva.

—Me han pedido que deje esto un estropicio, así que tendré que matarte de una forma lenta y horrible —Aquello debió sacar de su interior una pizca de orgullo, pues su respuesta sería escupirle una mezcla de saliva y sangre a la cara— No sé si lo que me dijeron es cierto, pero con lo que me pagan, será un placer oírte gritar...

Sentado en el sofá, disfrutaba de la nueva pantalla, la cual se acababa de comprar para disfrutar de películas, series y videojuegos, viendo un programa de variedades estadounidense con subtítulos en español mientras comía palomitas y bebía uno de los vinos más caros de España, Vega Sicilia Único Gran Reserva, el cual le había costado 310'45 €. Estaba gastando demasiado rápido el dinero, pensaba, pero sentía aquel gran vacío que le dejaba matar y, en aquel momento, tenía más dinero que nunca para rellenarlo.

“Una noticia de Cassandra, vamos a ver”

Cambió de canal y pudo ver directamente fotos que, aunque no explícitas, si daban bastante repelús, mostrando un cadáver medio tapado que debía corresponder al de Cassandra y la escena del crimen algo más limpia, pero siendo aún bañada de sangre y alguna víscera. La voracidad de la prensa amarillista por meterse en asuntos turbios era desagradable, y aún lo empeoraban cuando empezaban a describir cómo podía haber sido el crimen, dar detalles de cómo había quedado la influencer e inventarse teorías de lo que podría haber pasado, con simulaciones irrisorias basadas en hechos que solo se veían en películas de Serie B.

Navegando por foros, el nivel se mantenía pero al menos la originalidad y la poca vergüenza estaban servidas para su entretenimiento: una secta satánica derivada de la Familia Manson, reptilianos que venían a conquistar el planeta, fans de Todusplay que por orden de su ídolo fueron a matarla, orgías paganas que se habían ido de las manos, invocaciones a Satanás, una conspiración de la CIA... Alguno no sabría lo cerca que estaba de la respuesta, no podían llegar a imaginárselo...

—¡Hola papá! —Nada más ver la cara de su hija en la pantalla del nuevo móvil, no tardó un segundo en descolgarlo— ¿Todo bien?

—¡Hola hija! Todo genial. ¿Y tú? ¿Qué tal los estudios?

—Tirando, como siempre —Se reía, lo que significaba que había suspendido unas cuantas— Mamá no está muy contenta con el tema.

—Tu madre siempre tan exigente... —Más risas, más preguntas rutinarias...

—Oye, papá, ¿viste lo de Cassandra Beauty? —Aquello no lo esperaba...

—¿Esa influencer que acaba de salir en el telediario? Pinta a algo muy macabro. Quizá intentaba invocar a Belcebú.

—Papá, no empieces —Pedía ella mientras no dejaba de reír. Sin embargo, pudo sentir que algo no iba bien— Era fan suya, ¿sabes?

—¿En serio? ¿Por qué?

—Sus vídeos me ayudaron a superar en su día que mamá y tú os divorciaseis, me sacaron de la depresión. Parecía que a ella sus fans les importábamos, nos daba consejos de belleza y hablaba de temas importantes, como el feminismo o la autoestima. No sé por qué la mataron, pero creo que han arrancado un pedazo de alma.

—Bueno, hija mía, seguro que era fantástica. Ahora estará descansando en...

—Perdona, papá, pero tengo que colgar. Me alegro de haber hablado contigo.

—Y yo, hija mía, y yo. Besitos.

—¡Besitos!

Colgó. Entonces, lloró.



GRACIAS POR LEERNOS!

El proyecto "*Monthly NU Jump*" tiene como objetivo principal reunir aquellas historias que los usuarios deseen compartir con los lectores agrupadas en un sólo sitio

¿TE GUSTARÍA PARTICIPAR?

Todos aquellos escritores que tengan intenciones de comprometerse a brindar una historia en los plazos establecidos para las publicaciones, podéis hacerlo, ¡visitad el hilo de la Monthly NU Jump en nuestro subforo de [Fanfics](#) para más información!

¡SÉ TAMBIÉN PROTAGONISTA EN LA NUVIÑETA!

¿Tienes un guión gracioso que te gustaría que fuese publicado a modo de NUviñeta? ¡Anímate! Pásate por nuestro subforo de [Diseño Gráfico Y Multimedia](#) para más información.